

LA LECTIO DIVINA...

La *lectio divina* es, sobre todo, la obra del Espíritu en nosotros que habla al hombre por medio de la Palabra de Dios para mostrarle la voluntad del Padre. De este modo, la *lectio divina* permite mostrar la esencia más íntima del hombre facilitándole conocer el plan de Dios sobre él, y, por tanto, conocerse a sí mismo. Para ello la *lectio divina* parte del texto de la Palabra de Dios, realizando una lectura atenta que preste atención a cada mínimo detalle del texto. La *lectio divina* consiste en un leer atentamente el texto bíblico, meditando en su significado para hacerlo nuestro. Es ese entrar en diálogo confiado con Aquel que nos dirige su palabra hasta quedarnos contemplando, admirados, la belleza del rostro de quien nos habla. Y esta contemplación ciertamente transforma nuestra vida.

Una imagen vale más que mil palabras. Palabra y visión no se oponen, son cauces complementarios que pueden ayudar a comprender la esencia de la *lectio divina*. Tratemos de explicarla mediante la contemplación de un cuadro de Tiziano en el que aparece San Jerónimo rezando (Tiziano Vecellio, *San Jerónimo en el desierto* (1575), Museo Thyssen-Bornemisza, Madrid). San Jerónimo, patrono de los exegetas católicos puesto que el Papa español San Dámaso le encargó la traducción de las Sagradas Escrituras al latín, la lengua del pueblo en aquel momento, nos puede ayudar en el arte de la lectura espiritual de la Sagrada Escritura, con la que queremos rezar a lo largo de este curso 2013-2014.

Observemos el cuadro. Su marco es el desierto agreste. Todo evoca al retiro y al silencio, pero nada dice. Nada distrae al espectador de la imagen de San Jerónimo y de su mirada ardiente, clavada en los clavos de Cristo, clavada en Cristo. Es el marco de toda búsqueda de Dios, que no puede darse sin silencio, sin interioridad, sin un cierto pararse y darse solo a Él. ¡Cuánto necesitamos este silencio en medio del vértigo de nuestros días! La contemplación de la Palabra de Dios será un oasis de paz en Dios, un escuchar tranquilamente la voz de Dios que habla en nuestra intimidad.

En el ángulo superior izquierdo encontramos, casi un detalle, la Cruz. En su humildad, la Cruz de Cristo no llena la escena, pero sin embargo, todo converge hacia ella. No se impone, pero sin ella la obra entera carecería de sentido. Todo el cuadro

invita a buscarla. Este cuadro es todo un tratado de contemplación sobre la búsqueda del rostro de Cristo. Jerónimo busca a su Señor, el consuelo y la gloria del Resucitado. Parece como si todo el cuerpo pendiera de esa mirada. La mirada profunda de San Jerónimo es la mirada del que ama a Cristo y se identifica con Cristo, hasta en la cruz. La oración sólo se ilumina cuando tendemos y miramos a Cristo y no a nosotros mismos.

¿Pero quién busca a Cristo? San Jerónimo, en su humanidad desnuda, sin tapujos. El Santo se encuentra, con el peso de sus años, orientado hacia el objeto de su deseo, la visión del Señor. Es decir, San Jerónimo no sólo mira a Cristo, sino que también se deja mirar por Él. Deja que Cristo mire su carne desnuda, enferma, quizás herida por su pecado, anciana. Ese diálogo de las miradas es la oración contemplativa que une la carne gloriosa de nuestro Señor con nuestra desnuda carne.

El cuerpo, con su verdad desnuda, se cubre parcialmente con un manto rojo. Es la Iglesia. Tiziano lo expresa con este manto cardenalicio, teñido de púrpura en la sangre de los mártires. El que reza está en soledad, pero nunca solitario. Esta dimensión eclesial es un rasgo esencial de toda contemplación cristiana. En el seno de la Iglesia, el rostro de Cristo se hace accesible a todo el que lo busca con sincero corazón. Dejémonos acompañar por la Iglesia, por su Magisterio, por sus santos y por nuestras comunidades parroquiales.

Si la mirada de San Jerónimo orienta el cuerpo y tira de él hacia Cristo, las manos nos enseñan el camino. La una está sobre la Biblia; la otra sobre la piedra. San Jerónimo busca al Señor en las palabras del Señor. Y nuestra madre la Iglesia nos dice que la Palabra de Dios es la Biblia. Parece como si San Jerónimo se impulsara hacia el crucifijo apoyándose en el libro santo. Como decían los Padres de la Iglesia, *ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo mismo*. Pero no sólo eso, del mismo modo, conocer las Escrituras nos lleva a conocer el corazón de Dios en la Palabra de Dios.

En la otra mano, San Jerónimo tiene una piedra. La lectura orante de las Sagradas Escrituras no es superficial, ni de una mirada curiosa. Se trata de una mirada empeñativa, que está dispuesta a sufrir y luchar por amor. El amor busca la unión, la identificación, aunque cueste. Queremos leer y meditar la Palabra de Dios uniéndonos al Señor hasta formar una sola cosa con Él. La oración sería un simple pasatiempo, una evasión, si se la priva de este deseo de cambiar la vida, de hacer todo aquello que el Señor nos manifiesta en la oración. Es una contemplación

transformadora, aunque cueste. Se trata, en definitiva, de descubrir la voluntad de Dios para luchar para hacerla propia. La piedra expresa la actitud de quien dice: «Señor, ¿qué quieres que haga?», ¿qué he de hacer para identificarme más contigo?. La Palabra de Dios es ese libro de discernimiento (mano izquierda) que ilumina las dificultades propias de la vida (mano derecha) para identificarnos progresivamente al Verbo Encarnado, el hombre perfecto.

... DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Coincidiendo con la *Misión Madrid*, la Archidiócesis de Madrid propone la lectura meditativa del libro de los Hechos de los Apóstoles. Este libro describe el desarrollo de la fructífera misión de la Iglesia naciente. Dicha misión, aún desarrollándose hace más de veinte siglos, es modelo para la Iglesia de todos los tiempos. De hecho, las características de la misma, la guía del Espíritu, la fortaleza en las diversas dificultades, la comunión eclesial, la caridad, el servicio, la alegría, el testimonio hasta el martirio si fuera necesario, y la acogida a todos, tanto a los que se acercan a la Iglesia, como a los alejados o a los que la rechazan, están llamadas a desarrollarse también en nuestra misión en Madrid. Ciertamente, la Palabra de Dios, de un modo especial el libro de los Hechos de los Apóstoles, puede iluminar y revitalizar nuestro ardor misionero y el modo en que realizamos esta dimensión propia de todo cristiano.

Proponemos, por tanto, la *lectio divina* de quince pasajes que muestran distintos aspectos de la misión de los orígenes del cristianismo. El libro de los Hechos comienza con una afirmación programática que describe las distintas etapas en las que puede dividirse el libro. Las últimas palabras de Jesús, antes de su Ascensión a los cielos, subrayan el mandato misionero de Jesús que envía a sus discípulos a ser sus «testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). Veremos cada una de estas etapas en cada uno de los trimestres del curso 2013-2014: «Jerusalén» en el primer trimestre, «Judea y Samaría» en el segundo, y «hasta los confines de la tierra» en el tercero.

Los cinco primeros textos propuestos para la meditación (primer trimestre del curso 2013-2014) se enmarcan «en Jerusalén» y describen los fundamentos de la misión. En una especie de «evangelio de la infancia» de la Iglesia naciente, San Lucas, el autor de los Hechos, describe los pilares básicos de la Iglesia y de su misión: el mandato misionero de Jesús antes de su Ascensión; la necesidad de que dicha misión sea apostólica, es decir, eclesial, fundada en los doce apóstoles y sus sucesores; la acogida del Espíritu Santo como motor y fundamento de toda vida eclesial; las dificultades como parte constitutiva de la misión cristiana; y la comunión, dimensión esencial para dicha misión eclesial.

Los cinco siguientes textos propuestos (segundo trimestre del curso) describen la misión en «Judea y Samaría». La persecución a los cristianos en el Templo de Jerusalén provoca que éstos se alejen de Jerusalén y vayan «por todas partes anunciando la Buena Nueva de la palabra» (Hch 8,4). Esta dispersión favorece la misión, que conlleva la caridad y servicio, especialmente a los más necesitados. Esteban es el primer testigo de Jesucristo que, identificándose plenamente con su Maestro, ofrece su vida por el Señor. Este primer testimonio martirial ha de ser modelo de nuestra misión, que está llamada a estar dispuesta al martirio, si fuera necesario. En Judea, bajando desde Jerusalén hacia el sur, se encuentra Felipe con el etíope eunuco, que leyendo el profeta Isaías y regresando de peregrinar a Jerusalén, representa la misión a los que se acercan al Señor. Por último, el encuentro de Pedro con el centurión Cornelio describe la primera conversión de un pagano y, por tanto, el modelo de la misión a los más alejados.

Los cinco últimos textos propuestos (tercer trimestre del curso) se centran en la misión de la Iglesia en la diáspora, llegando «hasta los confines de la tierra». La asamblea de Jerusalén decide, con la guía del Espíritu Santo, que todos los hombres son destinatarios de la salvación de Dios sin restricción alguna; estamos llamados a acoger y llegar a todos, sin acepción alguna de personas. San Pablo es el modelo de esta misión universal que llega, no sólo a los alejados, sino también a aquellos que le rechazan. El discurso de Pablo en el Areópago de Atenas muestra cómo Pablo presenta la integridad del mensaje cristiano, aún cuando éste sea exigente y pueda recibir mofas. Ahora bien, Pablo es bien consciente de su incapacidad física para llegar a todos. Por ello, su discurso a los dirigentes de las comunidades cristianas va dirigido también a cada uno de nosotros, que estamos llamados a evangelizar conforme al modelo paulino. Finalmente, Pablo, en su ardor evangelizador, llega a Roma, aprovechando cualquier oportunidad que la Providencia le ofrece para predicar, incluso su naufragio por las aguas del Mediterráneo.

Cada una de estas quince sesiones propuestas está compuesta por los siguientes apartados. En primer lugar encontramos el texto de la Escritura que queremos contemplar. En segundo lugar proponemos un comentario que trata de explicar dicho pasaje. En tercer lugar proponemos una serie de textos relacionados con la temática del pasaje en cuestión. Dichos textos están tomados de la Tradición de la Iglesia, tanto de los Padres de la Iglesia, como de teólogos contemporáneos, como del Magisterio de la Iglesia, y, junto con el pasaje de los Hechos y el comentario al

mismo, tratan de iluminar la reflexión personal. Finalmente, sugerimos una serie de preguntas que pueden servir para un diálogo en grupo en el que pongamos en común lo que el Señor haya dicho a cada uno. De este modo, podemos construir juntos, y guiados por la Palabra de Dios, la *Misión Madrid* en nuestra propia parroquia.

... DE LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES (SACERDOTES)

Coincidiendo con la *Misión Madrid*, la Archidiócesis de Madrid propone a sus sacerdotes la lectura meditada del libro de los Hechos de los Apóstoles. Este libro describe el desarrollo de la fructífera misión de la Iglesia naciente. Dicha misión, aún desarrollándose hace más de veinte siglos, es modelo para la Iglesia de todos los tiempos. De hecho, las características de la misma, la guía del Espíritu, la fortaleza en las diversas dificultades, la comunión eclesial, la caridad, el servicio, la alegría, el testimonio hasta el martirio si fuera necesario, y la acogida a todos, tanto a los que se acercan a la Iglesia, como a los alejados o a los que la rechazan, están llamadas a desarrollarse también en nuestra misión sacerdotal. Ciertamente, la Palabra de Dios, de un modo especial el libro de los Hechos de los Apóstoles, puede revitalizar nuestro ardor misionero. De un modo concreto, la misión de Pedro, Esteban y Pablo puede iluminar el modo en el que realizamos esta dimensión propia de nuestro ministerio.

Proponemos, por tanto, la *lectio divina* de ocho pasajes que muestran distintos aspectos sacerdotales de la misión de los orígenes del cristianismo. El libro de los Hechos comienza con una afirmación programática que describe las distintas etapas en las que puede dividirse el libro. Las últimas palabras de Jesús, antes de su Ascensión a los cielos, subrayan el mandato misionero de Jesús que envía a sus apóstoles a ser sus «testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). Veremos cada una de estas tres etapas en cada uno de los trimestres del curso 2013-2014: «Jerusalén» en el primer trimestre, «Judea y Samaría» en el segundo, y «hasta los confines de la tierra» en el tercero.

Los tres primeros textos propuestos para la meditación (primer trimestre del curso 2013-2014) se enmarcan «en Jerusalén» y describen los fundamentos de la misión. En una especie de «evangelio de la infancia» de la Iglesia naciente, San Lucas, el autor de los Hechos, describe los pilares básicos de la Iglesia y de su misión: la necesidad de que la misión sea apostólica, es decir, eclesial, fundada en los doce apóstoles y sus sucesores; la acogida del Espíritu Santo como motor y fundamento de toda vida eclesial; y las dificultades como parte constitutiva de la misión cristiana, dificultades que demandan nuestra fortaleza y valentía.

Los tres siguientes textos propuestos (segundo trimestre del curso) describen la misión en «Judea y Samaría». La persecución a los cristianos en el Templo de Jerusalén provoca que éstos se alejen de Jerusalén y vayan «por todas partes anunciando la Buena Nueva de la palabra» (Hch 8,4). Esta dispersión favorece la misión, que conlleva la caridad y servicio, especialmente a los más necesitados. Esteban es el primer testigo de Jesucristo que, identificándose plenamente con su Maestro, ofrece su vida por el Señor. Este primer testimonio martirial ha de ser modelo de nuestra misión, que está llamada a estar dispuesta al martirio, si fuera necesario. Y en Judea, bajando desde Jerusalén hacia el sur, se encuentra Felipe con el etíope eunuco, que leyendo el profeta Isaías y regresando de peregrinar a Jerusalén, representa la misión a los que se acercan al Señor.

Los dos últimos textos propuestos (tercer trimestre del curso) se centran en la misión de la Iglesia en la diáspora, llegando «hasta los confines de la tierra». La asamblea de Jerusalén decide, con la guía del Espíritu Santo, que todos los hombres son destinatarios de la salvación de Dios sin restricción alguna; estamos llamados a acoger y llegar a todos, sin acepción alguna de personas. San Pablo es el modelo de esta misión universal que llega, no sólo a los alejados, sino también a aquellos que le rechazan. El discurso de Pablo en el Areópago de Atenas muestra cómo Pablo presenta la integridad del mensaje cristiano, aún cuando éste sea exigente y pueda recibir mofas. Ahora bien, Pablo es bien consciente de su incapacidad física para llegar a todos. Por ello, su discurso a los dirigentes de las comunidades cristianas va dirigido también a cada uno de nosotros, encargados de nuestras parroquias, que estamos llamados a evangelizar conforme al modelo paulino.

Cada una de estas ocho sesiones propuestas está compuesta por los siguientes apartados. En primer lugar encontramos el texto de la Escritura que queremos contemplar. En segundo lugar ofrecemos un comentario que trata de explicar dicho pasaje. En tercer lugar proponemos una serie de textos relacionados con la temática del pasaje en cuestión. Dichos textos están tomados de la Tradición de la Iglesia, tanto de los Padres de la Iglesia, como de teólogos contemporáneos, como del Magisterio de la Iglesia, y, junto con el pasaje de los Hechos y el comentario al mismo, tratan de iluminar la reflexión personal. Finalmente, sugerimos una serie de preguntas que pueden servir para un diálogo en nuestras reuniones de arciprestazgo en las que podemos poner en común lo que el Señor ha dicho a cada

uno. De este modo, podemos construir juntos, y guiados por la Palabra de Dios, la *Misión Madrid* que el Señor nos encomienda como ministros suyos.

1. La Ascensión de Jesús y la misión de sus discípulos

1.1 *El pasaje de la Escritura (Hch 1,1-11)*

¹Escribí el primer libro, Teófilo, sobre todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar ²hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por el Espíritu Santo a los apóstoles que él había elegido, fue elevado al cielo. ³También después de su Pasión, él se presentó vivo ante ellos con muchas pruebas: se les apareció durante cuarenta días y les habló de lo referente al Reino de Dios. ⁴Mientras estaba a la mesa con ellos, les mandó no alejarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre: «La que oísteis de mis labios: ⁵que Juan bautizó con agua; vosotros, en cambio, seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días». ⁶Los que estaban reunidos allí le hicieron esta pregunta: «Señor, ¿es ahora cuando vas a restaurar el Reino de Israel?». ⁷Él les contestó: «No es cosa vuestra conocer los tiempos o momentos que el Padre ha fijado con su poder, ⁸sino que recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra». ⁹Y después de decir esto, mientras ellos lo observaban, fue elevado al cielo, y una nube lo ocultó a sus ojos. ¹⁰Estaban mirando atentamente al cielo mientras él se iba, cuando se presentaron ante ellos dos hombres con vestiduras blancas ¹¹que dijeron: «Hombres de Galilea, ¿qué hacéis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que de entre vosotros ha sido elevado al cielo, vendrá de igual manera a como le habéis visto subir al cielo» (Hch 1,1-11).

1.2 *La lectio divina del pasaje*

En este primer pasaje del libro de los Hechos de los Apóstoles, san Lucas remite a su destinatario a *un primer libro* en el que escribió *sobre todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar*. Al evocar su obra completa en dos volúmenes, Lucas parece invitarnos a no olvidar una parte mientras leemos la otra. Lucas dedicó el evangelio a *todo lo que Jesús comenzó a hacer y enseñar* desde el inicio. En los Hechos presenta lo que Jesús sigue haciendo y enseñando en su Iglesia a lo largo del tiempo. La vida y obra de Jesús necesitaban una continuación en su Iglesia. Si el primer volumen de su

obra está dedicado a Jesús, sus obras y enseñanzas, el segundo se refiere a la Iglesia naciente, en la que Jesús sigue actuando y enseñando.

Esta Iglesia naciente es modelo para la Iglesia de todos los tiempos. También en nosotros, piedras vivas de la Iglesia, Jesús quiere seguir actuando y enseñando. Existe una continuidad en la historia de la salvación entre el tiempo de Jesús y el tiempo de la Iglesia, entre los hechos y enseñanzas de Jesús y los de la Iglesia. De hecho, Jesús, en el evangelio de san Juan dice: «Y harán cosas aún más grandes de aquellas que he hecho yo». Y el apóstol Pablo dice que «estamos llamados a realizar en nosotros lo que falta a los padecimientos de Cristo». Es decir, Jesús mismo pone en nuestras manos un gran Misterio: continuar el camino iniciado por Él, completando en nosotros su obrar y su enseñar. Es necesario, pues, que nuestras acciones y enseñanzas sean concordes a las suyas y las actualicen en el hoy del tiempo presente; y es necesario que, como Jesús, en primer lugar obremos y luego enseñemos, es decir, que nuestra enseñanza esté precedida y vinculada siempre a nuestras acciones. En Jesús se muestra claramente la primacía de los hechos ante las palabras; así ha de ser también en nosotros.

Precisamente por esta encomienda personal de Jesús a sus seguidores, el texto de los Hechos habla de dar *instrucciones por el Espíritu Santo a los apóstoles que él había elegido*. Como Jesús eligió a los apóstoles, nos elige a nosotros para que continuemos su misión. Nuestro apostolado no es el fruto de nuestra iniciativa, sino de la gracia y la elección del mismo Jesús que nos llama. El mismo nombre de apóstol hace referencia al hecho de ser enviado por alguno. La autoridad del apóstol no le viene de sí mismo, sino de aquel que le ha elegido para enviarlo. Como Jesús basa su propia autoridad en aquel que lo envía, el Padre, nuestra autoridad de apóstoles se basa en aquel que nos envía, el Señor Jesús. De hecho, en el evangelio de san Juan, Jesús mismo había establecido una conexión precisa entre su propio envío de parte del Padre y el envío de los apóstoles por parte suya: «como el Padre me ha enviado, así os envío yo». Y poco más adelante añade: «el que os escucha a vosotros, me escucha a mí». Ciertamente Jesús nos envía y nos reviste de su autoridad para realizar su misión hasta tal punto que podemos hablar en el nombre de Jesús. Ahora bien, cuando Jesús nos constituye apóstoles suyos, lo primero que hace es darnos instrucciones por su Espíritu Santo. Sólo cuando acogemos en nosotros las instrucciones del Espíritu de Jesús podemos obrar y enseñar en su nombre. Es decir, los apóstoles tienen la necesidad de ser formados por el Espíritu Santo, que capacita

para el apostolado. Esta instrucción del Espíritu, como la instrucción del propio Jesús a sus primeros discípulos, es totalmente necesaria para abrir la mente, entender y actuar eficazmente en su nombre; es lo primero y más importante.

Pero, ¿cuál es el contenido de la enseñanza de Jesús que nosotros debemos continuar? El día en que Jesús fue arrebatado a lo alto tiene una importancia especial a causa de las instrucciones dadas a los apóstoles. San Lucas dice que Jesús *les hablaba de lo referente al Reino de Dios*. Mientras que sus propios discípulos esperaban que Jesús instaurara *el Reino de Israel*, él habla del *Reino de Dios*. Es decir, no se trata de un reino geográfico, político, o social, circunscrito a una determinada nación o pueblo, sino de un reino divino destinado a toda la humanidad. Mientras que aquellos discípulos pensaban en un campo de trabajo restringido, Jesús habla de unos destinatarios universales. ¡Cuántas veces podemos limitar, también nosotros el *Reino de Dios* a nuestro propio «reino», a nuestro propio cortijo de amigos! Se trata más bien del espacio del Reino de Dios que se expande en el corazón de los creyentes. San Benito decía que «el Reino de Dios se expande cuando no se antepone nada al amor de Dios». Sólo entonces Dios es rey poseyendo el señorío sobre todo, porque cuando Dios verdaderamente reina en el corazón de los creyentes, inmediatamente trasciende dicho reinado a la esfera externa del creyente. Si nos preocupamos de expandir el Reino de Dios en nuestro corazón, podemos estar seguros de que dicho Reino se difundirá también fuera de nuestro corazón, se extenderá también a la sociedad en la que vivimos realizando su dimensión universal.

El primer mandamiento que reciben los primeros cristianos para difundir este Reino y continuar la obra y enseñanza de Jesús es: *No os alejéis de Jerusalén... esperad...* Se trata de una invitación a no alejarse del lugar que les congrega, a permanecer juntos en su presencia. Es similar a la vocación de los Doce: «los llamó para que estuvieran con él». Jesús nos invita a la estabilidad, a no alejarnos de él, ni de la Iglesia. Una de las consecuencias fundamentales de haberse convertido en apóstoles es permanecer con Jesús, en el espacio en el que él habita, en la Iglesia. Como bien afirma el evangelista san Juan, sólo el que permanece en Jesús puede dar fruto: «el que permanece en mí da mucho fruto». Jesús nos manda no separarnos, no alejarnos, no apartarnos, no dividirnos. El verbo griego utilizado por Lucas contiene todas estas acepciones. La primera manifestación de la autenticidad de nuestro apostolado es permanecer con Jesús y con los que son de Jesús. La primera

característica del creyente que vive radicalmente su vocación apostólica es permanecer estables en el Señor y su Iglesia, sin alejarnos, esperando.

Jesús manda *esperar la promesa del Padre* y poco más adelante dice: *Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo*. El contexto aclara que con la expresión *promesa del Padre* se alude al Espíritu Santo, prometido por el Padre en el AT como don de salvación del tiempo mesiánico. El Espíritu Santo ha sido prometido por el Padre y por el Hijo y es entregado por ambos. Es el gran don de Dios a los hombres porque Dios mismo puede transferir su Espíritu y el hombre puede acoger en su espíritu el Espíritu de Dios. De hecho, hacia el Espíritu Santo apuntan insistentemente todas las palabras de nuestro texto. La recepción del Espíritu, que el mismo Jesús experimentó al ser bautizado por Juan, ha de ser la misma recepción del Espíritu por parte de los discípulos de Jesús. Por un lado, del mismo modo que Jesús acogió el Espíritu con plena docilidad y obediencia, nosotros debemos responder a las insinuaciones del Espíritu con esa misma docilidad y obediencia. Por otro lado, del mismo modo que el bautismo de Jesús le habilitó para su ministerio, nuestro bautismo en el Espíritu nos habilita para nuestro apostolado.

Si nuestra respuesta al Espíritu es como la respuesta de Jesús al Espíritu, entonces seremos testigos de Jesús en todo momento y podremos cumplir el mandato de Jesús a sus discípulos: *Seréis mis testigos hasta los confines de la tierra*. El testigo presencia en primera persona aquello de lo que da testimonio. Si contemplamos la vida de Jesús y su respuesta siempre dócil al Espíritu, movidos por este Espíritu, podremos reaccionar del mismo modo que Jesús y convertirnos en sus testigos. El testigo transmite lo que ha visto y el testigo de Jesús trasmite lo que ha contemplado de Jesús de tal manera que desea lo que él deseó, ama lo que él amó, revela lo que él reveló. El mismo Jesús se convierte en el contenido del testimonio del apóstol: el amor de Jesús, la actividad y enseñanza de Jesús, la muerte y resurrección de Jesús. Los primeros cristianos eran muy conscientes de la misión que tenían de ser testigos de Jesús. El Cristo anunciante se convirtió en el Cristo anunciado. Cristo es el contenido de nuestro anuncio. La promesa de la fuerza del Espíritu no está sin motivo delante de la frase que invita al testimonio. Es el Espíritu de Jesús el que capacita al cristiano para configurarse interiormente con Cristo y así convertirse en testigo fidedigno de Jesús. Tenemos el Espíritu de Jesús para pensar como él, para amar como él, para vivir como él. El Espíritu de Jesús nos asemeja progresivamente a Jesús para que la totalidad de nuestra vida testimonie a Jesús. Y ese asemejarnos a

Jesús nos hace también asemejarnos entre nosotros. Ya lo decía Paul Claudel: «Los que son semejantes a Cristo son semejantes entre sí con una diversidad magnífica». Nuestra semejanza a Cristo nos convierte en testigos de Cristo pareciéndonos entre nosotros en lo que nos parecemos a Cristo y diferenciándonos entre nosotros en nuestra propia individualidad.

Una vez que Jesús terminó de decir sus últimas recomendaciones, *mientras ellos lo observaban, se elevó al cielo*. Este versículo da a conocer un acontecimiento trascendental que solemos llamar la «Ascensión del Señor a los cielos». Se describe como un acontecimiento perceptible en el que se manifiesta al Señor humanado y ensalzado. Ahora bien, esta visible elevación de Jesús al cielo, por un lado posibilita el camino de los hombres al cielo, y por otro lado habilita el camino para el testimonio de los apóstoles. Somos ciudadanos del cielo, nuestro destino es el cielo y allí nos dirigimos cuando somos testigos de Cristo mediante nuestra configuración con él. Sin embargo, los primeros discípulos se quedaron inmóviles, por lo que recibieron el reproche de los dos ángeles: *¿Qué hacéis mirando al cielo?* No nos podemos quedar quietos. Debemos recorrer nuestro propio camino al cielo, un camino que comienza en la elección gratuita de Dios y que se recorre en la progresiva configuración con Cristo para convertirnos en sus testigos. Entonces, plenamente configurados con él, habiendo vivido y muerto como él, podremos reinar con él cuando *venga de igual manera como ha sido elevado al cielo*.

1.3 Así lo leyeron

Fíjate cómo Cristo hace creíbles sus propias palabras con sus obras. Respecto a la humildad exhorta, diciendo: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón». Enseñaba a ser pobres y lo mostraba mediante las obras. «El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza», afirma. De nuevo ordena amar a los enemigos y lo enseña en la cruz cuando rogó por los que lo crucificaba. Decía: «Al que quiera entrar en pleito contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto». Y no sólo Él ofreció los vestidos, sino también entregó su sangre. Y lo mismo ordenó hacer a sus discípulos. Por ello también Pablo decía «Según el modelo que tenéis en nosotros». En verdad, nada hay más estéril que un maestro que sólo cultiva las palabras. Ciertamente, eso no es lo propio de un maestro, sino de un hipócrita. Por esto los apóstoles enseñaban primero con la vida, y luego con las palabras; más aún, ni

siquiera tenían necesidad de palabras, porque actuaban las obras (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 1,2).

¿Por qué no vino [el Espíritu Santo] cuando Cristo estaba presente ni inmediatamente después de su partida, sino que Cristo subió a los cuarenta días y el Espíritu Santo no descendió hasta que se cumplió el día de Pentecostés? Porque convenía que lo desearan y así recibieran el don. Por eso, cuando uno se apartó, vino el otro. Si hubiera venido estando aún presente Jesús, no lo habrían esperado con tanta expectación. Por igual motivo tampoco se hace presente enseguida de su partida, sino después de ocho o nueve días. Así también, nosotros nos estimulamos ante Dios sobre todo cuando nos encontramos necesitados (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 1,5).

No era una gracia parcial, sino de plenos poderes. Igual que el que se sumerge en el agua y se bautiza, queda rodeado de agua por todas partes, así también fueron bautizados por el Espíritu completamente. Con la diferencia de que el agua se difunde por fuera, mientras que el Espíritu bautiza hasta el fondo del alma sin dejar ni un solo rincón. ¿Y de qué te admiras? Acepta el ejemplo de una cosa material, pequeño e insignificante, pero útil para los más sencillos. Si al penetrar interiormente a través del espesor del hierro, el fuego transforma todo en fuego, y lo que estaba frío se pone incandescente, y lo negro se torna brillante; si el fuego me es algo corpóreo obra así penetrando en la materia del hierro sin ninguna traba, ¿por qué te extrañas de que el Espíritu Santo se meta en lo más íntimo del alma? (SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis*, 17, 14). ^[P]_[SEP]

El Señor nos ha ocultado el tiempo para que estemos vigilantes y que cada uno de nosotros pueda pensar que ese acontecimiento se producirá según su vida. Si hubiera sido revelado el momento de su venida, sería inútil ese acontecimiento, y las naciones y los tiempos en que se produjera no lo desearían. Él ha dicho que vendrá, pero no ha precisado el momento, y de esta manera todas las generaciones y todos los tiempos tienen sed de Él (SAN EFRÉN DE NISIBI, *Comentario al Diatessaron*, 1, 15).

1.4 Preguntas para el diálogo en grupo

¿Eres consciente de que la misión de Jesús necesita ser continuada por tus obras y enseñanzas? La sociedad actual escucha más fácilmente a los testigos, que viven lo que dicen, que a los maestros, que simplemente enseñan: ¿Cómo puedes tratar de que tus enseñanzas estén siempre avaladas por tus obras? El testigo de Cristo está llamado a reflejar a Cristo en su vida: ¿Crees que cada día te asemejas más a Cristo?

Los primeros discípulos fueron instruidos por Jesús mismo y por el Espíritu Santo: ¿Cómo te puedes dejar instruir por la Iglesia, cuerpo de Cristo, y por el Espíritu Santo? ¿Qué podrías hacer para que el Espíritu actuara en ti con toda su fuerza?

Siguiendo la afirmación de San Benito, ¿qué cosas o personas pueden impedir que Dios reine en tu vida? ¿Podrías poner algún ejemplo que muestre que el reinado de Dios en tu corazón se ha expandido a la sociedad?

Jesús fue elevado al cielo: ¿qué te impide vivir recordando que es el cielo el destino al que estás llamado? ¿Te quedas parado, o caminas con decisión, ayudado por la gracia, a las altas cumbres de la santidad?

2. Con un mismo espíritu: la misión apostólica

2.1 El pasaje de la Escritura (Hch 1,12-26)

¹²Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. ¹³Y cuando llegaron subieron a la estancia superior, donde vivían, Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo, Simón el Zelotes y Judas de Santiago. ¹⁴Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos. ¹⁵Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos —el número de los reunidos era de unos ciento veinte— y les dijo: ¹⁶«Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, había hablado ya acerca de Judas, el que fue guía de los que prendieron a Jesús. ¹⁷Porque él era uno de los nuestros y obtuvo un puesto en este ministerio. ¹⁸Éste, pues, compró un campo con el precio de su iniquidad, y cayendo de cabeza, se reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas. ¹⁹Y esto fue conocido por todos los habitantes de Jerusalén de forma que el campo se llamó en su lengua

Haqueldamá, es decir, “Campo de Sangre”-. ²⁰Pues en el libro de los Salmos está escrito: *Quede su majada desierta, y no haya quien habite en ella. Y también: Que otro reciba su cargo.* ²¹Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, ^{22a} partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección». ²³Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. ²⁴Entonces oraron así: «Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos has elegido, ²⁵para ocupar en el ministerio del apostolado el puesto del que Judas desertó para irse adonde le correspondía.» ²⁶Echaron a suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles (Hch 1,12-26).

2.2 La lectio divina del pasaje

Después de la narración de la Ascensión de Jesús al cielo, San Lucas describe a la comunidad apostólica junto con María (Hch 1, 12-14), y la restauración del grupo de los Doce con la elección de Matías (Hch 1, 16-26). En la primera parte se nos presenta la unidad de ánimo entre los Doce, que se sitúa en el lugar de la Eucaristía y de la recepción Espíritu Santo, como condición necesaria para la misión, y en la segunda se especifica que esta unidad de espíritu se realiza en la comunión con la voluntad de Jesús, manifestada en el número doce, tal y como Él lo quiso.

Lucas comienza narrando cómo los Apóstoles regresan a Jerusalén, «a la estancia superior», lugar que tradicionalmente se identifica con el sitio donde Jesús celebró la Última Cena con los Doce. Aquella estancia se convierte, pues, en el lugar de sus asambleas y oraciones, y será donde, un poco más adelante, tendrá lugar la venida del Espíritu Santo. Este detalle inicial ya nos habla del punto de partida de la misión que van a comenzar los Apóstoles. La Eucaristía se va a convertir en el modelo de todo apostolado. En efecto, anunciar la resurrección de Jesús no consistirá en repetir una verdad religiosa, sino en en la entrega de la vida. Así lo han vivido muchos santos cuando enseñan que los cristianos comulgamos en el cuerpo *entregado* y en la sangre *derramada*. Sólo evangeliza quien tiene toda la vida comprometida con Jesús, quien no tiene miedo a ser entregado y derramado, por la salvación del mundo y la alegría de los hombres.

La Eucaristía, sacramento de la comunión con Jesús, genera también una estrecha comunión entre los Apóstoles. Así lo expresa Lucas con las palabras «con un mismo

espíritu» con las que describe la fraternidad que ha nacido entre ellos en el seguimiento de Jesús. En los Hechos de los Apóstoles se habla muchas veces de esta unidad, pero los versículos más significativas respecto a la comunión apostólica son Hch 4, 24, donde «*todos a una* elevaron su voz a Dios» pidiendo la gracia de no tener miedo a la persecución, y Hch 2, 46 donde, no sólo se vincula la unidad a la oración como en Hch 1, 14 y Hch 4, 24, sino también a la Eucaristía, como en Hch 1, 14: «Acudían al Templo con perseverancia y con *un mismo espíritu*, partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría» (Hch 2, 46).

De esta manera, se pone de manifiesto que vivir con un mismo espíritu, tienen que ver con la comunión eucarística. Por eso, Lucas sujeta vincula la comunión a la oración en común y a la Eucaristía, ya que la unidad de espíritu nunca resulta de una disposición puramente humana, sino que es una vida que proviene de la unión estrecha con Jesús. Así lo manifiesta san Pablo en la Carta a los Romanos donde el Apóstol pide para los cristianos que *unánimes* glorifiquen a Dios. Esta unanimidad nace de tener «los unos para con los otros los mismos sentimientos, según Cristo Jesús» (Rm 15, 5), por tanto, no según el propio espíritu. Esto nos lleva a una consideración más profunda de la comunión: los hermanos no los elegimos nosotros, sino el Señor. Por tanto, aunque resulte atrevido decirlo, no estamos llamados a quedarnos en una amistad ficticia con los demás, sino a ser *siervos* de los que Jesús ha puesto en nuestro camino. De la misma manera que el Señor se ha hecho siervo, la unidad con nuestros hermanos es en Jesucristo, quien da forma a nuestras relaciones y a la fraternidad. De esta manera, el trato con los hermanos nunca nos enviará lejos de Dios, sino que en el servicio a la alegría de los demás, hacemos nuestro camino en el amor a Dios. La comunión con los hermanos es la comunión con Jesús, que es quien nos ha dado hermanos.

La segunda parte de nuestra perícopa consiste en un discurso de Pedro en el que da toda la autoridad a la voluntad de Jesús, ya que Pedro anuncia que, salvaguardando la voluntad de Jesús, hay que rehacer el número de los que el Señor eligió. Para ello, se echa a suertes la elección entre dos candidatos. Después de pedir al Señor que muestre a cuál de los dos escoge, sale elegido «Matías, que fue agregado al número de los doce apóstoles».

No puede negarse que el número Doce, por el cual se designa al grupo constituido por los discípulos de Jesús, tiene profundas raíces en la historia de Israel y se refiere al pueblo de las doce tribus. De modo que la intención de Jesús parece ser el restablecimiento de la unidad definitiva del Israel restaurado. Desde los profetas mayores y menores hasta la

narrativa tardía y la literatura sapiencial se atestigua la viva y continua esperanza de la reunión del pueblo de Dios disperso, la reagrupación de las doce tribus en la tierra prometida. Para muchos estudiosos, la institución de los Doce ha de ser entendida en este contexto de escatología de restauración. El grupo de los Doce es recompuesto para que puedan dirigirse al pueblo de Israel reunido en Jerusalén en el primer gran día de la fiesta después de Pascua, es decir, Pentecostés, como pone de manifiesto el capítulo 2 del libro de los Hechos. En esa circunstancia, Pedro y los otros once dan testimonio a las doce tribus del pueblo de Dios.

Sin duda, el texto resalta que Jesús quiso elegir a doce, y que la Iglesia custodia su voluntad y vive de lo que Él le da. Matías, del que ya no vuelve a saberse nada, participó, sin duda en la decisión tomada por los Doce en Hch 6, 2, y en la imposición de manos de Hch 6, 6, es decir, toma parte en la misma autoridad jerárquica que tienen los que fueron elegidos directamente por Jesús. De esta manera se resalta que la voluntad de la Iglesia está en perfecta consonancia con la de Jesús. La misión, por tanto, tiene un fuerte carácter eclesial y la recibimos en el seno de la Iglesia. Ninguno de nosotros podemos ser «misioneros sin barco», como diría Madeleine Delbrêl, ya que la *corriente* del mundo nos ahogaría. Fuera de la comunión eclesial nuestro canto es disonante para nosotros y para la Iglesia. Esto nos obliga a acomodarnos al paso de los otros, a vivir de lo que recibimos de la Iglesia. Por tanto, recibir la misión dentro de la Iglesia nos hace libres de intereses personales y de buscarnos a nosotros mismos en los pequeños éxitos. Es la Iglesia, la que, como madre, nos sustenta en los duros trabajos del evangelio y la que hace que no nos cansemos.

Cabe destacar un detalle de importancia para nosotros. Como hemos visto, los Apóstoles sustituyen a Judas por Matías, sin embargo, cuando Santiago, hijo de Zebedeo, es ajusticiado por Herodes Agripa en Hch 12, 2, no es reemplazado para recomponer el número de 12. ¿Por qué motivo se sustituye a Judas y no a Santiago? Porque Judas no murió siendo fiel, en cambio, Santiago alcanzó el martirio en la fidelidad a la misión recibida. De esa manera Santiago cierra el testimonio de Jesús con su propia sangre, mientras que Judas desertó. Tenemos mucha necesidad de pedir la gracia de la fidelidad hasta el último día de nuestra vida. La fidelidad a Jesús y a la Iglesia, que son los cimientos de nuestra alegría. Debemos ir allí donde la gracia disponga para nosotros, y no construir nosotros nuestra propia vida porque se acaba viniendo abajo. Somos servidores del Dios fiel y fuerte que tiene poder para asegurar nuestro encargo hasta el final. Somos, pues, humildes testigos de un amor más grande que nuestra fidelidad.

2.3 Así lo leyeron

Fíjate cómo Pedro lo hace todo con el parecer común; no obrando con instigación ni autoritativamente. Y no dijo sin más: «En lugar de Judas elegimos a este otro», sino que, consolando a los demás por lo que había sucedido, fíjate cómo dispone el discurso. En efecto, el suceso los había colocado en una dificultad no pequeña. Y no te extrañes. Pues si todavía ahora muchos dan vueltas en torno a ello, ¿qué habría que pensar de lo que les dirían a ellos? *Hermanos*, dice el texto. Si el Señor los llamó hermanos, con mayor razón Pedro los puede llamar hermanos; por eso llama así a todos los presentes. Ten en cuenta la dignidad de la Iglesia y su estado angélico. Allí nadie estaba separado, ni hombres ni mujeres. Yo quiero que también ahora sean así las iglesias. Nadie se inquietaba por lo mundano, nadie se molestaba por los cuidados de la casa. ¡Este bien traen consigo las pruebas! ¡Este honor traen las tribulaciones! (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles/1*, 109-110).

Así pues, porque convenía actuar de esa manera, presenta al profeta como testigo; y porque era necesario respecto a los candidatos, Pedro explica, diciendo: *De los varones que nos han acompañado todo el tiempo*. Ciertamente, si hubiera dicho: «Es necesario que se presenten los que sean dignos», habría insultado a los demás; en cambio, ahora actúa con prudencia, y no dice sencillamente: *Que nos han acompañado*, sino que añadió: *Todo el tiempo que el Señor Jesús vivió con nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue elevado de entre nosotros, uno de ellos sea constituido con nosotros, testigo de su resurrección*. ¿Para qué dice eso? Para que el número de los apóstoles no quedara mutilado. Pero, ¿acaso Pedro no podía elegir por sí mismo? ¡Sin duda! Mas para que no pensarán que se agraciara a sí mismo, no lo hace. Por otra parte, aún permanecía privado del Espíritu. *Y presentaron a dos* –dice el texto–: *a José, llamado el Barsabás, por sobrenombre Justo, y Matías*. No los presentó Pedro, sino todos. Pedro fue quien dio el consejo, mostrando que no era algo suyo, sino conforme a la antigua profecía, de manera que él fue intérprete, no maestro (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles/1*, 112-113).

¿Cómo expresaríamos entonces lo que ocurre en Pentecostés? Ante todo se nos ofrece esta expresión: se funda la Iglesia. Pero esto no captaría bien lo que cuentan los *Hechos de los Apóstoles*, sino que ahí ha ocurrido algo previamente. Jesús eligió a los Doce, y les

confió lo suyo; llamó a Pedro fundamento de piedra en que Él iba a edificar su Iglesia; dispuso para el porvenir la Eucaristía como centro y misterio cordial; para no hablar de que todo el tiempo vivió con ellos, les habló y entretejió con ellos su sagrada figura, en espíritu y sentido. Pero todo eso no fue todavía realización histórica, sino sólo preparación, base y germen. Luego, en Pentecostés, nacerá la Iglesia. Esta no es una institución inventada y construida, sino un ser vivo; nacido de un acontecimiento que es a la vez humano y divino, el de Pentecostés. Vive a través del tiempo; llegando a ser, como llega a ser todo lo humano; transformándose, como se transforma todo lo histórico, en tiempo y destino; y sin embargo, sigue siendo siempre la misma esencia, y su contenido es Cristo. A partir de aquí, amigos míos, se decide el modo cómo hemos de entenderla. Mientras veamos a la Iglesia sólo como una organización que sirve a fines determinados; como una autoridad que se opone a la libertad individual; como un acuerdo entre aquellos que tienen el mismo modo de ver y sentir en las cosas religiosas, no tenemos todavía la relación justa con ella. Sino que ella vive, y nuestra relación con ella debe ser también vida (ROMANO GUARDINI, *Verdad y Orden*, II, 122-123).

Danos prudencia y sabiduría en nuestro pobre quehacer para que no caigamos en la tentación de crear más desunión en la Iglesia por culpa de un celo desordenado por la misma misión. Danos claridad de visión y valor de modo que nos preocupemos más por la unidad de la Iglesia según tu voluntad para el futuro que por las diferencias procedentes del pasado (...). Cuando nuestro corazón nos acuse de estar demasiado poco poseídos por el omnipotente espíritu de tu unidad, no permitas que nos desanimemos. Que entonces seamos todavía capaces de confiar en que esta debilidad nuestra llena de pecado está como envuelta en tu perdón y en aquella unidad de los cristianos que Tú ya nos has concedido (K. RAHNER, *Oraciones de vida*, 205-206).

2.4 Preguntas para el diálogo en grupo

La unidad de espíritu de la que nos habla el libro de los Hechos es una escuela para nosotros. ¿Considero importante la comunión? ¿Entiendo que la unidad con los hermanos tiene mucho que ver con la relación con el Señor?

La unidad de la que habla San Lucas no es fruto de la simpatía personal o de un esfuerzo, sino que el mismo evangelista la vincula a la Eucaristía y la oración. ¿Pido la gracia de vivir en comunión con los que el Señor me ha puesto?

La elección de Matías viene precedida de la oración. En nuestras decisiones diarias, ¿consultamos al Señor lo que hemos de hacer en orden a su voluntad, o, quizá sin darnos cuenta, vivimos improvisando?

2.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

El texto de los Hechos expone con mucha insistencia la unanimidad en la que vivían los Apóstoles. ¿Qué significa eso para mí? Es decir, en mi seguimiento del Señor, ¿experimento la necesidad de vivir la fraternidad sacerdotal?

Tal y como se ha expuesto en el desarrollo del tema, Lucas vincula el vivir «con un mismo espíritu» a la Eucaristía y a la oración en común. ¿Reconoces el vínculo que hay entre la comunión eucarística y la comunión con los hermanos en el presbiterio?

Por último, la decisión de escoger a alguien que ocupe el lugar de Judas viene precedida por la oración. En las decisiones que tienes que tomar en el día a día, ¿pides el espíritu de Cristo para decidir en conformidad a su voluntad o vas improvisando en orden a intereses personales?

3. El Espíritu de la misión

3.1 El pasaje de la Escritura (Hch 2,1-12)

¹Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos reunidos con un mismo objetivo. ²Y de repente sobrevino del cielo un ruido, como de un viento que irrumpe impetuosamente, que llenó toda la casa en la que se hallaban. ³Entonces se les aparecieron distintas lenguas como de fuego, que se repartieron y se posaron sobre cada uno de ellos. ⁴Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse. ⁵Habitaban en Jerusalén judíos, hombres piadosos venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo. ⁶Al producirse aquel ruido se reunió la multitud y quedó perpleja, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. ⁷Estaban asombrados y se admiraban diciendo: «¿Es que no son galileos todos éstos que están hablando? ⁸¿Cómo es, pues, que nosotros les oímos cada uno en nuestra propia lengua materna? ⁹Partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, ¹⁰de Frigia y Panfilia, de Egipto y la parte de Libia próxima a Cirene, forasteros romanos, ¹¹así como judíos y prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras propias

lenguas las maravillas de Dios». ¹²Estaban todos asombrados y perplejos, diciéndose unos a otros: «¿Qué puede ser esto?» (Hch 2,1-12).

3.2 *La lectio divina del pasaje*

El «evangelio de la infancia» de la Iglesia naciente, narrado en los primeros capítulos del libro de los Hechos de los Apóstoles, encuentra su cumbre en el relato de Pentecostés, con el descenso del Espíritu Santo sobre la primitiva Iglesia. Lo que el Bautismo de Jesús, con la recepción del Espíritu Santo al terminar su evangelio de la infancia, es para Jesús, lo fue Pentecostés para la primitiva Iglesia. Del mismo modo que Jesús comienza su vida pública después de su Bautismo, los cristianos iniciamos nuestro ministerio público con la recepción del Espíritu Santo. El mismo Espíritu que alentó la vida de Jesús sigue alentando la nuestra para que también nosotros hagamos la voluntad de Dios, como Jesús hizo la voluntad del Padre. De hecho, la presencia del Espíritu dinamiza de tal modo la Iglesia que aquellos que estaban escondidos con las puertas cerradas por miedo a los judíos, salen inmediatamente y se convierten en misioneros valientes que predicán incluso en el templo de Jerusalén. En pocos años, los primeros cristianos, llenos del Espíritu, evangelizan y vitalizan los pueblos de la tierra conocida en aquel entonces. El impulso de la Iglesia empieza con la recepción del Espíritu Santo, él es el motor de la Iglesia de todos los tiempos, también de la nuestra.

Vayamos al texto para descubrir cómo se produjo y qué conllevó ese acontecimiento determinante para la historia de la Iglesia y para nuestra propia vida. En primer lugar, llama la atención la disposición de los discípulos antes de recibir el don del Espíritu: *estaban todos reunidos con un mismo objetivo*. Estaban todos juntos, pero no sólo físicamente, sino también espiritualmente. Podríamos decir que esa comunión en un mismo objetivo implica que estaban *con-cordes*, es decir, con un solo corazón, con una sola intención. ¡Cuánto une caminar juntos hacia una misma meta! Parece que el Espíritu gusta de esta disposición basada en la comunión afectiva y efectiva. De hecho, la expresión que ha sido traducida por *un mismo objetivo* es más amplia en el original griego. También podría ser traducida por estar reunidos «en ello», en la Iglesia, en la comunidad, en la oración, o incluso estar reunidos «en él», en el Señor, en la Eucaristía. Nada une tanto como la Eucaristía, fuente de la verdadera comunión; nada une tanto como el Señor, la oración y la verdadera amistad en la Iglesia. Esta comunión expectante demanda el don de Dios

como una concha vacía y abierta que quiere acoger el agua. Se trata de la epiclesis, es decir, de la invocación orante, presente en toda comunidad unida que celebra cualquier sacramento.

Precisamente cuando los discípulos se encontraban juntos *de repente vino del cielo* un don. Sólo cuando los apóstoles están estables en la concordia de los corazones y perseveran en una oración expectante, el Espíritu puede invadirles plenamente. Cuando toda la actividad de los discípulos consistía en el estar unidos, son premiados con el don de Dios. Ahora bien, los regalos divinos son siempre imprevistos. Por eso el texto dice que *de repente sobrevino* del cielo un viento. Dios siempre sorprende, es algo que sobreviene inesperadamente. La libertad de Dios es como la del viento y así ha de ser la libertad del cristiano movido por el Espíritu: «El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu». Este Espíritu Santo, libre por antonomasia, habita en la Iglesia y es el que la hace siempre libre. Si somos esclavos de algo, eso que nos esclaviza no es de Dios. La verdad de Dios siempre nos libera.

Esta acción imprevista de Dios sólo es posible describirla por medio de la analogía y la comparación. Por eso San Lucas utiliza el comparativo «como». El don sorprendente de Dios es *como una ráfaga impetuosa de viento y como unas lenguas de fuego*. El autor no encuentra palabras apropiadas y por ello emplea estas dos imágenes: el viento y las lenguas de fuego. La objetividad del acontecimiento está garantizada por el hecho de que los discípulos percibieron, es decir, oyeron y vieron; pero el acontecimiento es de una trascendencia tal que sólo mediante imágenes puede ser atisbado. En la revelación del Antiguo Testamento tanto el viento como el fuego son símbolos de la divinidad. El viento, desde la suave brisa, hasta el viento impetuoso, habla de la presencia de Dios, que es capaz de movernos y dirigirnos. El fuego, símbolo de la gloria divina, tiene la capacidad de iluminar y purificar, siendo una energía capaz de transformar. El fuego también realiza el sacrificio, la oblación.

Ambas imágenes describen la acción divina, que actúa sobre cada uno, individualmente: *las distintas lenguas de fuego se posaron sobre cada uno de ellos*. El Espíritu, actúa personalmente en cada bautizado. Es importante caer en la cuenta de que se trata de lenguas distintas, luego cada lengua de fuego entra de modo personal en cada uno de los presentes, de modo que cada uno puede sentirse plenamente él mismo y al mismo tiempo invadido del Espíritu Santo. Gracias, Señor, porque nunca anulas nuestra individualidad, sino que la respetas y llevas a plenitud. Gracias

porque nunca nos tratas como si fuéramos uno más de la masa, sino que tu trato es siempre personal.

Es más, si le dejamos, el Espíritu se posa, se establece, toma posesión definitiva de cada uno de nosotros. Este permanecer en el cristiano indica la presencia continuada e irrevocable de Dios. Ciertamente podemos permitir que el Espíritu actúe más o menos en nosotros, hay una graduación en nuestra docilidad al Espíritu, pero nunca nos podrán robar el don del Espíritu recibido en el bautismo. Somos templo del Espíritu y lo somos para siempre porque los dones de Dios son irrevocables.

El texto no dice sólo que el Espíritu actúa individualmente en cada bautizado, sino también afirma que el Espíritu *llenó toda la casa en la que se encontraban*. El Espíritu quiere llenar por completo el lugar en el que habita. Es el único que tiene la capacidad de colmar nuestro ser. Si dejamos que el Espíritu habite plenamente en nosotros, no habrá vacío en nuestro interior porque él lo llenará todo, estaremos siempre llenos de su presencia. Además, el Espíritu quiere que nada de nosotros quede sin su presencia transformadora. El Espíritu quiere permearlo todo, penetrar hasta lo más profundo de nuestro ser para así poder bendecirlo todo. Es decir, el Espíritu se proyecta hacia la plenitud y totalidad. En este sentido el Espíritu revela la catolicidad del misterio cristiano porque está destinado a afectar todas las dimensiones del ser y a dar la plenitud a todo.

¿Cuál era aquella casa donde se encontraban, que se llenó del Espíritu Santo? La Tradición ha situado la escena siempre en el Cenáculo. Aquella casa en la que se encontraba la Iglesia naciente, donde tuvo lugar la Institución de la Eucaristía y del sacerdocio, el lavatorio de los pies, la encomienda del perdón de los pecados y la venida del Espíritu Santo, era imagen de toda la Iglesia. Toda la Iglesia está llena del Espíritu, que la colma con su inagotable plenitud. Análogamente, aquella casa puede ser interpretada como una imagen del mundo entero. También la creación está llena del Espíritu que tantas veces nos habla a través de la creación. El mundo entero es templo del Espíritu, que invade toda la creación. ¿Acaso no es una criatura el pan Eucarístico, que nos muestra la presencia divina en la creación y el destino del mundo creado?

Esta presencia del Espíritu Santo, que llena por completo a la creación, a la Iglesia y a los bautizados, hizo que los discípulos se pusieran a *hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse*. Sí, el Espíritu pone las palabras necesarias en nuestros labios. El bautizado, guiado por el Espíritu, es capaz de hacer llegar la

Palabra de Dios eficazmente. ¡Cuántas veces queremos acertar con nuestras palabras! Sólo el Espíritu Santo nos enseña a expresarnos de tal modo que nuestra palabra se convierta en Palabra de Dios.

Ahora bien, el texto dice que *cada discípulo hablaba en una lengua distinta* y que todos los presentes, partos, medos, elamitas, habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto, Libia, romanos, cretenses y árabes, cada uno les oía proclamar en su lengua las maravillas de Dios. No es que los discípulos hablen una única lengua que todos entienden, sino que el mensaje divino es expresado en todas las lenguas. La acción del Espíritu Santo no hace a la audiencia entender el lenguaje de los discípulos, sino que éstos hablan los idiomas nativos de todos los miembros de la audiencia. Pentecostés no es una vuelta al periodo anterior a Babel con un única lengua hablada y entendida por todos, sino que los primeros cristianos hablan distintas lenguas para alcanzar a todos los pueblos. La Palabra de Dios llega a cada uno en su propia lengua, en su propio estilo. Los discípulos, guiados por el Espíritu, pronuncian el mensaje divino de modo que cada uno lo pueda entender. El Espíritu Santo les lleva a abrazar todas las culturas expresadas por las diferentes lenguas para que, una vez abrazadas dichas culturas, puedan ser evangelizadas.

Además, la audiencia está constituida por judíos que se encuentran en Jerusalén, pero la descripción lucana es *hombres piadosos venidos de todas las naciones que hay bajo el cielo*. Lucas indica la amplia variedad de procedencias de los oyentes, incluso enumerando los lugares de los cuales vienen esas personas. Esa lista de naciones es una actualización de la tradición de la «tabla de naciones» conocida en aquel tiempo. Lucas, enumerando estas naciones, parece deseoso de mostrar una representación universal de judíos provenientes de todo el mundo, evocando una universalidad que incluye a los gentiles. El acontecimiento de Cristo es para todos, mostrando, una vez más, su catolicidad. No hay persona humana por la que Cristo no haya muerto. De hecho, el mismo Jesús había dicho: «cuando sea alzado de la tierra, atraeré a todos hacia mi». Todos los pueblos bajo el cielo esperan ansiosos, a veces sin saberlo, la buena noticia de Cristo. De este modo, el texto de los Hechos muestra el campo de trabajo en el que los discípulos de Cristo debemos afanarnos. El cristianismo, por su propia naturaleza, tiende a la universalidad y elimina toda forma de separación, división o contraposición. El Señor nos llama para llegar a todos.

Finalmente, ¿qué es lo que dicen los apóstoles? ¿Cuál es el contenido de su predicación? Este auditorio universal oye a los discípulos, llenos del Espíritu Santo, proclamar *las maravillas de Dios*. El discípulo dócil al Espíritu no habla de sí, sino de Dios. A veces lo hace implícitamente, otras veces explícitamente, mostrando las obras grandes que Dios hace en su vida. ¡Cuánto hablamos de nosotros y qué poco hablamos de Dios o de las obras que él hace en nosotros! Señor, concédenos la gracia de proclamar una y otra vez tus maravillas a todos aquellos que nos escuchan y que, a buen seguro, quedaran asombrados y perplejos de tus maravillas.

3.3 *Así lo leyeron*

Un asunto de gran importancia nos obliga a no callar por más tiempo qué es eso que el Espíritu Santo se manifestó en el río Jordán como paloma, y a éstos se da como lenguas de fuego. Dos son los sentidos de esta figura: la simplicidad, que es condición natural de la paloma, y que tenga al mismo tiempo fe encendida para no arrastrar la tibieza sin el fuego de la Escritura Santa. Allí en las aguas del río se representa la unión de corazones; aquí manda que prediquen la doctrina con encendimiento. En el alma urge el amor, en la palabra arde el fuego (ARATOR, *Historia apostólica*, 1).

En efecto, el Espíritu Santo se apareció en el fuego y en las lenguas, porque hizo ardientes y locuaces a todos los que inundó; ardientes de Él y locuaces sobre Él. Al mismo tiempo, para indicar que la santa Iglesia, extendida por todos los confines del mundo, debía hablar en el mismo idioma de todas las naciones (BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 2, 3ª).

Por eso, cuando envía al Espíritu Santo, le hace visible en dos formas: por la paloma y por el fuego. Por la paloma, cuando desciende sobre el Señor después de su bautismo; por el fuego, cuando desciende sobre los apóstoles reunidos... La paloma indica que los santificados por el Espíritu tienen que ser sencillos, y el fuego enseña que la sencillez no debe ser fría. No os impresione la división de lenguas; las lenguas son distintas; por eso apareció en forma de lenguas; lenguas distintas como de fuego se posaron sobre cada uno de ellos. Son lenguas distintas entre sí, pero esta división no es cisma. No temas la desunión en la división de lenguas. Reconoce en la paloma la unidad (SAN AGUSTÍN, *Tratado sobre el Ev. de Juan*, 6, 3).

¡Qué rápida es la palabra de la Sabiduría y, cuando el maestro es Dios, qué pronto se aprende lo que se enseña! No se necesita traducción para comprender, ni ejercicios para adquirir el uso, ni tiempo para estudiar, sino que, soplando el Espíritu de verdad donde quería, las palabras que eran particulares a cada pueblo vinieron a ser comunes en la boca de la Iglesia. Desde ese día sonó la trompeta de la predicación evangélica; desde ese día la lluvia de los carismas, los ríos de bendiciones, regaron todo el desierto y toda la tierra árida; pues, para renovar la faz de la tierra «el Espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas», y, para disipar las antiguas tinieblas, brillaban los fulgores de una nueva luz, cuando por el esplendor de las lenguas centelleantes nacía la luminosa palabra del Señor, y la palabra inflamada que, para crear la inteligencia y consumir el pecado, tiene el poder de iluminar y la fuerza de quemar (SAN LEÓN MAGNO, *Sermones*, 75, 2).

Los que se ríen, aunque sea de manera misteriosa, sin embargo son testigos de cosas verdaderas, porque los discípulos no se emborracharon con vino viejo en las nupcias de la Iglesia, sino que están llenos del mosto de la gracia espiritual. Ciertamente el vino nuevo ya se encontraba en los odres nuevos, puesto que los apóstoles hacían resonar las grandezas de Dios «con un espíritu nuevo y no según la antigua letra» (BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 2, 13).

3.4 Preguntas para el diálogo en grupo

¿Crees que el Espíritu Santo es el que verdaderamente guía la Iglesia y el que quiere guiar cada una de tus decisiones?

Los apóstoles estaban juntos con un mismo objetivo, ¿qué puedes hacer para favorecer la comunión en tu parroquia? ¿De qué modo imploráis juntos la venida del Espíritu Santo?

El Espíritu Santo quiere posarse sobre cada uno de nosotros y bendecir la totalidad de nuestra existencia. ¿En qué recovecos de nuestra alma puede encontrar resistencia a su acción? ¿Le dejo que resida, cada vez más, en mi y en mi casa hasta llenarla por completo?

¿Tratas de llegar a cada persona del modo que le sea más fácil aceptar el Evangelio? ¿Hay persona o grupos a los que te cuesta más o incluso te niegas a llevar el Evangelio?

3.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

En el día a día de la parroquia el sacerdote debe tomar muchas decisiones, algunas de ellas difíciles. ¿Tomas dichas decisiones bajo la guía del Espíritu? ¿Está tu parroquia abierta a la novedad y al imprevisto del Espíritu?

Los apóstoles estaban juntos con un mismo objetivo, ¿qué puedes hacer para favorecer la comunión en tu equipo sacerdotal? ¿Y en tu parroquia? ¿En qué «mismo objetivo» crees que debería basarse dicha comunión?

El Espíritu Santo quiere posarse sobre cada uno de nosotros y bendecir la totalidad de nuestra existencia. ¿Qué recovecos de nuestra alma pueden resistirse a su acción? ¿El Espíritu Santo ilumina también tu tiempo libre?

¿Tratas de llegar a cada persona del modo que le sea más fácil aceptar el Evangelio? ¿O, por el contrario, aplicas una serie de reglas fijas a todos por igual? ¿Hay persona o grupos a los que te cuesta más o incluso te niegas a llevar el Evangelio?

4. La valentía en la dificultad: «No podemos dejar de hablar»

4.1 El pasaje de la Escritura (Hch 4,1-4.13-23)

¹Estaban hablando al pueblo, cuando se les presentaron los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los saduceos, ²molestos porque enseñaban el pueblo y anunciaban en la persona de Jesús la resurrección de los muertos. ³Les echaron mano y les pusieron bajo custodia hasta el día siguiente, pues había caído ya la tarde. ⁴Sin embargo, muchos de los que oyeron la Palabra creyeron; y el número de hombres llegó a unos cinco mil (...). ¹³Viendo la valentía de Pedro y Juan, y sabiendo que eran hombres sin instrucción ni cultura, estaban maravillados. Reconocían, por una parte, que habían estado con Jesús; ¹⁴y al mismo tiempo veían de pie, junto a ellos, al hombre que había sido curado; de modo que no podían replicar. ¹⁵Les llamaron salir fuera del Sanedrín y deliberaban entre ellos. ¹⁶Decían: «¿Qué haremos con estos hombres? Es evidente para todos los habitantes de Jerusalén, que ellos han realizado una señal manifiesta, y no podemos negarlo. ¹⁷Pero a fin de que esto no se divulgue más entre el pueblo, amenacémosles para que no hablen ya más a nadie de ese nombre». ¹⁸Les llamaron y les mandaron que de ninguna manera hablasen o enseñasen en nombre de Jesús. ¹⁹Mas Pedro y Juan les contestaron: «Juzgad si

es justo delante de Dios obedeceros a vosotros más que a Dios. ²⁰No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído». ²¹Ellos, después de haberles amenazado de nuevo, les soltaron, no hallando manera de castigarles, a causa del pueblo, porque todos glorificaban a Dios por lo que había ocurrido, ²²pues el hombre en quien se había realizado esta señal de curación tenía más de cuarenta años. ²³Una vez libres, vinieron a los suyos y les contaron todo lo que les habían dicho los sumos sacerdotes y ancianos (Hch 4,1-4.13-23).

4.2 *La lectio divina del pasaje*

No es casualidad que Jesús prometa a los que le siguen «el ciento por uno: ahora en el presente, casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y hacienda, con persecuciones» (Mc 10, 30). El libro de los Hechos da buena cuenta de esta promesa del Señor a los suyos, ya que en esta obra lucana se nos narra cómo los Apóstoles pasan por todo tipo de sufrimientos por causa del Evangelio. Las persecuciones, las torturas, incluso la muerte se convierten en el medio para la evangelización. Es decir, no se trata de casualidades, sino que la cruz viene estrechamente unida a la tarea evangelizadora. Pero, como los mismos textos señalan, el sufrimiento de los discípulos es profundamente fecundo.

El relato del que nos ocupamos ahora, Hch 4, 1-31, suele dividirse en dos partes: la comparecencia de Pedro y Juan ante el Sanedrín y la reunión y posterior oración de los Apóstoles en circunstancias adversas. Así lo estructuramos para nuestra reflexión, apoyándonos en otros relatos que nos ayudarán a ver cómo el éxito de la misión viene de la mano de la dificultad en el apostolado.

Esta primera parte narrando cómo Pedro y Juan son encarcelados por «los sacerdotes, el jefe de la guardia del Templo y los saduceos» (Hch 4, 1), muestra que la fidelidad trae cruz, y la cruz fecundidad. El motivo es que anunciaban la resurrección en «la persona de Jesús» (Hch 4, 2). Sin embargo, el juicio no versa directamente sobre el motivo de la detención, sino que se centra en el milagro que poco antes ha narrado Lucas. En efecto, en Hch 3, 1-10 se cuenta la curación de un tullido por parte de estos dos apóstoles en la puerta Hermosa del Templo. Con las palabras «en el nombre de Jesucristo, el Nazoreo, ponte a andar» (Hch 3, 6), aquel, que estaba incapacitado desde el nacimiento (cf. Hch 3, 2), comenzó a andar. Ante el temor por el gran número de conversiones que suscitaba la predicación y las obras

de los Apóstoles, «unos cinco mil» (Hch 4, 4), traen al curado al juicio para que Pedro y Juan expliquen «con qué poder» (Hch 4, 7) han hecho la curación.

Poco más adelante, Lucas escribe que «por la mano de los apóstoles se realizaban muchas señales y prodigios» (Hch 5, 12), añadiendo que «los creyentes cada vez en mayor número se adherían al Señor, una multitud de hombres y mujeres» (Hch 5, 14). Esto provoca que los Apóstoles sean de nuevo llevados ante el Sanedrín (Hch 5, 27), donde se les recuerda la prohibición de enseñar el nombre de Jesús. El juicio termina con la flagelación de los Doce y la amenaza de no seguir predicando (Hch 5, 40).

En Hch 7, 6 Lucas dice que «la Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe». Ya no se trata sólo del pueblo que se alegra de recibir el evangelio, sino que incluso los que al principio se oponían, los sacerdotes, acogen la fe que predicán los discípulos, de modo que el éxito de la misión va siendo cada vez más grande. Pero unida a este referencia, el autor sagrado narra el martirio de Esteban, quien también realizaba «entre el pueblo grandes prodigios y señales» (Hch 6, 8). Del relato del martirio de Esteban llama la atención que el modo de persecución se oculta en la mentira, en la falsa acusación, mientras que en los relatos anteriores se preguntaba directamente a los Doce sobre su actividad. La cruz va tomando aspectos distintos. Así como antes era por una oposición directa a la fe cristiana, ahora aparece ante la persona del Apóstol en la envidia, los deseos torcidos del corazón del hombre, en una voluntad ambigua, en la sobrebia. Es impresionante cómo termina el relato de la muerte de Esteban: «Saulo aprobaba su muerte» (Hch 8, 1).

La situación de ser juzgados y perseguidos por Jesús ya fue anunciada por el Maestro cuando, dirigiéndose a los Doce, les anuncia que serán llevados «a las sinagogas y cárceles» (Lc 21, 12). Sin embargo, Jesús une esta advertencia a la providencia, que no permitirá que perezca «ni un cabello de vuestra cabeza» (Lc 21, 18) y llama a la perseverancia (cf. Lc 21, 19) como un signo de la fortaleza apostólica. ¿Por qué los Apóstoles continúan con su trabajo misionero a pesar de que cada vez las amenazas son más claras? ¿No eran quizás conscientes de que se estaban encaminando hacia un fracaso seguro? ¿De dónde nace la fortaleza para seguir adelante por unos caminos cada vez más dificultosos? La fortaleza apostólica nunca nace del empeño personal, sino del amor a Jesús. Él es el tesoro por el que merece la

pena venderlo todo. La fortaleza proviene de experimentar que si me falta el Señor, me falta todo. Se trata del amor de los mártires, quienes han amado a Jesús más que a sus propias vidas. El vigor apostólico en medio de la persecución proviene, por tanto, de la presencia del Maestro en la vida del discípulo, y del corazón enamorado del discípulo que quiere ser como su Maestro. Si Jesús venció en la cruz, ¿cómo va a darle la espalda el Apóstol al instrumento que se la ha dado para vencer?

Después que los jefes, ancianos y escribas prohíban a Pedro y Juan hablar o enseñar el nombre de Jesús (cf. Hch 4, 18) y que ellos respondan con valentía que no pueden dejar de hablar de lo que han visto y oído (cf. Hch 4, 20), son puestos en libertad bajo amenaza (cf. Hch 4, 21). Juan y Pedro se reúnen con los demás para contarles todo lo ocurrido (cf. Hch 4, 23) y todos a una elevan una oración a Dios. Conviene destacar que la primera reacción de los Doce es la oración en común y no planear una estrategia por la que librarse del atosigamiento de los judíos. Esto pone de manifiesto que la persecución es el ámbito en el que sus vidas y su misión han de desarrollarse. Sin duda se trata de algo aprendido en la convivencia con Jesús, quien nunca se escondió de la dificultad.

Esta identidad en las penas de la persecución y en el modo de afrontarla entre Jesús y los Apóstoles se acentúa fuertemente en la mención que hace Hch 4, 27 de «Herodes y Poncio Pilato». Es decir, los mismos que persiguieron al Maestro son ahora los que atormentan a los discípulos. Esta mentalidad de compartir la misma vida que Jesús invade el interior de los Doce, por eso en la oración no piden ser librados del sufrimiento, sino que Jesús tenga en cuenta la amenaza bajo la que desarrollan su misión, y piden «poder predicar tu Palabra con toda valentía» (Hch 4, 29).

La valentía a la que se hace referencia y que deja asombrados a los que interrogan a Pedro y Juan (cf. Hch 4, 13), no tiene nada que ver con la insolencia sino que por la promesa que hace Jesús de asistirles en el momento de la prueba (Lc 21, 15) hace relación con la confianza. Se trata de hablar abiertamente de Jesucristo, como vemos en el testimonio de Pedro, y no sólo mediante alusiones. Esta valentía, sin embargo, es algo que proviene de pedirlo intensamente a Dios, como vemos en la segunda parte de nuestro texto.

La oración que Lucas nos ha dejado en este texto es una invocación a la madurez cristiana. No se trata de que se den las circunstancias propicias para la evangelización, sino de pedir la gracia de la fidelidad al Señor. Los discípulos, de esta

manera, sitúan la vocación en un grado de importancia absoluta. Ellos han sido enviados a predicar el Evangelio, el nombre de Jesús, y la forma de vida que llevan, sin miedos, está determinada por la vocación que les ha sido dada. Desde los inicios de la misión cristiana las dificultades han acompañado a los discípulos de Jesús.

No es casualidad, por tanto, que Jesús educara a los suyos a vivir en circunstancias adversas. En la parábola del sembrador y su posterior explicación (Mt 13, 1-9.18-23), por ejemplo, hablándoles sólo a los Doce, el Maestro describe una semilla sembrada en pedregal que no consigue echar raíces, aunque al principio recibió la Palabra con alegría (cf. Mt 13, 20-21). Este terreno empedrado, que sin duda hace referencia a una comprensión equivocada del seguimiento, es inconstante, «y cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumbe enseguida» (Mt 13, 21).

Los Apóstoles, por tanto, no piden vivir de una manera distinta a la que vivió Jesús y Él les enseñó, sino la valentía para, en medio de las dificultades, ser fieles a su vocación y no sucumbir. Esta es la oración que el Señor atiende, ya que, según narra Lucas, «acabada su oración (...), todos quedaron llenos del Espíritu Santo y predicaban la Palabra de Dios con valentía» (Hch 4, 31). A Dios se le pide que dé ánimos a los que lo proclaman. Ellos no le piden egoístamente beneficios para ellos mismos, sino la gracia de llevar, con franqueza y unidad, lo que Dios les ha pedido llevar a cabo.

4.3 *Así lo leyeron*

¿Qué significa: Porque nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído? «Si es falso lo que afirmamos –vienen a decir-, demostradlo; pero si es verdad, ¿por qué lo prohibís?». ¡Tal es su conducta! Los judíos se encuentran en dificultad; los apóstoles en alegría; aquéllos en una gran vergüenza, éstos en libertad total; aquéllos están temerosos, éstos tienen confianza. ¿Quiénes eran –dime- los que temían? ¿Los que decían: para que no se divulgue más entre el pueblo o los que decían: nosotros no podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído? Además éstos últimos poseían mayor gozo, libertad y alegría; mientras que aquéllos otros andaban con tristeza, vergüenza y miedo, pues temían al pueblo. Los apóstoles decían lo que querían; los judíos ni siquiera hacían lo que pretendían. Así, ¿quiénes eran los que estaban atados y en peligro? ¡No eran precisamente los apóstoles! (SAN JUAN CRISÓSTOMO, Homilías a los Hechos de los Apóstoles/1, Homilía X, 4, 2).

En la medida en que un cristiano profesa su fe e intenta vivirla, resulta insólito tanto para los creyentes como para los no creyentes. Y esto es así porque el Evangelio, hasta el final de los tiempos, no dejará de ser Buena Noticia tanto para los judíos como para los gentiles. Lo insólito del cristiano es, pura y simplemente, su semejanza con Cristo, el parecido con Jesucristo insertado en el hombre por el bautismo y que, tras atravesar su corazón, llega a flor de piel.

Este parecido consiste en los rasgos mismos de Cristo (...). Lo «insólito» no le confiere al cristiano la características de un hombre notable y señalado, sino el rechazo y la denuncia en su propia vida de todo lo que pueda alterar su parecido con Jesucristo. No se trata de la brillante realización de un hombre cristiano, sino del mismo Cristo de siempre que muestra su rostro a través de un hombre.

Un hombre que no sólo cree en Dios, sino que debe amarle como un hijo ama a su padre amoroso y todopoderoso, a la manera de Cristo.

No sólo depende de Dios, sino que es soberanamente libre por voluntad de Dios.

No sólo es hermano de los que lo aman, sino también de sus enemigos; no sólo soporta los golpes, sino que no se aleja del que le golpea.

No sólo sufre y muere a manos de algunos, sino que sufre y muere por ellos; y no sólo una vez, sino en cada ocasión.

No sólo comparte lo que es y lo que tiene, sino que da lo único que Dios le ha dado personalmente: su propia vida.

No sólo acepta no parecer un héroe, sino no serlo. No sólo acepta no ser admirado, sino ser ignorado; no sólo admite no tener la estima ajena, sino tampoco la propia (MADELEINE DELBRÊL, *La alegría de creer*, 129-131).

Precisamente para resistir a estas múltiples instigaciones es necesaria la virtud de la fortaleza, que es una de las cuatro virtudes cardinales sobre las que se apoya todo el edificio de la vida moral: la fortaleza es la virtud de quien no se aviene a componendas en el cumplimiento del propio deber.

Esta virtud encuentra poco espacio en una sociedad en la que está difundida la práctica tanto del ceder y del acomodarse como la del atropello y la dureza en las relaciones económicas, sociales y políticas. La timidez y la agresividad son dos formas de falta de fortaleza que, a menudo, se encuentran en el comportamiento

humano, con la consiguiente repetición del entristecedor espectáculo de quien es débil y vil con los poderosos, petulante y prepotente con los indefensos (...).

El don de la fortaleza es un impulso sobrenatural, que da vigor al alma no sólo en momentos dramáticos como el martirio, sino también en las habituales condiciones de dificultad: en la lucha por permanecer coherentes con los propios principios, en el soportar ofensas y ataques injustos, en la perseverancia valiente, incluso entre incomprensiones y hostilidades, en el camino de la verdad y la honradez (JUAN PABLO II, *Creo en el Espíritu Santo. Catequesis sobre el Credo*, III, 427-428).

La contemplación está unida a la misión, pues en la medida en que se ha realizado lo que es Dios y se ha experimentado hasta qué punto el hecho de conocer y de amar a Dios es constitutivo de un humanismo total y de una existencia completa, en esa medida se sufre y queda uno sorprendido de que Dios no sea conocido y no sea amado. En la base de la actitud misionera hay una especie de escándalo ante tal inversión de valores que consiste en que Dios tenga tan escaso lugar en las preocupaciones de los hombres, mientras que haya tantas preocupaciones por lo demás. Existe la toma conciencia de una cierta ausencia de Dios en el mundo. En la medida en que se tiene conciencia de esta relación con Dios para sí mismo y de la importancia de la revelación de Dios que nos es dada en Jesucristo, se sufre entonces viendo que los hombres la ignoran totalmente, o la desconocen en su forma plena.

En la medida en que se da uno cuenta de cuánto debe ser amado Dios, se desea también que Dios sea amado por los otros, y se sufre de que sea desconocido o mal conocido. Así, con un celo misionero devorador, san Pablo estaba sediento por hacer conocer al verdadero Dios a los hombres, porque sabía, como dice San Ireneo, que «la vida del hombre es la visión de Dios» (J. DANIELOU, *Contemplación. Crecimiento de la Iglesia*, 109-110).

4.4 Preguntas para el diálogo en grupo

Como hemos visto en el texto del libro de los Hechos, la dificultad acompaña la misión a la que han sido enviados. Pero ellos, en vez de acobardarse, piden la gracia de ser valientes. En nuestra vida cristiana, ¿esto es así también o a la mínima dificultad reducimos nuestra vida cristiana a su mínima expresión de cara a los demás?

El sufrimiento, la incomprensión o el rechazo por nuestra condición de cristianos nos va a acompañar durante toda nuestra vida. Sin embargo, la dificultad tiene la virtud de

poner en verdad lo que vivimos, ya que ella o nos lleva a la confianza o a vivir quejándonos de todo. ¿Cuál es nuestro caso?

Los Apóstoles, una vez que han sido liberados, se reúnen con los demás para contarles todo lo que les ha sucedido. ¿Valoramos la amistad cristiana como un lugar donde poder compartir lo vivido y rehacernos en el seguimiento del Señor, o acudimos a los otros para agigantar nuestro malestar?

4.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

Las dificultades que se encuentran los Apóstoles proceden de su vocación más íntima, que es dar a conocer el amor de Dios manifestado en Jesucristo. Las dificultades en nuestro ministerio, ¿reconocemos que provienen de nuestra misión y las aceptamos como parte de nuestra herencia, o, por todos los medios, intentamos deshacernos de ellas?

Muchas veces nuestro ministerio pasa por circunstancias que son realmente duras. Esos momentos tienen la virtud de sacar a la luz lo que realmente tenemos en el corazón. Ante las dificultades, ¿tendemos a abandonarnos a la confianza en el Señor o lo que nace es sólo la queja?

Muchas veces tenemos que dar un “sí” incómodo al Señor, cuando nos toca vivir en circunstancias adversas. ¿Tenemos ánimo en esos momentos para, como los Apóstoles, pedir la gracia de llevar nuestro encargo hasta el final?

5. La primera comunidad cristiana

5.1 El pasaje de la Escritura (Hch 4,32-37)

³²La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos. ³³Los apóstoles daban testimonio con gran poder de la resurrección del Señor Jesús. Y gozaban todos de gran simpatía. ³⁴No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, ³⁵y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad. ³⁶José, llamado por los apóstoles Bernabé (que significa: «hijo de la exhortación»),

levita y originario de Chipre, ³⁷tenía un campo; lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles (Hch 4,32-37).

5.2 *La lectio divina del pasaje*

No cabe ninguna duda que los versículos finales del capítulo cuarto de los Hechos de los Apóstoles son el paradigma de la vida cristiana grabado en la mente de todos los fieles creyentes que alguna vez han escuchado este texto. Pero también podemos afirmar que el anhelo de armonía humana despertado por este texto ha traspasado las fronteras de la Iglesia y se ha convertido en el modelo utópico de una sociedad mejor, una sociedad solidaria, sin egoísmos.

Esta observación sobre el interés despertado por la Vida de la comunidad descrita en Hch 4 nos debe impulsar a conocer el pasaje en su contexto propio, el Evangelio de Jesucristo. El fundamento de esta *nueva humanidad* debe ser puesto al descubierto para que la esperanza de la realización de un mundo mejor no se busque por caminos erróneos, que siempre acaban en desengaño y en el peor de los casos, en horror, tal y como ha puesto de manifiesto la historia del siglo XX en sus totalitarismos esclavizantes, en los que el bien global del hombre dejó de ser la meta, en los que el hombre pasó a ser esclavo de una utopía (ideología).

La desilusión -que necesariamente surge del buscar la realización del “ideal” de humanidad nueva sin su fundamento (Dios)- y las atrocidades -que han brotado de los regímenes totalitarios que han buscado sociedades maduras sin Dios- son la mejor motivación para no obviar el contexto del que forma parte este pasaje, para no desligar el anuncio del nacimiento de una *nueva humanidad* del anuncio del Evangelio que fundamenta la esperanza de la nueva humanidad, cuyo centro es la humanidad renovada ya en Cristo. Cristo es la clave de la *nueva humanidad*. Cristo es la tierra donde el anhelo que despierta el pasaje leído puede echar raíces y dar buenos frutos. Cristo es el camino de realización histórica de la *nueva humanidad*.

En el cristianismo, los anhelos de una sociedad mejor dejan de ser simplemente utopías, pues estos anhelos han llegado a ser realidades concretas y sólidas. Estas realidades son las vidas de los santos, porque ha habido personas que “han vendido” todo y han amado como Cristo mismo amó. La *nueva humanidad* se hace palpable en la caridad vivida por los santos y convertida en instituciones estables: comunidades que se vuelcan en la caridad en hospitales, en casas de acogida,... En la vida de los

santos enraizada en Cristo, la *nueva humanidad* va abandonando el ámbito de lo utópico para manifestarse en el ámbito de lo histórico y real. La *nueva humanidad* se barrunta con fuerza en los cristianos que viven su fe. En ellos, el hombre puede ver con sus propios ojos el poder transformador de Dios, que lo hace todo nuevo. En los santos es donde el hombre comprende el mensaje de Hechos 4, porque en los santos se realiza la fuerza en la debilidad y se comprende que la obra de la *nueva humanidad* no es una obra de hombres, sino una obra de Dios con los hombres. Para Dios todo es posible.

El anuncio central de la salvación reposa en la fe en el Dios Omnipotente. La humanidad renovada que brota de la carne resucitada de Cristo (cf. Iglesia, sacramentos,...) es la manifestación de la omnipotencia de Dios. La vida de la gracia hace patente que la promesa de la *nueva humanidad* no es pura utopía.

Por todo lo dicho, el anhelo de la *nueva humanidad* no tiene por qué acabar en desilusión o totalitarismos que roban toda esperanza. El anhelo de la *nueva humanidad* puede y debe seguir siendo el motor de la historia del hombre, que nunca debe resignarse al sinsentido. Pero este anhelo solo puede seguir vivo enraizado en la buena noticia del Evangelio que inspiró los versículos que meditamos, esto es, en la certeza de una historia "llena de Dios", de un Dios hecho historia, en la fe en Jesucristo, el Hijo único de Dios, que se hizo hombre para hacernos partícipes de una Vida en la carne que sí merece la pena ser vivida.

Estas palabras introductorias nos animan a considerar más detalladamente el contexto donde encontramos el anuncio del nacimiento de una *nueva humanidad*.

En el mundo de la exégesis se denomina «sumario» a los pasajes del NT donde se generaliza una realidad de la vida nueva traída por Cristo. En los evangelios encontramos «sumarios» donde se dice que Jesús curaba a **todos** los enfermos y oprimidos por el mal. Pero sabemos, por otra parte, que Jesús no curó a todos los leprosos o ciegos de su tierra. «*Lo característico del sumario (que encontramos en Hch 4), explica el estudioso del NT R. E. Brown, es su función generalizadora en virtud de la cual acontecimientos o situaciones singulares del relato adyacente se presentan como normales, típicas y permanentes*». El pasaje de Hch 4 es un «sumario» donde se descubre el poder de Dios operando en la historia (cf. Espíritu Santo), como sucedió

en la misma vida de Jesús. Es un poder capaz de renovar lo antiguo, de operar cosas nuevas en medio de un mundo desgastado.

El libro de Hechos de los apóstoles, donde aparece este sumario, podría calificarse como la crónica del *nuevo camino* que conduce hacia la nueva humanidad, camino abierto por Jesucristo, único redentor del mundo. Los apóstoles son presentados como peregrinos que recorren este camino, que es histórico y espiritual, cuyos comienzos están en Galilea, pero cuyos recorridos –geográficamente, históricamente y espiritualmente- son infinitos. Como dijo Benedicto XVI, hay tantos caminos para llegar a Dios como hombres, porque Cristo que se ha hecho camino, se ha hecho hermano, maestro, modelo «particular» para cada hombre. Los caminos de la *nueva humanidad* no abandonan en ningún momento la pluralidad y diversidad de los caminos que brotaron de la mente creadora de Dios. Todos fuimos pensados en Cristo, por Cristo y para Cristo (cf. Ef 1,3-5); todos queridos por nosotros mismos. La historia de la Iglesia es la manifestación de esta voluntad ininterrumpida de Dios de conducir a todos hacia sí, esclavos y libres, judíos y paganos, hombres y mujeres de toda raza lengua y nación (cf. Gal 3,28). La *nueva humanidad* no tiene horizontes exclusivistas ni pretensión de «uniformidad».

Así la *nueva humanidad* que se presenta en el sumario de Hch 4 está pensada como la máxima manifestación de la voluntad primera de Dios y la ratificación de su Ser omnipotente capaz de recomponer una humanidad decadente con la fuerza de su Espíritu. La humanidad será la obra de Dios con el hombre, el hombre hecho por Dios.

El pasaje de Hch 4 que proponemos para la meditación no es un pasaje de ideales humanos, sino un camino de fe. Es un itinerario para todo hombre que busca su verdad y su sentido más allá de las cortas fronteras de los que se encierran en sí mismos o en grupos, ideales o utopías. La comunidad primera de Hechos 4 es la comunidad de los creyentes que ponen a Dios por encima de todo y saben fiarse de la providencia del Dios de nuestro Señor Jesucristo.

En los primeros versículos del capítulo cuarto sobre el que estamos meditando se dice explícitamente que la Iglesia se sabe fundada en la fe en el poder de Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos y que ha prometido la resurrección a todo el que le siga (cf. Hch 4,1). La resurrección será el sello del camino del que ha creído en

el poder de Dios manifestado en Cristo y derramado sobre toda carne por el Espíritu. La primera comunidad se sabía tras los pasos de Cristo y creía en la vida sin fin que este camino prometía. Era el camino de la entrega sin límites, el camino del amor que renuncia a todo beneficio propio a costa de otros, es decir, a todo egoísmo. Era el camino de la confianza en el Dios providente que otorga al hombre vida nueva.

El anuncio sobre el que se fundó la comunidad, esto es, el evangelio del Hijo de Dios, muerto y resucitado, supuso que la comunidad no tuviese como objetivo el estado del bien estar, es decir, un «paraíso» terreno, una vida sin dificultades. Cuántas crisis en la vida de los cristianos vienen de no estar fundados en el anuncio primero de la Iglesia y en la confianza plena en el camino de estrechez y persecuciones trazado por el Señor.

El gran equivoco actual y el gran lastre del cristianismo en Europa y, concretamente en España, puede provenir de la descontextualización de la vida cristiana y, por tanto, de la incompreensión de textos como el que estamos meditando.

Nadie arriesga lo propio para socorrer la *necesidad actual del prójimo* por miedo a los posibles apuros que puede conllevar perder las seguridades actuales y quedar sin seguridades para el *futuro* (¿qué futuro? ¿la resurrección?).

El cristiano de hoy tiene en el corazón el fatídico anhelo del estado de bien estar. Para el cristiano actual es el bien propio y no la fe lo que fundamenta su camino. Para el cristiano verdadero, por el contrario, su anhelo es la vida de Dios y asume sin trabas el camino que conduce a ella. La vida del cristiano verdadero se funda en el Dios todopoderoso que obró maravillas en la historia, que Encarnado fue perseguido, recorrió el camino estrecho de la caridad que confía en la providencia, pasó por la muerte y selló en la resurrección el poder de la vida del amor. El cristiano verdadero es el que pone todo lo que tiene y es al servicio de la *nueva humanidad*.

A la luz de estas reflexiones se debería leer también el pasaje paralelo que es tan conocido como el anterior y que ha escandalizado por su dureza: *Hch 5,1-12*. Este pasaje debería ser leído desde la fe. La fe es la confianza en lo que no se ve y se espera (cf. Heb 11,1). Los personajes que aparecen en estos versículos son el contra ejemplo del camino de la fe. El que desconfía, el que en su corazón no acoge la vida

de Dios sin miedos, al final acaba siendo esclavo de sus miedos y su camino acaba en el abismo. Este mundo devora a los que, por miedo, le sirven.

La comunidad cristiana verdadera es la que está fundamentada en un corazón indiviso, donde no hay dos señores, Dios y el mundo. El corazón del cristiano es un corazón de y para Cristo, un corazón donde brota la *nueva humanidad*.

5.3 *Así lo leyeron*

No te desviarás del necesitado, sino que compartirás todas las cosas con tus hermanos, y no dirás que son tuyas. Si somos coparticipes en lo inmortal, ¿cuánto más debemos iniciarlo ya desde aquí? Pues el Señor quiere dar a todos de sus dones (*Didaje, IV,8*).

Los que amábamos por encima de todo el dinero y los acrecentamientos de nuestros bienes, ahora, aun lo que tenemos, lo ponemos en común y de ello damos parte a todo el que está necesitado; los que nos odiábamos y matábamos los unos a los otros y no compartíamos el hogar con quienes no eran de nuestra propia raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos (*JUSTINO, I Apología, XIV, 2-3*)

Se aman unos a otros; y el que tiene, da sin pena al que no tiene. Y si entre ellos hay alguno que esté pobre o necesitado, y ellos no tienen abundancia de medios, ayunan dos o tres días para satisfacer la falta de sustento preciso para los necesitados. Viven recta y modestamente, como se lo mandó el Señor Dios» (*ARISTIDES, I Apología, XV, 8*)

Sabéis todos o casi todos que en esta casa.... vivimos de tal manera que, en la medida de nuestras fuerzas, imitamos a aquellos santos de los que dice el libro de los Hechos de los apóstoles: "Nadie consideraba propiedad suya lo que le pertenecía, sino que todo lo tenían entre ellos en común"... Comencé entonces a reunir hermanos con el mismo buen propósito, pobres y sin nada como yo, que me imitasen. Como yo había venido mi escaso patrimonio y dado a los pobres su valor, así deberían hacerlo quienes quisieran estar conmigo, viviendo todos de lo común. Dios sería para nosotros nuestro grande, rico y común patrimonio (*SAN AGUSTÍN, Sermón 355, 2*)

Como todos los creyentes forman un solo cuerpo, el bien de los unos se comunica a los otros [...] Es, pues, necesario creer [...] que existe una comunión de bienes en la Iglesia. Pero el miembro más importante es Cristo, ya que Él es la cabeza [...] Así, el bien de Cristo es comunicado [...] a todos los miembros, y esta comunicación se hace por los sacramentos de la Iglesia (SANTO TOMÁS DE AQUINO, *In Symbolum Apostolorum scilicet «Credo in Deum» expositio*, 13). «Como esta Iglesia está gobernada por un solo y mismo Espíritu, todos los bienes que ella ha recibido forman necesariamente un fondo común» (*Catecismo Romano*, 1, 10, 24, cogido del *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 947).

5.4 Preguntas para el diálogo en grupos

Siendo Hch 4 un «sumario» y, por tanto, una aclaración de la esencia de la vida renovada por la gracia:

¿Qué debo todavía poner a disposición de los apóstoles (Iglesia)?

¿Cuales son las utopías (anhelos) de mi vida que me desilusionan y esclavizan (comunidades perfectas, comodidades superficiales,...)?

¿Podría ver en mi propia vida la acción de Dios y, por tanto, el germen de la nueva humanidad (cf. pequeños sacrificios, renunciaciones a comodidades, mesura en los juicios, altruismos...)?

¿Me reconozco como fuente de escándalo para el mundo (cf. egoísmos, avaricia,...)?

¿Cómo nos afectan los escándalos dentro de la Iglesia? ¿Caemos en las garras del mundo que rechaza a la Iglesia y con ello niega el poder de Dios para transformar al hombre y el mundo?

6. Dos características de la misión: el servicio y la Palabra de Dios

6.1 El pasaje de la Escritura

¹En aquellos días, al crecer el número de los discípulos, los de lengua griega se quejaron contra los de lengua hebrea, porque en el servicio diario no se atendía a sus viudas. ²Los Doce, convocando a la asamblea de los discípulos, dijeron: "No nos parece bien descuidar la palabra de Dios para ocuparnos del servicio de las mesas. ³Por tanto, hermanos, escoged a siete de vosotros, hombres de buena fama, llenos de espíritu y de

sabiduría, y los encargaremos de esta tarea: ⁴nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra". ⁵La propuesta les pareció bien a todos y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo; a Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Parmenas y Nicolás, prosélito de Antioquía. ⁶Se los presentaron a los apóstoles y ello les impusieron las manos orando.

⁷La palabra de Dios iba creciendo y en Jerusalén se multiplicaba el número de discípulos; incluso muchos sacerdotes aceptaban la fe.

⁸Esteban, lleno de gracia y poder, realizaba grandes prodigios y signos en medio del pueblo. ⁹Unos cuantos de la sinagoga llamada de los libertos, oriundos de Cirene, Alejandría, Cilicia y Asia, se pusieron a discutir con Esteban; ¹⁰pero no lograban hacer frente a la sabiduría y al espíritu con que hablaba. ¹¹Entonces indujeron a unos que asegurasen: "Le hemos oído palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios". ¹²Alborotaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas, y, viniendo de improviso, lo agarraron y lo condujeron al Sanedrín, ¹³presentando testigos falsos que decían: "Este individuo no para de hablar contra el Lugar Santo y la Ley, ¹⁴pues le hemos oído decir que ese Jesús el Nazareno destruirá este lugar y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés". ¹⁵Todos los que estaban sentados en el Sanedrín fijaron su mirada en él y su rostro les pareció el de un ángel (Hch 6,1-15).

6.2 *La lectio divina del pasaje*

El pasaje que meditamos ahora enlaza directamente con los capítulos anteriores, en los que hemos visto cómo la Iglesia, en Jerusalén, se fortalecía día a día y crecía interiormente a pesar de las dificultades y persecuciones que venían de fuera. El caso de Ananías y Sáfira (5, 1-11) muestra que el pecado ronda siempre a los cristianos, pero se trata de un caso más bien excepcional. En el c. 6 san Lucas nos presenta un conflicto interior a la iglesia misma que, sin embargo, será ocasión providencial de un crecimiento aún mayor de la fe, poniendo a la comunidad cristiana en una nueva situación. El capítulo 6 nos presenta en primer lugar el conflicto entre "los de lengua hebrea" (hebreos) y "los de lengua griega" (helenistas); en segundo lugar, nos presenta el modo en que los Doce lo resuelven y, finalmente, asistimos al proceso de Esteban, uno de los helenistas, que conducirá a su martirio (c. 7). Esta primera persecución será el inicio de una nueva expansión, que tendrá su centro en Antioquía, desde donde comenzará la misión a los gentiles. La persecución y el martirio es siempre semilla de nuevos cristianos.

Las persecuciones anteriores habían fortalecido la fe de los Doce y el pueblo permanecía atento y admirado por su testimonio. El crecimiento numeroso de los hermanos (6, 1) hace que se multipliquen las necesidades y se haga más difícil responder a todas ellas. Esto es ocasión de una queja de los *helenistas* contra los *hebreos*, porque estos últimos discriminaban a las viudas de aquellos. ¿Quiénes son los unos y los otros? Entre los estudiosos hay un acuerdo generalizado al afirmar que los *helenistas* son cristianos procedentes del judaísmo *que hablaban griego*, mientras que los cristianos hebreos son judíos *que hablaban arameo*. Los *helenistas* serían judíos de la diáspora que residían ahora en Jerusalén. Parece probado que muchos judíos de la diáspora iban a Jerusalén a pasar los últimos años de su vida para ser enterrados en la Tierra que Dios había dado a los antepasados. Los vínculos familiares de estos eran más débiles y, en muchas ocasiones, simplemente no existirían. Eso agravaba la condición, de por sí precaria, de las viudas, particularmente menesterosas, al haber perdido el apoyo de sus maridos. Ya en el Antiguo Testamento encontramos numerosos textos sobre la protección que debía dárseles. Sabemos también que en Jerusalén había sinagogas de los helenistas, que formaban comunidades propias por las dificultades que tenían para entenderse en arameo.

Es en este contexto donde aparece la queja de los helenistas contra los hebreos porque sus viudas no son atendidas como las de los hebreos, aunque aparezca como causa coadyuvante el crecimiento rápido del número de los hermanos. Se trata aquí de una discriminación del grupo de los helenistas, en su eslabón más débil, el de las viudas. Probablemente, los helenistas –aun siendo judíos convertidos– formaban una comunidad específica, con costumbres propias y tal vez con liturgia propia, en griego y no en arameo. Se forma una primera brecha que atenta contra la comunión de los hermanos. No era la primera, ya en 1 Cor 11 san Pablo invita a los corintios a superar las dificultades entre unos y otros y a vivir en la caridad, en la humildad y en el servicio mutuo, no dejándose llevar de las diferencias procedentes del status socio-económico a la hora de celebrar la Eucaristía. Es allí donde Pablo recuerda que los que comen un solo pan se hacen miembros del mismo cuerpo. El problema planteado no es sólo un problema de gestión. Es, principalmente, una herida en la caridad entre dos grupos diferenciados, que se traduce en una real o sentida discriminación, situación que lamentablemente no nos resulta difícil de comprender. Es siempre el amor mutuo, el mandamiento al que somos llamados, el que más heridas sufre y es, sin embargo, el signo más claro de la verdad que celebramos en la fe y en la Eucaristía.

Los Doce (única vez que aparecen así nombrados en Hechos intervienen para solucionar el problema. Queda así claro que los dos grupos están bajo su autoridad. Muestran en su proceder que la Iglesia es ante todo la comunión de todos los hermanos. Por ello convocan, en primer lugar, a la muchedumbre de los discípulos y ofrecen una solución. Ellos se dedicarían, sin distracciones, a la oración y al ministerio de la palabra y encargarían a siete varones el “servir a las mesas”.

Aparecen así distinguidos dos servicios, el de las mesas, el de la caridad –diríamos hoy- y el de la oración y de la palabra. Por oración hemos de entender el conjunto de las oraciones de la comunidad cristiana, incluida la celebración de la Eucaristía, y por ministerio de la palabra, la predicación, el testimonio entre los paganos y la formación de nuevos ministros de la palabra. No es intención de san Lucas oponer dos ministerios, ni primar uno sobre otro. La intención de los Doce es asegurar que no falte el servicio a las mesas, esencial también a la comunidad cristiana. Justamente para asegurar ambos servicios se “crea” un ministerio específico. No aparece el término *diaconado*, pero sí el verbo *diakonein*, servir. La Palabra anunciada es Jesucristo mismo, el Hijo hecho hombre para mostrar en lo humano la misericordia divina. Se trata del anuncio del amor de Dios que se ha mostrado en Jesucristo. No puede haber real anuncio de la Palabra de Dios que no sea, a la vez, presencia viva del amor de Dios, de la caridad con los más débiles y de la comunión entre todos los hermanos. El servicio de la caridad no surge, en la Iglesia, para remediar las situaciones que el Estado no llega a cubrir, es esencial a su vida y a su misión, pero no hay mayor amor que entregar al hombre a Jesucristo mismo, mediante la predicación y el testimonio. Ambos servicios se reclaman mutuamente y ambos nacen del mismo amor de Dios. De hecho, lo que vemos en el texto es que el servicio de la caridad les conduce por sí mismos a seguir predicando y anunciando el Evangelio.

La comunidad presenta a siete varones, pero son los Doce quienes presentan cuáles han de ser sus cualidades (6, 3): de buena reputación, llenos de espíritu de sabiduría. Los Doce oran sobre ellos y les imponen las manos, es decir, invocan sobre ellos el Espíritu Santo y les transfieren este ministerio, como participación del suyo propio. De entre los siete destaca Esteban, *lleno de fe y de Espíritu Santo*. La consecuencia de esta solución es que la Palabra de Dios crecía y aumentaba el número de los hermanos, incluyendo a muchos sacerdotes judíos (6, 7). Ese es el fruto de una decisión bien tomada: habiendo recurrido a la oración; habiendo consultado a la comunidad y bajo la supervisión de los Doce... la comunión con el Señor y la comunión fraterna son las vías para resolver cualquier crisis de amor mutuo entre unos y otros, bajo el ministerio de la unidad y de la

comuni3n concretado en el servicio de los obispos. Es, justamente, esta comuni3n, signo del amor fraterno, la condici3n necesaria para que tanto la predicaci3n como el servicio sean verdaderamente elocuentes, es decir, sean signos del amor de Dios que se ha hecho carne en Jesucristo y permanece vivo y ardiente en la Iglesia.

Hch 6,8-15 narra la primera persecuci3n desatada contra los cristianos. En rigor, deberíamos decir con los helenistas que eran m1s cr1ticos –habiendo sido educados en la di1spora- contra el culto del templo de Jerusal3n y contra algunas costumbres procedentes de la Ley de Mois3s. Esta persecuci3n se centra en Esteban, probablemente el m1s importante de los siete en el grupo de los helenistas. La persecuci3n nace en las sinagogas de los helenistas que hab1a en Jerusal3n, a las cuales deb1a dirigirse la predicaci3n de los cristianos helenistas. San Lucas subraya un cierto paralelismo en el proceso contra Esteban y el proceso contra Jes1s. No es el disc1pulo mayor que su maestro, de modo que Esteban se ve tambi3n envuelto en la red de las falsas acusaciones (palabras blasfemas contra Mois3s y contra Dios). Esteban, predicaba, lleno de sabidur1a y de fuerza, sobre la 1ltima venida de Cristo... Entonces el culto del templo de Jerusal3n desaparecer1a ante su presencia y tambi3n la Ley mosaica perder1a su vigor. Eso implica en su predicaci3n que el culto del Templo es ya irrelevante.

Ya en esta primera persecuci3n se anuncia el motivo de toda persecuci3n contra los cristianos: el anuncio expl1cito y vivo de Cristo que, siendo el centro de todo y el criterio 1ltimo de la verdad y de la vida de los hombres, implica un juicio y una llamada a la conversi3n. Se trata siempre de la resistencia a la verdad de Cristo y de la fidelidad de la Iglesia a esta misi3n recibida del Se1or a la que no puede, de ninguna manera, renunciar.

6.3 *As1 lo leyeron*

¿Ves c3mo todo se dispone de un modo que no es humano? *Y aumentaba considerablemente el n1mero de disc1pulos en Jerusal3n.* Crec1a en Jerusal3n la multitud. Lo admirable era que donde Cristo hab1a sido matado, all1 se extend1a la predicaci3n. Y no s3lo no se escandalizaron algunos de los disc1pulos al ver que los ap3stoles eran azotados, otros eran amenazados, otros tentaban al Esp1ritu Santo y otros murmuraban, sino que aumentaba considerablemente el n1mero de los creyentes; as1, con motivo de lo de Anan1as, se tornaron mejores y era mayor el miedo que ten1an a los ap3stoles. F1jate c3mo crec1a la multitud. Creci3 despu3s de las pruebas, no antes. Observa tambi3n la gran benevolencia de Dios. De aquellos pr1ncipes de los sacerdotes que excitaban a las turbas a pedir la muerte [de Cristo]; de aquellos que gritaban: ‘Salv3 a otros, y a s1 mismo no

puede salvarse', de éstos dice [el texto], muchos 'obedecían a la fe'. Así pues, nosotros debemos ser imitadores de Cristo. Él los abrazó y no los rechazó. De la misma manera nosotros debemos pagar con beneficios a los enemigos que nos hayan causado innumerables males" (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 14, 3,8 - 14, 4, 1).

Ten en cuenta que, si fueron necesarios siete varones para dicho ministerio, quizá era lo que correspondía a la gran abundancia [de las limosnas] y a la multitud de las viudas. Tampoco las oraciones se hacían a la ligera, sino con gran atención; y esto, lo mismo que la predicación, se llevaba a la perfección; en efecto, todo se hacía con las oraciones. De esta manera se daba preferencia a lo espiritual y así se les enviaba a salir fuera, y así ellos hicieron creíble la palabra" (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles* 14, 3,5).

El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de lo más íntimo, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio... Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura" (FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, 88).

La historia de san Esteban nos da varias lecciones. Por ejemplo, nos enseña que el compromiso social de la caridad no se debe separar nunca del anuncio valiente de la fe. Era uno de los siete que se encargaban sobre todo de la caridad. Pero la caridad no se podía separar del anuncio. De este modo, con la caridad, anuncia a Cristo crucificado, hasta el punto de aceptar incluso el martirio. Esta es la primera lección que podemos aprender de san Esteban: la caridad y el anuncio van siempre juntos. San Esteban sobre todo nos habla de Cristo, de Cristo crucificado y resucitado como centro de la historia y de nuestra vida. Podemos comprender que la cruz ocupa siempre un lugar central en la

vida de la Iglesia y también en nuestra vida personal. En la historia de la Iglesia no faltará nunca la pasión, la persecución. Y precisamente la persecución se convierte, según la famosa frase de Tertuliano, en fuente de misión para los nuevos cristianos. Cito sus palabras: "Nosotros nos multiplicamos cada vez que somos segados por vosotros: la sangre de los cristianos es una semilla" (Apologético 50, 13). Pero también en nuestra vida la cruz, que no faltará nunca, se convierte en bendición. Y aceptando la cruz, sabiendo que se convierte en bendición y es bendición, aprendemos la alegría del cristiano incluso en los momentos de dificultad. El valor del testimonio es insustituible, pues el Evangelio lleva a él y de él se alimenta la Iglesia. (BENEDICTO XVI, *Audiencia general 10-01-2007*).

6.4 Preguntas para el diálogo en grupo

¿Cómo vives la diferencia entre personas y grupos dentro de la parroquia o de tu comunidad? ¿Crees que esas diferencias son un inconveniente o una bendición?

En caso de conflictos entre unos y otros ¿qué caminos hay que buscar para la reconciliación y la comunión? ¿Qué importancia dais a la comunión de unos con otros en la comunidad?

¿Qué relación hay de hecho -y debe haber- entre la predicación del Evangelio y el cuidado de los más pobres? ¿Hay proporción entre ambas dimensiones del ministerio?

¿Qué importancia das al conocimiento de la Palabra de Dios, a su estudio, a su meditación? ¿Qué espacio concreto ocupa esa preocupación en tu día a día?

¿Qué espacio hay en la vida de la parroquia, del grupo... para el anuncio explícito del Evangelio y para el testimonio en vuestros propios ambientes? ¿Qué se puede hacer para que la parroquia o el grupo o el grupo al que perteneces adquiera conciencia misionera y encuentre espacios para evangelizar?

¿Reconoces y valoras el servicio que presta Cáritas en tu parroquia o en la diócesis? ¿Lo sientes como propio o ajeno? ¿Qué lugar ocupa en tu fe el amor concreto a los más necesitados?

6.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

¿Cómo buscas que la parroquia sea en verdad comunidad de comunidades de modo que todos los grupos, movimientos, la sientan como su propio hogar? ¿Consideras una bendición o un fastidio la existencia de grupos diversos?

¿Cuáles son las principales dificultades? ¿Cómo se puede trabajar para fomentar la comunión entre todos? En caso de conflicto, ¿qué caminos se buscan para la solución? ¿Se recurre a la oración común? ¿Se atiende a las necesidades y quejas de todos?

¿Cómo es el conocimiento de los diversos agentes de pastoral y fieles acerca de la Palabra de Dios? ¿Qué importancia das a este aspecto? ¿Qué cosas se han intentado? ¿Qué se puede hacer?

¿Es tu parroquia "misionera"? ¿Qué le falta? ¿Cómo trabajar para lograrlo? ¿Conoces experiencias de primer anuncio que funcionen y que puedan ayudar a la parroquia?

¿Qué espacio ocupa en la predicación, en la homilía, y en la catequesis el impulso para evangelizar? ¿Sería la difusión de la Exhortación Apostólica de Francisco un instrumento valioso para despertar la conciencia misionera?

¿Reconoces y valoras el servicio que presta Cáritas Parroquial? ¿Cuenta con tu apoyo y el apoyo de la comunidad parroquial? ¿Qué lugar ocupa en la predicación, en la catequesis y en la vida cotidiana de los fieles el amor concreto a los diversos necesitados de la parroquia?

7. Esteban: el primer testimonio martirial

7.1 El pasaje de la Escritura

⁵⁵Pero él, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús de pie a la diestra de Dios; ⁵⁶y dijo: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios». ⁵⁷Entonces, gritando fuertemente, se taparon sus oídos y todos a una se abalanzaron sobre él; ⁵⁸le arrastraron fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle. Los testigos depusieron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo. ⁵⁹Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». ⁶⁰Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado». Y diciendo esto, se durmió. ¹Saulo aprobaba su muerte. Aquel día se desató una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén. Todos se dispersaron por las regiones de Judea y Samaría, a excepción de los

apóstoles. ²Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban e hicieron gran duelo por él. ³Entretanto Saulo hacía estragos en la Iglesia; entraba por las casas, se llevaba por la fuerza hombres y mujeres, y los metía en la cárcel (Hch 7,55-8,3).

7.2 *La lectio divina del pasaje*

La muerte de Esteban lapidado pone un punto y aparte en la misión cristiana en Jerusalén. Desde ese acontecimiento el testimonio cristiano estará unido a la persecución y al apostolado por Judea y Samaria (Hch 8, 1) para alcanzar los confines del mundo (cf. Mc 16, 15 Mt 28, 19).

El relato que leemos viene precedido de un largo discurso –inciso catequéticamente muy interesante para entender el fatal desenlace– que provoca la decisión de acabar con Esteban. De hecho, las tres acusaciones alegadas contra el diácono por falsos testigos (7, 13) se presentan como un paralelo de las presentadas en el juicio contra Jesús: blasfemias contra Moisés y Dios mismo; hablar contra el Lugar Santo y la Ley; y, confesar que Jesús destruirá el Templo y cambiará las costumbres mosaicas. Todo ello provoca una persecución que inicia con Esteban pero hará que, con la dispersión de los creyentes, la Palabra se extienda más allá de la Ciudad Santa.

El discurso precedente (7, 1-53), insertado entre el relato de 6, 8-15 y el texto que meditamos (7, 55ss), es el más largo del libro de los Hechos y presenta, con la aparición de los helenistas, el inicio de la ruptura del Camino de Jesús con su matriz judía. La lectura del discurso es necesaria para entender el desenlace: la lapidación del helenista Esteban. En el discurso se presenta la historia sagrada de Israel desde el padre en la fe, Abrahán, hasta la consolidación de la dinastía davídica, Salomón. Pero la clave es la continua y tenaz oposición al plan de Dios que va a tener su culmen en Jesús, prefigurado ya en el patriarca José y el legislador Moisés. La acusación más dura contra los hombres de dura cerviz (v. 51) es no sólo de haber cerrado los oídos ante los guías que Dios envió a su pueblo y de haber perseguido a los profetas sino que ahora lo han hecho con el Justo (v. 52). Esta alusión a Jesús como Siervo de Yhwh, según describía la profecía de Isaías (53,11), ya apareció en el primer discurso de Pedro (3, 13s) y será a quien vea y escuche Saulo en su encuentro camino de Damasco (22, 14).

Esteban, lleno de fe, gracia y poder (6, 5.8), lleno de Espíritu Santo (7, 54) levanta con serenidad los ojos al cielo. La oración confiada hacia el Sol naciente, hacia el

Oriente, será en toda la tradición cristiana expresión de oración esperanzada. El Señor, que es esperado en su vuelta desde la claridad de los cielos, se hace presente ante los ojos del siervo de Dios. Frente a los que se tapan los oídos, él abre los ojos: al que ha sabido escuchar, viviendo el mandamiento del *Shemá*, ahora se le concede ver.

Jesús, a la derecha de Dios (cf. Lc 22,69), aparece como el Sacerdote que intercede ante el Padre (cf. Hb 8,1; 9,11.24; 10,12). La predicación apostólica, leyendo el Salmo (109,1), presentará a Cristo sentado a la derecha de Dios. Aquí, Esteban lo ve *de pie*, participando de la soberanía divina y como el que testifica a su favor (cf. Lc 12, 8). La mirada esperanzadora del diácono hacia el cielo colma su esperanza: contempla la gloria de Dios, en ella a Jesús, objeto de su fe y los cielos abiertos. Esta visión le da fuerza para la confesión pública: la visión del <Hijo del hombre> a la derecha de Dios. Con Jn 12,34, esta es la única vez que –fuera de los labios del propio Jesús– la expresión «Hijo del hombre» aparece en el Nuevo Testamento sin que sea una referencia veterotestamentaria. Tenemos aquí documentado un título cristológico extremadamente primitivo.

La afirmación del Justo, testificando ante el trono divino a favor del helenista, tomada como blasfemia, provocará un motín popular que culminará con el linchamiento del primer ministro del Señor y de su Iglesia: aquel que había recibido la imposición de las manos del ministerio apostólico para el servicio (Hch 6,6). Aunque previamente se ha hecho comparecer a Esteban ante el Sanedrín (6, 11.15) no hay evidencia de una sentencia a la pena capital (cf. Jn 18, 31) que, por otra parte, excedía de sus competencias.

La muerte de Esteban es presentada por el autor de Hechos como paradigma de la muerte de todo cristiano. En su primera plegaria, que evoca el Salmo (31, 6), repite la oración que todo judío piadoso elevaba antes del descanso nocturno; la última, en medio de la lluvia de piedras, expresa el amor radical hacia los perseguidores. De hecho, la plegaria del «diácono» entregando su alma al Señor Jesús (v. 59) y rogando por sus perseguidores ofrece un eco de las mismas palabras del Señor en el suplicio de la cruz (cf. Lc 23, 34.46).

Testigo de esta oración de confianza y de intercesión sería el joven Saulo (8, 1a). La *lectio* de este versículo donde aparece el que después sería el Apóstol de las gentes provoca esta *meditatio* en san Agustín: «Si Esteban no hubiese orado, la Iglesia no habría tenido a Pablo» (*Sermón* 315). Este joven –presentado aquí por

Lucas como testigo silencioso- será quien encabece el ensañamiento contra la Iglesia *respirando amenazas de muerte contra los discípulos del Señor (9,1)*.

Lapidar a Esteban, desde una perspectiva meramente humana tendría que haber supuesto el fin de la Iglesia. Sin embargo, desde el plan divino se convierte en trampolín para su expansión misionera. Lucas subraya que los apóstoles permanecen en Jerusalén (8, 1b), que algunos hombres piadosos se encargan del cuerpo del mártir haciendo duelo por él, pero que el resto se dispersa por Samaria y Judea. En estas regiones, sin duda, los primeros receptores del mensaje de salvación serían, con los judíos, los «temerosos» del Señor, aquellos gentiles que, sin haberse incorporado al judaísmo, intentaban vivir las consecuencias de la fe monoteísta. En la misión, ahora incoada, tocará al futuro Pablo el papel de anunciar el Evangelio a los demás pueblos.

7.3 Así lo leyeron

Siendo Cristo, el Señor, perfecto Hijo de Dios y del hombre ¿por qué el santo mártir prefirió llamar Hijo del hombre más que Hijo de Dios, al que parecería, sin duda, dar más gloria, si hubiera querido llamarlo más bien Hijo de Dios que no Hijo del hombre, y no más bien para con este testimonio confundir la incredulidad de los judíos, que recuerdan haber crucificado a un hombre y no haber querido creer que éste era Dios? Así pues, para fortalecer la paciencia del bienaventurado mártir se abre la puerta del cielo y, para que al ser lapidado no caiga en tierra un hombre inocente, se le aparece coronado en los cielos el Dios Hombre crucificado. Y puesto que estar de pie es propio del que lucha o ayuda, con razón lo vio de pie a la derecha de Dios, al que tuvo como ayudador entre los hombres que le perseguían. No parece que se oponga el que Marcos lo describa como sentado a la derecha de Dios, que es posición del que juzga, porque incluso ahora de modo invisible lo juzga todo y al final ha de venir como juez visible de todas las cosas (BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 7, 56).

Allí está sentado ahora a la derecha del Padre cosa que debemos contemplar prudentemente con los ojos de la fe para no pensar que se encuentra inmóvil en algún asiento, sin que le esté permitido ni levantarse ni caminar. Del hecho de que san Esteban dijera que le estaba viendo de pie, ni se sigue que él vio algo que no es cierto ni tiró por tierra las palabras de este símbolo. ¡Lejos de vosotros el pensar o

decir esto! Diciendo que estaba allí sentado, sólo quiso significarse su morada en aquella excelsa e inefable felicidad (SAN AGUSTÍN, *Sermón*, 214, 8).

¡Ésta era la confianza firme del varón, abrazado con la cruz! Así pues, imitemos nosotros esta confianza, aunque ahora no sea tiempo de guerra, sino que siempre es tiempo de confianza firme. «Hablaré de tus preceptos ante los reyes - dice [el salmista] -, no me avergonzaré». Por tanto, si disputamos con los gentiles, debemos reprimirlos sin ira, sin aspereza. Ciertamente, si lo hacemos con ira, ya no parecerá que existe una confianza firme, sino pasión; pero si lo hacemos con mansedumbre, eso sí será firme confianza. No es posible que una misma cosa, al mismo tiempo y bajo el mismo aspecto, sea obra buena y delito. La firme confianza es una obra buena; la pasión, delito. Conviene, pues, que nosotros, si tenemos que hablar con plena confianza, estemos libres de cólera, para que nadie piense que nuestras palabras brotan de la pasión. Aunque digas cosas justas con ira, todo lo has echado a perder; incluso cuando muestres libertad de espíritu, amonestes o hagas otra cosa cualquiera. Mira cómo este varón no habla con cólera; porque no injurió, sino únicamente les recordó las palabras proféticas. En efecto, demostró que no lo movía ira alguna cuando, al acometerlo ellos, rogó y dijo: «No les tengas en cuenta este pecado». No se irritó contra ellos, sino que doliéndose y entristeciéndose por ellos, pronunció esa frase: por esto dice Lucas respecto del rostro [de Esteban]: «Vieron que su rostro era como el de un ángel», para atraerlos. Por tanto, debemos estar libres de ira. Donde habita el Espíritu Santo no hay ira; el iracundo es un maldito. Nada sano puede expresarse donde surge la ira (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 17,3).

Una gran locura supone el que sea Pablo solo quien entre en las casas; así entregaba su vida a favor de la Ley. «Apresaba a hombres y mujeres», dice el texto. Mira también su franqueza, altanería y locura. A todos los que caían en sus manos los colmaba de incontables males, siendo cada vez más audaz en semejante carnicería (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 18, 2).

Jesús anuncia pruebas dolorosas y persecuciones que sus discípulos deberán sufrir, por su causa. Pero asegura: «Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá». Nos recuerda que estamos totalmente en las manos de Dios. Las adversidades que

encontramos por nuestra fe y nuestra adhesión al Evangelio son ocasiones de testimonio; no deben alejarnos del Señor, sino impulsarnos a abandonarnos aún más a Él, a la fuerza de su Espíritu y de su gracia. En este momento pienso, y pensamos todos. Hagámoslo juntos: pensemos en los muchos hermanos y hermanas cristianos que sufren persecuciones a causa de su fe. Son muchos. Tal vez muchos más que en los primeros siglos. Jesús está con ellos. También nosotros estamos unidos a ellos con nuestra oración y nuestro afecto; tenemos admiración por su valentía y su testimonio. Son nuestros hermanos y hermanas que en muchas partes del mundo sufren a causa de ser fieles a Jesucristo. Les saludamos de corazón y con afecto (FRANCISCO, *Ángelus del domingo 17 de Noviembre 2013*).

7.4 Preguntas para el diálogo en grupo

El diácono Esteban hace memoria de la historia de salvación ante los acusadores **¿Somos hombres y mujeres que hacemos presente la historia de salvación en nuestros ambientes? ¿tenemos una formación bíblica suficiente? ¿fomentamos la catequesis y la formación permanente en los textos de la Sagrada Escritura?**

Saulo aprobaba la ejecución **¿qué injusticias aprobamos nosotros en nuestro mundo? ¿ante qué situaciones nos mantenemos en un silencio cómplice?**

El primer testigo denunció con valentía la cerrazón de corazón de su pueblo, **¿nos resistimos a lo que el Espíritu Santo quiere decirnos a nosotros en la Iglesia?**

Además de estar informados sobre el sufrimiento y la persecución por la fe, **¿oramos por los cristianos que son perseguidos?**

7.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

El protomártir es un ejemplo de oración de intercesión «No les tengas en cuenta este pecado»; nuestra oración litúrgica nos asegura el orar unos por otros **¿qué dificultades encontramos en orar privada y públicamente por nuestros enemigos? ¿se nos distingue a la Iglesia -en medio del mundo- como ámbito de perdón y reconciliación?**

Esteban muere como un inocente ante el silencio cómplice de muchos creyentes **¿hemos perdido en la Iglesia el carisma profético para denunciar la injusticia?**

Cuando oigo que tantos cristianos en el mundo están sufriendo, **¿soy indiferente, o es como si sufriera uno de mi familia?**

Cuando pienso u oigo decir que muchos cristianos son perseguidos y hasta dan la vida por su fe, **¿esto toca mi corazón o me deja indiferente?**

Además de estar informados y alzar nuestra voz profética **¿Oramos por los cristianos que son perseguidos?**

8. Felipe y el etíope eunuco: la misión a los que buscan

8.1 *El pasaje de la Escritura (Hch 8,26-40)*

²⁶Un ángel del Señor le habló a Felipe: «Levántate y vete hacia el sur, a la ruta que baja de Jerusalén a Gaza y que está desierta». ²⁷Se levantó y se puso en camino. En esto, un hombre de Etiopía, eunuco, dignatario de Candace -la reina de Etiopía- y superintendente de su tesoro, que había venido a Jerusalén para adorar a Dios, ²⁸volvía sentado en su carro leyendo al profeta Isaías. ²⁹Le dijo entonces el Espíritu a Felipe: «Acércate y ponte al lado de ese carro». ³⁰Corrió Felipe a su lado y oyó que leía al profeta Isaías. Entonces le dijo: «¿Entiendes lo que lees?» ³¹Él respondió: «¿Cómo lo voy a entender si no me lo explica alguien?» Rogó entonces a Felipe que subiera y se sentase junto a él. ³²El pasaje de la Escritura que iba leyendo era el siguiente: *Como oveja fue llevado al matadero, y como mudo cordero ante el esquilador, así no abrió la boca. ³³En su humillación se le negó la justicia. ¿Quién hablará de su posteridad?, ya que su vida es arrebatada de la tierra.* ³⁴El eunuco le dijo a Felipe: «Te ruego que me digas de quién dice esto el profeta: ¿de sí mismo o de algún otro?» ³⁵Entonces Felipe tomó la palabra y, comenzando por este pasaje, le anunció el Evangelio de Jesús. ³⁶Mientras iban por el camino llegaron a un lugar donde había agua, y le dijo el eunuco: «Aquí hay agua, ¿qué impide que yo sea bautizado?» ³⁸Mandó detener el carro y bajaron los dos, Felipe y el eunuco, hasta el agua. Y le bautizó. ³⁹Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y no le vio más el eunuco, que siguió alegre su camino. ⁴⁰Felipe se encontró en Azoto y anunciaba el Evangelio a todas las ciudades por donde pasaba, hasta que llegó a Cesarea (*Hch 8,26-40*).

8.2 *La lectio divina del pasaje*

En este pasaje encontramos todos los ingredientes de un gesto misionero hacia aquellos que están en búsqueda. En el caso que nos ocupa, el que está en búsqueda es un ministro de la reina de Etiopía, que vuelve de una larga peregrinación buscando al Dios verdadero.

Sería ingenuo pensar que los que están en búsqueda deben acabar, tarde o temprano, en la puerta de nuestra parroquia, preguntando por el cura. Esta gente acude a los *blogs* sobre la felicidad que encuentra en internet, se acerca a los psicólogos confundiendo inquietud y patología, busca saciar su sed *devorando* todo lo que la sociedad de consumo le ofrece.

Es paradigmático el inicio del pasaje que nos ocupa: el Espíritu empuja a Felipe a *salir*, a acercarse al camino por donde transitan los que van y vienen de la gran ciudad. El Papa Francisco no deja de repetirlo desde que ocupa la cátedra de San Pedro: es necesario *salir* a las *periferias* existenciales, es necesario abrir las puertas de nuestras iglesias. Salir ¿a dónde? Tampoco Felipe lo sabía muy bien: *se encontró* por el camino a aquel peregrino que leía la Escritura. Son las mismas circunstancias las que nos ponen delante a los hombres y mujeres que buscan: el barrio en el que vivo, los comercios que frecuento, el hospital que visito, la comunidad de vecinos, el instituto, el técnico que debe arreglar la megafonía de la parroquia...

Felipe se encuentra, sin siquiera preverlo, con un hombre en búsqueda, que lee la Escritura (el Antiguo Testamento) pero no entiende. Este es el punto de partida de la conversación, de la misión. Toda escritura debe ser interpretada, necesita de un intérprete que abra sus tesoros. El eunuco etíope está ni más ni menos que delante de una profecía de Isaías, aquella que se refiere al misterioso sufrimiento del siervo del Señor. Con todo, no entiende quién es ese misterioso personaje que anuncia el profeta. Y Felipe parte de ahí, de la inquietud, de la curiosidad de aquel peregrino que ha encontrado por el camino.

No es equivocado decir que el corazón de cada persona (entendido como el lugar donde resuenan nuestras preguntas y deseos más verdaderos) es profecía de Cristo, es deseo de ver el rostro de Dios. La frase inicial de San Agustín en sus *Confesiones* permanecerá para siempre como la mejor descripción de nuestra búsqueda: «Nos hiciste Señor para ti y nuestro *corazón estará inquieto* hasta que descanse en ti». No podemos pretender ofrecer a los hombres el misterio de Cristo (siervo sufriente que

ha dado la vida por nosotros) si no partimos de la profecía que es el corazón que busca. «No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta no planteada», decía un conocido pedagogo norteamericano.

Debemos partir de lo que el otro trae: su preocupación, su dolor, su escándalo, su deseo escondido, su drama humano. Es esto que trae lo que le permite abrirse a una respuesta que le urge. No se trata de una técnica de acercamiento para luego hablar de lo que nos interesa. La humanidad de cada persona es un grito, expresado en múltiples formas, que busca el abrazo de Dios hecho carne. En la medida que nosotros hemos vivido en primera persona ese grito y hemos reconocido su cumplimiento en Cristo, podremos entender, leer, el grito de nuestros hermanos los hombres y salir a su encuentro con el abrazo que nosotros hemos recibido.

Felipe tomó la palabra y, comenzando por este pasaje, le anunció el Evangelio de Jesús: el apóstol anuncia a Jesús como cumplimiento de aquello que el eunuco esperaba sin entender. De modo que al ministro de la reina Candace se le abren los ojos: entiende aquello que anhelaba conocer. Pero estemos atentos a lo que hace Felipe, de modo que no reduzcamos lo que nos pone delante este pasaje. El discípulo no le lee otro pasaje de la Escritura, en este caso del Nuevo Testamento. ¡Los evangelios no se habían escrito todavía! No responde con una teoría o con un arsenal de citas. Cuenta, o mejor, anuncia, un hecho del que él es testigo: Jesús de Nazaret. Podemos imaginarnos a Felipe contándole cómo lo conoció, cómo Jesús hablaba del cumplimiento de las Escrituras, cómo discutía con los fariseos, como empezó a realizar signos potentes, cómo iba conquistando el corazón de sus discípulos mientras nacía en ellos la pregunta ¿quién es éste? Y podemos imaginarnos a Felipe desvelando esa pregunta, contando los dramáticos sucesos de la pasión de Jesús, que como oveja fue llevado al matadero y que murió para acabar viendo su posteridad: en efecto, a los tres días se apareció a varios hermanos, ¡había resucitado!

Del mismo modo, es necesario que nosotros salgamos al encuentro del drama y de las preguntas de nuestros hermanos con *hechos*, con el testimonio de una vida cambiada gracias a algo que ha entrado y ha transformado nuestra vida: con fechas y lugares grabados en nuestra mente. Lo que nos ha pasado se puede describir en su aspecto exterior, pero tiene un único nombre: Jesucristo, imagen de Dios invisible, ternura de Dios para con los hombres. Los evangelios *testimonian* de forma canónica, normativa, el origen de lo que hoy sigue sucediendo.

Así aprendemos que lo que cumple el Antiguo Testamento no es otro libro, el Nuevo Testamento. Lo que cumple la espera de Israel es el acontecimiento indeducible de Jesucristo que ha quedado canónicamente testimoniado en el Nuevo Testamento. Lo que hace que el ministro de la reina Candace llegue a entender la Escritura no es la lectura de la misma Escritura sino el encuentro, aparentemente *casual*, con Felipe, que le anuncia, le testimonia, un acontecimiento: la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret.

Es verdad: todo esto supone una implicación total de nuestra persona. No somos funcionarios que transmitimos información. Tanto la *lectura* del grito de nuestros contemporáneos (en los periódicos, en las conversaciones en la calle, en el diálogo previo a un funeral) como el *testimonio* de nuestro encuentro con Cristo ponen en juego toda nuestra persona. Y la ponen en juego hoy, porque sólo podemos transmitir algo que sigue moviéndonos *hoy*. No se puede vivir de un pasado que fue bonito y que paulatinamente se aleja.

El final del pasaje resulta aleccionador en este sentido. Podríamos pensar que Felipe transmite algo que *ha sucedido*, pero que queda en el pasado, invitándonos a vivir del recuerdo o de la imitación de un virtuoso ejemplo. ¡No! Jesús ha resucitado y sigue presente. Y la prueba son los signos potentes que sigue realizando, de los que el libro de los Hechos está lleno. Uno de estos gestos, el primero, es el bautismo, gesto de Cristo por el que aferra a la persona y la hace suya. El culmen del episodio que leemos es el bautismo: el eunuco queda aferrado por Cristo y se incorpora a la comunidad cristiana, a la Iglesia, morada de Dios con nosotros, el lugar donde siguen sucediendo las mismas maravillas que vemos narradas en los evangelios o en los Hechos.

La prueba de que lo que transmite Felipe es algo real, presente e incidente es la alegría que experimenta el eunuco, del que se dice que *siguió alegre su camino*. En efecto, como les sucedió a los discípulos de Emaús (que caminaban tristes), sólo el encuentro con Cristo resucitado hace *arder el corazón*, sólo él es capaz de explicarnos lo que el corazón busca o espera.

En un mundo que ofrece tantas soluciones baratas, tantos sucedáneos, la respuesta verdadera a las necesidades de los hombres se mostrará por su capacidad de corresponder adecuadamente a la espera del corazón. Hoy en día podemos administrarnos momentos pasajeros de euforia o *picos* de sentimiento positivo. Pero la alegría sostenida está reservada solamente al descubrimiento de la presencia de la

persona amada, aquella largamente deseada y esperada. No hay mayor alegría que reconocer a Cristo, el abrazo de Dios a los hombres, en una carne humana. Es entonces cuando la propia humanidad (con sus deseos y búsquedas) ya no se experimenta como enemiga: se reconoce como profecía del amado. Y la persona se reconcilia consigo misma.

Este encuentro con Cristo, al igual que le sucedió al eunuco, tiene una forma histórica, con un lugar y una hora. Pero está destinado, a través del bautismo, puerta de entrada en la Iglesia, a vivirse dentro de un pueblo, de una comunidad creyente. Leyendo este pasaje entendemos mejor cómo la misión y la generación de una comunidad nace de la misma fe: podemos imaginar al eunuco volviéndose a su país comunicando con alegría *lo que le había sucedido*, y buscando y conviviendo con aquellos con los que ya se reconocía como una sola cosa.

8.3 *Así lo leyeron*

En razón de su virtud y de la integridad de su corazón se le llama hombre [*un hombre de Etiopía...*]. Y no sin motivo, ya que tenía tan gran deseo de conocer las Escrituras, que no cesaba de leerlas incluso durante el camino y tenía tan gran amor por la religión que, dejando la corte real, venía desde el último rincón de la tierra al templo del Señor. Por lo cual, como justo premio, mientras buscaba a un intérprete de su lectura, encontró a Cristo, que era al que estaba buscando. Y como dice Jerónimo, encontró más en el desierto, en la fuente de la Iglesia, que en el templo dorado de la sinagoga. Pues allí encontró lo que dice Jeremías lleno de admiración: «El etíope mudó su piel», es decir, subió del bautismo de Jesús blanqueado y limpio de la suciedad de sus pecados (BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 8,27c).

Considerad –os ruego– la dificultad que entrañaba leer yendo de viaje y sobre todo en un carromato. Por ejemplo, yo recuerdo a los que no se deciden como a los que dicen que no tienen tiempo, porque están casados con una esposa, porque están haciendo un servicio militar, porque están rodeados de niños y de criados, y se imaginan que por eso están dispensados de leer las Escrituras (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el Génesis*, 35,1).

Convenía hacerle preguntas; convenía motivarlo. Pero Felipe pone de manifiesto que conoce su ignorancia, al decirle: «¿Entiendes lo que lees?». Al mismo tiempo

también le demuestra que hay ahí un gran tesoro oculto. Ahora bien, mira también cómo el eunuco se excusa de manera inteligente. «¿Cómo lo voy a entender –dice–, si no me lo explica alguien?». No se fijó en la actitud [de Felipe], ni preguntó: «¿Tú quién eres?». Tampoco lo reprende ni le habla con arrogancia ni afirma entender, sino que confiesa ignorar [lo que lee]; por eso también aprende. Muestra la herida al médico; reconoce que Felipe sabe esas cosas y quiere enseñárselo. Se dio cuenta que [el discípulo] no tenía orgullo, pues la actitud no era radiante. De esa manera estaba atento también a las palabras [de Felipe] y deseaba aprender, porque también la expresión «el que busca encuentra» tenía su cumplimiento en él (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 19,1-2).

¿Te das cuenta de su empeño? No dice: «Bautízame», ni se queda callado, sino que en medio de su anhelo y su temor reverencial, dice: «¿Qué impide que yo sea bautizado?». Mira cómo alcanza el conocimiento de las verdades, pues el profeta [Isaías] los contiene todos: la encarnación, la pasión, la resurrección, la ascensión y el juicio futuro, que lo inflamaron sobre todo en gran deseo. Avergonzaos cuantos no habéis sido iluminados. «Mandó detener el carro». Al tiempo que habló y bajó, previamente escuchó. «Cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe». Hizo bien. Para demostrar que el acontecimiento era divino, y para que no se pensara que [Felipe] era un hombre cualquiera (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 19,2).

8.4 Preguntas para el diálogo en grupo

Desde que llegó a la sede de Pedro, el papa Francisco no ha dejado de realizar gestos de acercamiento a gente que vive alejada de la iglesia, ¿Cómo vivo el llamamiento del Papa a salir al encuentro de las periferias existenciales? ¿Podría identificar en mi ambiente esas periferias?

A veces juzgamos precipitadamente a la gente que vive al margen de una cierta moral. Son los publicanos y pecadores que se acercaban a Jesús. ¿Soy consciente de que Jesús supo leer y valoró la búsqueda que había en ellos antes que su pecado? ¿Podría leer en el ambiente que me rodea el deseo escondido de tanta gente que se expresa en un lanzarse sobre las cosas buscando satisfacción?

«Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti». Esta frase de San Agustín define la espera de toda persona. Es muy difícil que salgamos al encuentro del corazón inquieto si no somos nosotros los que, en primera persona, prestamos atención a nuestros deseos y esperas y los ponemos delante del Señor. ¿Estoy en diálogo con el Señor a partir de mis propios problemas, sufrimientos, deseos escondidos, esperanzas acalladas? ¿Le pido que salga al encuentro de este corazón inquieto?

Lo que cumple el AT no es otro libro (el Nuevo Testamento) sino Cristo. ¿Soy consciente de que el cristianismo no es la “religión del libro”? ¿Entiendo que lo que necesita la gente, como el eunuco etíope, no es la lectura de un libro sino un encuentro vivo con los cristianos que les aclare la vida? Entonces, ¿Cuál es el papel de la Escritura? Comenta esta frase que aclara ese papel: “La Escritura es el *testimonio* escrito e inspirado de la Revelación”.

8.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

«Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti». Esta frase de San Agustín define la espera de toda persona. Es muy difícil que salgamos al encuentro del corazón inquieto si no somos nosotros los que, en primera persona, prestamos atención a nuestros deseos y esperas y los ponemos delante del Señor. ¿Estoy en diálogo con el Señor a partir de mis propios problemas, sufrimientos, deseos escondidos, esperanzas acalladas? ¿Le pido que salga al encuentro de este corazón inquieto?

Felipe anunció a Jesús a partir de la lectura que el eunuco hacía del Antiguo Testamento (AT): ¿En las homilias dominicales parto de la lectura del AT, que expresa la espera del pueblo elegido, para culminar con el gran acontecimiento de Cristo narrado en los evangelios, cumplimiento de aquella espera? ¿Tengo en cuenta, en la preparación de mis homilias o retiros, la búsqueda, los deseos y espera de la gente que tengo delante?

Lo que cumple el AT no es otro libro (el Nuevo Testamento) sino Cristo. ¿Soy consciente de que el cristianismo no es la “religión del libro”? ¿Entiendo que lo que necesita la gente, como el eunuco etíope, no es la lectura de un libro sino un

encuentro vivo con los cristianos que les aclare la vida? Entonces, ¿Cuál es el papel de la Escritura? Comenta esta frase que aclara ese papel: “La Escritura es el *testimonio* escrito e inspirado de la Revelación”.

El bautismo es el gran gesto por el que Cristo aferra la vida de las personas y las incorpora a su salvación. ¿Soy consciente del valor del bautismo como gesto de Cristo? Tanto en el bautismo de niños (en la relación con los padres), como en el bautismo de adultos, ¿la catequesis previa parte de “lo que traen” (aunque sea implícitamente) los que piden el sacramento? Comenta la relación entre esa catequesis y el diálogo de Felipe con el etíope que termina con el bautismo.

9. Pablo: La llamada a la misión

9.1 *El pasaje de la Escritura*

¹Entretanto Saulo, respirando todavía amenazas y muertes contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote, ²y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si encontraba algunos seguidores del Camino, hombres o mujeres, los pudiera llevar atados a Jerusalén. ³Sucedió que, yendo de camino, cuando estaba cerca de Damasco, de repente le rodeó una luz venida del cielo, ⁴cayó en tierra y oyó una voz que le decía: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?» ⁵El respondió: «¿Quién eres, Señor?» Y él: «Yo soy Jesús, a quien tú persigues. ⁶Pero levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer.» ⁷Los hombres que iban con él se habían detenido mudos de espanto; oían la voz, pero no veían a nadie. ⁸Saulo se levantó del suelo, y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Le llevaron de la mano y le hicieron entrar en Damasco (Hch 9,1-8).

9.2 *La lectio divina del pasaje*

El hecho que cambió completamente la vida de san Pablo fue el conocido encuentro del apóstol con Jesucristo resucitado camino de Damasco. Tan relevante fue este acontecimiento en la vida de san Pablo que en el NT no solo aparece mencionado en las cartas que el mismo Pablo escribió (cf. Gal 1,13-17; 1Co 9,1; 15,8), sino que incluso es narrado por dos veces en los Hechos de los apóstoles (cf. Hch 9,22). Precisamente tomamos pie en estos testimonios para nuestra meditación

sobre la conversión como fundamento de la misión. Nos proponemos sacar provecho de esta reflexión para nosotros mismos.

Se puede constatar que en ninguno de los pasajes que narran el momento clave de la vida de san pablo aparece el término conversión. Sin embargo, la palabra conversión sintetiza el efecto de lo acaecido en el camino a Damasco. Considerar este momento como una conversión puede ayudarnos a enraizar la experiencia de san Pablo en un contexto propiamente eclesial.

Se puede afirmar que la aceptación del evangelio, en lo que respecta los hombres, exige la conversión. Así lo leemos en las palabras que dan comienzo a la manifestación pública de Jesús, introducida por Juan bautista: «*Por aquellos días aparece Juan el Bautista, proclamando en el desierto de Judea: 2 «Convertíos porque ha llegado el Reino de los Cielos» (Mt 3,1). Pero esta invitación a la conversión no acaba con el descubrimiento de la identidad del Mesías, sino que el mismo Jesús considera la conversión esencial para aceptar su mensaje. Escuchemos a Jesús mismo: «... comenzó Jesús a predicar y decir: «Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado.» (Mt 4, 17).*

Pero, ¿qué se nos invita a hacer cuando se nos llama a la conversión? Podemos comenzar nuestra meditación reflexionando sobre el término que utilizó Mateo en los pasajes citados: **Meta-noia**. Leemos lo que el Diccionario de teología del NT dice sobre el origen filológico de este término:

De acuerdo con el sentido de la preposición (meta-), que, cuando actúa de prefijo delante de verbos de movimientos y verbos de contenido espiritual, indica un cambio en el contenido del verbo; *metanoeo* (...) significa *cambiar de modo de pensar, cambiar de idea o de opinión*. De aquí que, cuando el cambio de modo de pensar incluye el acontecimiento de que la opinión que se tenía hasta ahora era equivocada o perversa, el verbo adquiere el sentido de *sentir arrepentimiento, lamentar*. El sustantivo adopta significados análogos *cambio de opinión, conversión, arrepentimiento, pesar*.

Pero la invitación hecha por Juan y Jesús supera lo que podía entenderse por conversión en el mundo pagano. Así se pone de manifiesto en el Diccionario arriba citado:

En el griego pre-bíblico, (la idea de conversión) no tiene un significado tan preciso como el que adquieren en el NT los conceptos de *metanoéó* y *metánoia*. En el ámbito griego, (estas palabras) no llegan a designar una transformación radical del comportamiento total del hombre, un «arrepentimiento» o una «conversión» en sentido estricto, si bien aparecen ciertos componentes típicos de la conversión. Esto nos muestra que esta idea no ha nacido en Grecia, sino que hay que buscarla en otra parte.

La idea de la conversión en el NT proviene del AT, donde aparece en un contexto propiamente teológico. La fe en Yahve implicaba un reconocimiento de su soberanía sobre la historia que obligaba al hombre a someterse al querer de Dios. Se hablaba de conversión porque existía una humanidad que había dado la espalda a Dios. “El núcleo de la conversión, como reconocieron los profetas, estaba en el retorno a Yahve que afectaba al hombre entero”.

El término meta-noia en la SE ciertamente hace referencia a la renovación de la mente, pero no lo hace desde un contexto filosófico-teórico, ni simplemente moral-sociológico-psicológico, sino desde este contexto teológico. La conversión hace referencia implícita al reconocimiento de Dios como soberano de la historia y del hombre que tiene un proyecto sobre la historia y el hombre. La conversión es una categoría sapiencial que implica a toda la persona, con lo que es hace y tiene.

En una famosa enciclopedia teológica se presentan las diferentes dimensiones de la vida del hombre que son afectadas cuando se habla de conversión en el mundo bíblico:

Metanoia (conversión) es a) una actitud total del hombre, que reclama todas sus fuerzas, b) un comportamiento religioso, un decisivo volverse a Dios, casi siempre un retorno de caminos extraviados (retorno), c) no solo un expiación por los pecados cometidos, sino también una nueva orientación para el futuro; d) en no pocas ocasiones una conversión a la fe o por lo menos una comprensión nueva y más profunda de Dios y su voluntad, e) respuesta a la gracia de Dios, a la posibilidad ofrecida por Dios de salvación.

Desde estas consideraciones podemos retomar la reflexión sobre las narraciones de la conversión de san Pablo. Para san Pablo el encuentro con Cristo supuso cambiar su percepción de Dios, de la historia y el hombre, no desde la incredulidad a

la fe, sino desde una imagen de Dios lastrada por el hombre hacia la aceptación de la revelación última de Dios en Jesucristo.

Esta conversión es lo que estaba también en el núcleo del anuncio de Juan Bautista y el mismo Jesús, la metanoia. Había que abandonar todo camino que no condujese a Jesús. La conversión suponía aceptar la revelación de Dios en Jesús como la expresión última de la voluntad de Dios sobre la historia y el hombre. Jesús era el centro de todo. La conversión implicaba solo una cosa, llegar a ser de Jesucristo, llegar a ser cristiano, entrar en el nuevo camino.

Para comprender la metanoia de san Pablo, y ponernos tras sus huellas, es fundamental reconocer en el apóstol a un hombre que siempre buscó apasionadamente la verdad y puso a su servicio la vida entera. San Pablo, fariseo, había buscado por el camino de la Torá a Dios. Esto queda reflejado en la segunda narración de su conversión que aparece en los Hechos de los apóstoles:

Hch 22,3 «Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel en la exacta observancia de la Ley de nuestros padres; estaba lleno de celo por Dios, como lo estáis todos vosotros el día de hoy.

La Torá era para él la expresión del querer de Dios que desvelaba al hombre el valor de su propia vida e historia, el camino a seguir. Conocer la Ley implicaba vivir la vida según la verdad de Dios.

La piedad de san Pablo le llevó a combatir a aquellos que consideraba herejes: Los cristianos no solo atribuían a Jesús el rango de maestro o legislador, suplantando a Moisés, sino que le atribuían la divinidad a través de la “estratagema” de anunciarle Resucitado, vencedor de la muerte y, por tanto, Señor absoluto del hombre, con poder de restaurar completamente al hombre, rescatándole del pecado y de la muerte.

No, san Pablo, no era un fanático que se movía por ideologías, sino que era un creyente que se le puso en la tesitura de aceptar que Jesús era Dios que cumplía todas las promesas y que exigía la total sumisión a su persona. Estas palabras pueden incluso resultar escandalosas a nuestros oídos cristianos, porque muestran las profundas implicaciones que suponen para la vida.

De esto era consciente san Pablo, y se manifestó en su conversión por la forma en la que recogió el evangelio antes y después de su experiencia en el camino de Damasco, de su encuentro con Cristo. Antes de su conversión el camino de Dios, para él, estaba marcado por la lectura y comprensión sesgada de la Torá. Después de su conversión, la Sagrada Escritura se vio iluminada por su realidad más profunda y se convirtió para san Pablo en testigo de la Palabra Eterna, del Logos del Padre que se había hecho carne en Jesucristo. San Pablo pasó a confesar que Jesús era el Señor, Dios soberano, Señor de vivos y muertos que llevaba a la criatura a su plenitud.

Tras el encuentro con Cristo y la conversión cambia radicalmente la misión de Pablo. Ya no obedece a los que le habían mandado a Damasco para acabar con el nuevo camino, sino que se convierte en el gran promotor del nuevo camino, abriendo paso a Cristo más allá de las fronteras de Israel. El que primero redujo la salvación a la carne y a la estrecha interpretación de la Ley que se cerraba sobre las fuerzas de los hombres y recortaba la voluntad salvífica de Dios, una vez convertido, se transforma en el apóstol de la esperanza, el que anuncia el fin de las discriminaciones, el que ya no habla de hombres o mujeres, de esclavos o libres, de judíos o paganos, sino el que habla de la voluntad de Dios de reconciliar todo consigo.

Es hora de preguntarnos si nosotros estamos o no llamados a la conversión. Posiblemente todos los que lean estas líneas podrán recoger algo de lo que implicó la conversión en san Pablo. La conversión no supondrá un pasar de la incredulidad a la fe, sino la aceptación de la revelación en Jesucristo sin aditamentos humanos, ni personales. No supondrá simplemente un conocimiento teórico, sino y sobre todo, una reubicación total de nuestra vida entendida como camino hacia Jesús, al que le tenemos que donar la existencia entera, tal y como hizo san Pablo.

La conversión solo puede tener lugar en el encuentro vivo con Jesús que resucitado se hace presente en todos los caminos humanos. Sale a nuestro encuentro como Señor, como el que tiene el poder, como el que tiene las llaves de nuestra vida y nuestra historia.

No dejemos de convertirnos, de cambiar de mente, de volver la mirada, la vida, el corazón a Jesús. El nos derribará del "caballo" de la soberbia, para que caminemos a su lado apoyados en sus hombros, hombros que él mismo nos ofrece para llevar

nuestra cruz, para hundirse bajo su peso y sumergirse en la oscuridad de nuestra muerte y para, en su infinita misericordia, levantarnos a la vida nueva de la resurrección.

La conversión es un cambio de rumbo absoluto, que invita a entrar en el misterio de Dios, misterio de misericordia, misterio de reconciliación. El gran reto de todo creyente es convertirse al Dios verdadero y caminar el camino nuevo, el camino que conduce a Dios a través de los hombres, el camino que busca reunir a todos los hombres de todo pueblo, raza y nación en torno a Cristo, único redentor del hombre y de la historia.

9.3 *Así lo leyeron*

Podemos comprender el verdadero significado de la conversión evangélica — *metanoia*— considerando la experiencia del Apóstol. En verdad, en el caso de san Pablo, algunos prefieren no utilizar el término "conversión", porque —dicen— él ya era creyente; más aún, era un judío fervoroso, y por eso no pasó de la no fe a la fe, de los ídolos a Dios, ni tuvo que abandonar la fe judía para adherirse a Cristo. En realidad, la experiencia del Apóstol puede ser un modelo para toda auténtica conversión cristiana. La conversión de san Pablo se produjo en el encuentro con Cristo resucitado; este encuentro fue el que le cambió radicalmente la existencia. En el camino de Damasco le sucedió lo que Jesús pide (en el evangelio): Saulo se convirtió porque, gracias a la luz divina, "creyó en el Evangelio". En esto consiste su conversión y la nuestra: en creer en Jesús muerto y resucitado, y en abrirse a la iluminación de su gracia divina. En aquel momento Saulo comprendió que su salvación no dependía de las obras buenas realizadas según la ley, sino del hecho de que Jesús había muerto también por él, el perseguidor, y había resucitado. Esta verdad, que gracias al bautismo ilumina la existencia de todo cristiano, cambia completamente nuestro modo de vivir. Convertirse significa, también para cada uno de nosotros, creer que Jesús "se entregó a sí mismo por mí", muriendo en la cruz (cf. *Ga 2, 20*) y, resucitado, vive conmigo y en mí. Confiando en la fuerza de su perdón, dejándome llevar de la mano por él, puedo salir de las arenas movedizas del orgullo y del pecado, de la mentira y de la tristeza, del egoísmo y de toda falsa seguridad, para conocer y vivir la riqueza de su amor (*BENEDICTO XVI, Festividad de la conversión de san Pablo 2009*).

San Pablo, aun conservando una memoria viva e intensa de su pasado de perseguidor de los cristianos, no duda en definirse Apóstol. El fundamento de ese título, para él, es el encuentro con Cristo resucitado en el camino de Damasco, que constituye también el inicio de una incansable actividad misionera, en la que no escatimó energías para anunciar a todos los pueblos a Cristo, con quien se había encontrado personalmente (BENEDICTO XVI, *Festividad de la conversión de san Pablo 2010*).

El término y el concepto mismo de *penitencia* son muy complejos. Si la relacionamos con *metanoia*, al que se refieren los sinópticos, entonces *penitencia* significa el *cambio profundo de corazón* bajo el influjo de la Palabra de Dios y en la perspectiva del Reino. (...) La penitencia es, por tanto, *la conversión que pasa del corazón a las obras* y, consiguientemente, *a la vida entera* del cristiano (n. 4). (...) La Iglesia tiene la misión de anunciar esta reconciliación y de ser el sacramento de la misma en el mundo. *Sacramento*, o sea, signo e instrumento de reconciliación es la Iglesia por diferentes títulos de diverso valor, pero todos ellos orientados a obtener lo que la iniciativa divina de misericordia quiere conceder a los hombres (JUAN PABLO II, *Reconciliatio et poenitentia*, 11).

9.4 Preguntas para el diálogo en grupos

¿Tiene mi fe como centro el anuncio eclesial de la divinidad de Jesús? ¿Asumo las consecuencias concretas que tiene aceptar la fe cristiana? ¿Mi vida está referida al encuentro vivo con Cristo resucitado que ha salido al encuentro de cada hombre concreto en los sacramentos y en la vida de la Iglesia? ¿Sé agradecer el don ahí recibido? ¿Qué valor le doy a este don para los demás? ¿Este don me ha impulsado a la misión? ¿Necesito convertirme? ¿En qué aspectos concretos?

10. Pedro y Cornelio: la misión a los alejados

10.1 El pasaje de la Escritura

³⁴Entonces Pedro tomó la palabra y dijo: «Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, ³⁵sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato. ³⁶«Él ha enviado su Palabra a los hijos de Israel, *anunciándoles la Buena Nueva de la paz* por medio de Jesucristo que es el Señor de todos. ³⁷Vosotros

sabéis lo sucedido en toda Judea, comenzado por Galilea, después que Juan predicó el Bautismo; ³⁸cómo Dios a Jesús de Nazaret *le ungió con el Espíritu Santo* y con poder, y cómo él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con él; ³⁹y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos y en Jerusalén; a quien llegaron a matar colgándole de un madero; ⁴⁰a éste, Dios le resucitó al tercer día y le concedió la gracia de aparecerse, ⁴¹no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. ⁴²Y nos mandó que predicásemos al Pueblo, y que diésemos testimonio de que él está constituido por Dios juez de vivos y muertos. ⁴³De éste todos los profetas dan testimonio de que todo el que cree en él alcanza, por su nombre, el perdón de los pecados.» ⁴⁴Estaba Pedro diciendo estas cosas cuando el Espíritu Santo cayó sobre todos los que escuchaban la Palabra. ⁴⁵Y los fieles circuncisos que habían venido con Pedro quedaron atónitos al ver que el don del Espíritu Santo había sido derramado también sobre los gentiles, ⁴⁶pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios. Entonces Pedro dijo: ⁴⁷«¿Acaso puede alguno negar el agua del bautismo a éstos que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?». ⁴⁸Y mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. Entonces le pidieron que se quedase algunos días (Hch 10, 34-48).

10.2 *La lectio divina del pasaje*

En el final del Evangelio de San Lucas, Jesús Resucitado dirige a los Apóstoles estas palabras: «Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las *naciones*, empezando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto» (Lc 24, 46-47). Esta promesa del Señor puede inturse en el relato del Bautismo de Jesús, donde justo antes de comenzar su ministerio desciende sobre Él el Espíritu Santo y la voz del cielo le dice: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado» (Lc 3, 22), citando el Salmo 2, que continúa diciendo: «Pídeme, y te daré en herencia las *naciones*, en propiedad los confines de la tierra». Esta promesa se cumple en su Esposa la Iglesia, quien acoge en su seno a todos los hijos que piden ser salvados. Originalmente, el beneficio de la salvación estaba centrado en Israel, pero ahora dicha gracia deviene en bendición universal encauzada *mediante* el Nuevo Israel, cuyas fronteras son sobrepasadas para ampliar la identidad del pueblo de la promesa. Esto significa que, en el momento de su nacimiento, la Iglesia era ya católica, era ya universal. Pero esto, como vamos a ver, en el entendimiento de Pedro

exigía cierta conversión por su encuentro con Cornelio, un temeroso de Dios, es decir, un *alejado* de la fe.

Al inicio del relato se hace una descripción de Cornelio como «centurión de la cohorte Itálica, piadoso y temeroso de Dios» (Hch 10, 1-2). El adjetivo de «piadoso» se refiere a que practicaba alguna de las obras de piedad judías, como la limosna que dice más adelante. Por otra parte, la expresión «temeroso de Dios» hace referencia a una persona no judía simpatizante del judaísmo, que no se sometían a la circuncisión ni practicaban la Torá en su totalidad. Más allá de explicaciones legales, los dos dones que anidan en el corazón de Cornelio, el de piedad y el de temor de Dios, son una preciosa descripción del corazón de tanta gente que vive cerca de la Iglesia y que, quizá sin saberlo, anda buscando a Dios. El mismo hecho de que no siendo judío, aquel centurión tuviera el deseo de vivir una vida como veía en los hombres religiosos, manifiesta que estaba insatisfecho con los falsos dioses paganos. Probablemente fue esta decepción lo que llevó a Cornelio a querer vivir la piedad judía.

La piedad como don solemos definirla como la ternura para con Dios y para con los hermanos: ternura como actitud filial con Dios que se expresa en la *oración* y con los hermanos como *mansedumbre*. La experiencia de la propia pobreza existencial, del vacío que las cosas terrenas dejan en el alma, suscita en el hombre la necesidad de recurrir a Dios para obtener gracia, ayuda y perdón. El don de la piedad orienta y alimenta dicha exigencia, enriqueciéndola con sentimientos de profunda confianza para con Dios, experimentado como Padre providente y bueno. El hombre «piadoso», además, ve en los demás a hijos del mismo Padre, llamados a formar parte de la familia de Dios, que es la Iglesia. Se trata de la mansedumbre, que da una nueva capacidad de amor a los hermanos. Así lo manifestaba Cornelio con sus limosnas, quien probablemente tenía la certeza de la existencia de Dios, pero no lo conocía. Los donativos que hacía a los demás ponen de manifiesto una caridad que nace de sentirse pobre entre los pobres. Es este ya un primer acercamiento a Dios, ya que mirar a los demás como a hermanos orienta hacia una paternidad. Será Pedro quien le muestre a Dios como Padre de todos los hombres.

El temor de Dios, que el texto de Hechos dice que aquel centurión tenía al llamarle «temeroso de Dios», es una efusión en el corazón del hombre del temor filial, que es el amor de Dios. El alma, pues, se preocupa de no disgustar a Dios, amado como Padre, de no ofenderlo. Seguramente, Cornelio repetía los mandamientos de Dios en su interior como un camino lleno de luz para él. Esto le indicaba dónde estaban los límites que no debía sobrepasar si quería llegar a la vida eterna. El conocimiento de la verdad llevó a

Cornelio al *temor* de perderla, y para conservar el bien en su corazón se abrió al espíritu de obediencia. Sin saberlo, aquel centurión romano estaba habitado por el Espíritu Santo preparándolo para acoger la salvación plena en Jesucristo. La vida de Cornelio era agradable a Dios, como dice Hch 10, 4: «Tus oraciones y tus limosnas han subido como memorial ante la presencia de Dios». Esta es la forma en que un judío entiende el valor de la oración y la limosna: ellas le sitúan en la presencia de Dios. Pero detengámonos en un detalle que sucede justo antes de este versículo: el Ángel del Señor se le aparece en visión hacia la hora nona del día. Para poder penetrar más en el interior de Cornelio, podemos comparar esta aparición a otras dos: la Anunciación a María y la que Pablo tiene en el camino de Damasco. Cada uno de ellos reacciona de una manera distinta, según la disposición del corazón. La primera, la aparición del ángel Gabriel a María (Lc 1, 26-38), describe la reacción de la Virgen como un «turbarse» por las palabras del saludo, pero no ante la presencia del enviado por Dios. La Virgen vivía esperando el cumplimiento de las promesas de Dios, como expresa el canto del Magníficat, por eso su interior estaba preparado para que el Señor interviniera en su vida. Pablo, en cambio, cuando es asaltado por Jesús camino de Damasco, la pregunta es «¿Quién eres, Señor?» (Hch 9, 5). El que llegará a ser el Apóstol de los gentiles no podía ni sospechar que Dios se fijara en él personalmente. Por eso la descripción de su conversión tiene unos tintes tan dramáticos, porque significan una verdadera quiebra. La actitud de Cornelio se acerca más a la de María, ya que, sin duda, su corazón, por su piedad y su temor, estaba familiarizado internamente con las cosas de Dios. Es decir, sus prácticas de piedad del centurión no eran una mera cosa exterior, sino que habían ido transformando su corazón y nacían de un alma que buscaba a Dios sinceramente.

Por otra parte, en el relato de Hechos se nos dice que el Ángel de Dios que visita a Cornelio le da unas órdenes que éste debe obedecer. Su pronta disposición en hacer lo que se le diga no es una improvisación ni una actitud superficial. Más bien, tenemos que decir que la verdadera obediencia a Dios no se improvisa. Ha sido la experiencia de la bondad de Dios la que despierta una confianza que no entiende de demoras. Cornelio no le hace un interrogatorio al ángel ni le pide pruebas extraordinarias para poder fiarse de él. Quizá no entienda el sentido de todo lo que se le pide, ya que no sabía quién era Pedro, pero obedece. En cambio, cuántas veces nosotros hasta que no lo entendemos todo no tomamos ninguna decisión. Y así paralizamos la vida inútilmente. No es necesario entenderlo todo para vivir y seguir al Señor.

Siguiendo adelante en el relato se nos presenta al Apóstol Pedro, a quien van a buscar los enviados por Cornelio. También él tiene que convertirse. Estando en oración, Pedro tiene un éxtasis en el que ve un lienzo lleno de animales, y recibe la orden de que coma de esos animales. El Apóstol, en su deseo de ser fiel al Señor, se atiene a las leyes alimenticias judías, sin embargo, en la visión se le dice por tres veces: «Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano» (Hch 10, 15). En el libro del Deuteronomio se encuentra la lista de animales que un judío no debía comer y la distinción entre los alimentos ritualmente «puros» e «impuros» (Dt 14, 3-20). Mediante la orden de comer de *todo*, se le está dando a Pedro un corazón católico, una apertura universal, ya que todo ha salido de la mano de Dios. De esta manera se le prepara para algo que le resultaría difícil de acoger: la venida del Espíritu Santo sobre unos paganos.

Dos detalles de singular importancia son que, por una parte, a Pedro le está costando entender qué significaba aquella visión por dos veces (Hch 10, 17-19) y, por otra, el Espíritu le dice con respecto a los enviados por Cornelio: «Baja, al momento y vete con ellos, pues yo los he enviado» (Hch 10, 20). El primero de los Apóstoles, que durante tanto años había glorificado a Dios distinguiendo bien qué podía comer y qué no, tiene ahora que sujetarse a otra obediencia mayor: la del Espíritu Santo. Pedro ya sufrió otra fuerte conversión durante el tiempo que acompañó a Jesús en su ministerio. En una ocasión en que el Maestro dice a los suyos que en Jerusalén le aguarda la muerte, Pedro le reprendió sin duda movido por un afecto grande a Jesús. Es en aquella ocasión cuando Simón Pedro escucha una de las palabras más fuertes de todo el evangelio: «¡Quítate de mi vista, Satanás (...), tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!» (Mt 9, 23). El desatino del discípulo significa que tenía que convertirse al Señor. Pero no olvidemos, que éste mismo será el que entregue su vida gustosamente por Jesús, su Maestro.

Finalmente, después de dar hospedaje a la comitiva de Cornelio e informarse bien de todo, «se fue con ellos» (Hch 10, 24) acompañado de varios hermanos. En casa del centurión tiene lugar uno de los encuentros más preciosos de todo el libro de los Hechos. Cornelio acoge a Pedro como el que viene en nombre del Señor, y Pedro acude a Cornelio como quien obedece a quien ama. El discurso del Apóstol, que comienza reconociendo que Dios no puede ser encerrado en unas fronteras, es una verdadera catequesis acerca de la vida y misterio de Jesús, el Dios que salva. Cornelio daba gloria a Dios sin saberlo. Ahora Pedro le revela el nombre y el rostro de Aquel a quien el centurión esperaba. Así es la misión a los alejados: proclamar el nombre de Jesús, que es el Dios a quien buscan sin

saberlo. El relato termina con un *Pentecostés gentil*, es decir, la venida del Espíritu Santo sobre aquellos que no provenían del judaísmo y el bautismo. Pedro, no se anuncia a sí mismo, sino a Jesucristo, por eso la obediencia al Espíritu Santo le lleva a la obediencia a la Iglesia, que es quien bautiza a sus hijos. El Espíritu no prescinde de la Iglesia, sino que lleva a la comunión. Sólo así se manifiesta que se trata del Espíritu del Hijo, cuando nos alienta a la obediencia filial a la Madre Iglesia. El detalle de que le pidieran a Pedro que «se quedase algunos días» (Hch 10, 48) tiene un doble sentido: por una parte, para que fueran catequizados los recién convertidos, y, por otra, para celebrar con el Apóstol la alegría de la llegada a casa de tantos hijos que anduvieron buscando el camino para llegar a la Iglesia, la morada de Dios con el hombre.

10.3 *Así lo leyeron*

A través de todo se lleva a cabo lo único que cuenta: Dios se convierte en realidad, Cristo se vuelve sustancial, la Iglesia resplandece en toda su mística transparencia. Y, finalmente, se da el paso, se reanuda el vínculo con la fe. Se puede, pues, descubrir la fe o redescubrirla. En uno y otro caso subsiste esta distinción imprevisible: ¿cuál es la realidad cristiana vivida en primer lugar en experiencia y con mayor intensidad? Puede encontrarse primero a Cristo. En tal caso, Cristo es, para el que busca, la Esencia de todo, es la Potencia, el Resplandor; por Cristo encuentra al Padre; a través de Él acepta a la Iglesia... O bien, descubre primero a la Iglesia en el peso de su permanencia, en la fuerza de todo lo que comporta, en la riqueza de su poder espiritual, y por ella asciende hasta Cristo. O tal vez es Dios vivo quien surge en la conciencia antes que los demás, y poco a poco el hombre llega a comprender que la verdad y la santidad, en estado puro, no pueden salir sino de la boca de Cristo, y que solamente en la Iglesia habla Cristo con una libertad intacta. Aquí no hay caminos trazados de antemano. Dios conduce al hombre como quiere. La providencia para realizar su obra actúa en la individualidad de cada uno, en sus rasgos de carácter y en sus aspiraciones espirituales, en el tiempo y el medio cuyas influencias sufre (R. GUARDINI, *La experiencia cristiana de la fe*, 19).

La paciencia es la hermana mayor de la eficacia. Si esperamos para anunciar el evangelio que las condiciones sean *favorables*, estaremos esperando todos hasta nuestro último día y hasta el último Día. Y si, por muy imposible que parezca, esas condiciones *favorables* con las que soñamos se encontrasen realizadas algún día, ¿estamos seguros de que en realidad no serían las peores? Las condiciones no parecían realmente *favorables* en

Palestina para la predicación de Jesús. Y cuando se pudo creer que lo eran, fue al precio de los más grandes malentendidos, que sólo un rechazo enérgico de Jesús pudo disipar. Y siempre será así. El apóstol siempre deberá cuidarse mucho respecto a esta misma ilusión que renace. En los ratos pacientes y en los momentos de espera, deberá repetir una y otra vez, *aquí y ahora*, con el Apóstol: *ay de mí, si no evangelizo*. El apóstol que quiere ser fiel al evangelio se encontrará siempre, incluso en medio de los suyos, entre dos tipos de adversarios. Los que le consideran ineficaz porque no consiente traicionar su misión para consagrarse a las tareas y a las propagandas temporales, y los que ven en él a un perturbador, porque en vez de mantenerles en la satisfacción de sí mismos, no cesa de inquietar su conciencia. ¿Cabe alguna sorpresa al respecto? Intentando conformarse con el espíritu de Jesús, estaba aceptando de antemano ser juzgado y tratado como Él. Lo que Pascal decía de Jesús y de su predicación se renueva en cada época: “A eso se oponen todos los hombres” (H. DE LUBAC, *Paradojas seguido de nuevas paradojas*, 110-112).

La misión es hacer allí donde estamos la obra misma de Cristo. No seremos la Iglesia, no difundiremos la salvación hasta los confines del mundo si no trabajamos por la salvación de los hombres entre los que vivimos. Y no trabajaremos por esa salvación, no la dejaremos llegar si entre ellos no somos inalterable y puramente la Iglesia. Estamos en un mundo al que parece que no llega la salvación. Otra porción del mundo se queda “indebidamente con la mayor parte de la sangre o del alimento de ese cuerpo”. Hay que sufrir por ella hasta la muerte. Pero hay que hacer de modo que dar la vida a éstos no prepare para mañana la agonía mortal de aquéllos. No es necesario que Pedro o Juan se encarnicen en la salvación de un grupo grande o pequeño de hombres, lo que es necesario es que sea la Iglesia la que, a través de Pedro o Juan, recupere a ese grupo de hombres, pues sólo la Iglesia puede verdaderamente recuperarlos. Es preciso, pues, que la misión sea la Iglesia. Es preciso que ella sea “cuerpo de Cristo”, después, libre de elegir sus derroteros. Es preciso que ella acepte su estado de Cristo total. Si por hablar de Cristo a los no creyentes dañamos la unidad cristiana, preferimos dar un eco de lo que es Cristo antes que dar a Cristo en su sacramento por excelencia: los cristianos unidos entre ellos. Como nosotros soñamos con un Cristo Iglesia triunfante a los ojos de los hombres, no siempre nos acordamos de que el misterio de Cristo es el misterio de la Iglesia y que hasta el fin de los tiempos será el Salvador humillado, oculto bajo los hombres, hombres limitados y pecadores, y que es ellos donde tendremos que reconocerle (MADELEINE DELBRËL, *La santidad de la gente sencilla*, 188-191).

Mientras sostiene e ilumina a los apóstoles, el Espíritu Santo suscita la sed del agua viva (cf. Jn 4, 10-15) en el corazón de toda persona, cultura y religión en busca de Jesús, el único salvador que podrá saciar plenamente su sed. Los Hechos nos cuentan en el capítulo 10 cómo el Espíritu precede, acompaña y sigue a cualquier misión nuestra. Con el don de lenguas, prepara el gran diálogo de amor entre Dios y la humanidad, entre el Salvador y los pueblos de todos los continentes (...). También hoy, en el nuevo Pentecostés que estamos viviendo, el Espíritu guía a la Iglesia en su misión de realizar un encuentro entre Jesucristo y todos los pueblos. Éste me parece que es el más profundo significado de los distintos diálogos que la Iglesia Católica ha emprendido después del Concilio. Procedo de ese vasto continente que es Asia, y cada día veo esta obra del Espíritu entre los “gentiles”. Es correcta la observación de Santo Tomás, que él atribuye a San Ambrosio: *Todo lo que es verdadero, no importa quién lo diga, viene del Espíritu Santo*. Tal vez no sólo proceda del Espíritu Santo toda verdad, sino también toda bondad, justicia, belleza: la profundidad de la oración, el esplendor de la sabiduría. Nos consuela ver que el Espíritu Santo está actuando ara revelar plenamente el misterio de Cristo» (F. X. Card. NGUYEN VAN THUAN, *Testigos de esperanza*, 205-206)

10.4 Preguntas para el diálogo en grupo

El texto de Hch 10 nos habla de la misión entre los alejados, que no tienen que ser necesariamente *adversarios* de la Iglesia, sino de gente que vive conforme a la luz de su conciencia, aunque no conozca a Jesucristo. Esto nos lanza a un primer interrogante a nosotros mismos: ¿vivo conforme a la verdad? ¿Utilizo la fe o al Señor para mis propios intereses? Cuántas veces justificamos decisiones personales amparados en una llamada personal del Señor.

Llama la atención la resistencia de Pedro para aceptar lo que el mismo Señor le dice en la visión del lienzo, y, en contraste, la prontitud de Cornelio en obedecer la orden del Ángel de Dios. ¿Creo que Jesucristo ya no tiene nada que decirme? ¿Considero mi conversión terminada o ni siquiera me planteo que Dios es más grande que mis criterios?

Por último, la obediencia al Espíritu Santo en Hch 10 termina en la Iglesia, a través del bautismo. Muchos ímpetus misioneros resultan ser con el tiempo deseos personales que nos distancian de la comunión real. ¿Cómo vivo que toda la misión que desarrollo es eclesial, de ella nace y hacia ella se encamina?

11. La no acepción de personas en la misión

11.1 *El pasaje de la Escritura*

¹Unos que bajaron de Judea se pusieron a enseñar a los hermanos que, si no se circuncidaban conforme al uso de Moisés, no podían salvarse. ²Esto provocó un altercado y una violenta discusión con Pablo y Bernabé; y se decidió que Pablo, Bernabé y algunos más de entre ellos subieran a Jerusalén a consultar a los apóstoles y presbíteros sobre esta controversia. ³Ellos, pues, enviados por la Iglesia provistos de lo necesario, atravesaron Fenicia y Samaría contando cómo se convertían los gentiles con lo que causaron gran alegría a todos los hermanos. ⁴Al llegar a Jerusalén, fueron acogidos por la Iglesia, los apóstoles y los presbíteros; ellos contaron lo que Dios había hecho con ellos. ⁵Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían abrazado la fe, se levantaron, diciendo: “Es necesario circuncidarlos y ordenarles que guarden la ley de Moisés”. ⁶Los apóstoles y los presbíteros se reunieron a examinar el asunto. ⁷Después de una larga discusión, se levantó Pedro y les dijo: “Hermanos, vosotros sabéis que, desde los primeros días, Dios me escogió entre vosotros para que los gentiles oyeran de mi boca la palabra del Evangelio, y creyeran. ⁸Y Dios, que penetra los corazones, ha dado testimonio a favor de ellos dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros. ⁹No hizo distinción entre ellos y nosotros, pues ha purificado sus corazones con la fe. ¹⁰¿Por qué, pues, ahora intentáis tentar a Dios, queriendo poner sobre el cuello de esos discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres hemos podido soportar? ¹¹No; creemos que lo mismo ellos que nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús”.

¹²Toda la asamblea hizo silencio para escuchar a Bernabé y Pablo, que les contaron los signos y prodigios que Dios había hecho por medio de ellos entre los gentiles. ¹³Cuando terminaron de hablar, Santiago tomó la palabra y dijo: “Escuchadme, hermanos: ¹⁴Simón ha contado cómo Dios por primera vez se ha dignado escoger para su nombre un pueblo de entre los gentiles. Con esto concuerdan las palabras de los profetas como está escrito: ¹⁵*Después de esto volveré y levantaré de nuevo la choza caída de David; levantaré sus ruinas y la pondré en pie,* ¹⁷*para que los demás hombres busquen al Señor, y todos los gentiles sobre los que ha sido invocado mi nombre: lo dice el Señor, el que hace* ¹⁸*que esto sea conocido desde antiguo.*

¹⁹Por eso, a mi parecer, no hay que molestar a los gentiles que se convierten a Dios; ²⁰basta escribirles que se abstengan de la contaminación de los ídolos, de las uniones ilegítimas, de animales estrangulados y de la sangre. ²¹Porque desde tiempos antiguos Moisés tiene en cada ciudad quienes lo predicán, ya que es leído cada sábado en las sinagogas.

²²Entonces los apóstoles y los presbíteros con toda la Iglesia acordaron elegir a algunos de ellos para mandarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé. Eligieron a Judas llamado Barsabás y a Silas, miembros eminentes entre los hermanos, ²³y enviaron por medio de ellos esta carta:

“Los apóstoles y los presbíteros hermanos saludan a los hermanos de Antioquía, Siria y Cilicia, provenientes de la gentilidad. ²⁴Habiéndonos enterado de que algunos de aquí, sin encargo nuestro, os han alborotado con sus palabras, desconcertando vuestros ánimos, ²⁵hemos decidido, por unanimidad, elegir a algunos y enviároslos con nuestros queridos Bernabé y Pablo, ²⁶hombres que han entregado su vida al nombre de nuestro Señor Jesucristo. ²⁷Os mandamos, pues, a Silas y a Judas, que os referirán de palabra lo que sigue: ²⁸Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponeros más cargas que las indispensables: ²⁹que os abstengáis de carne sacrificada a los ídolos, de sangre, de animales estrangulados y de uniones ilegítimas. Haréis bien en apartaros de todo esto. Saludos”.

³⁰Los despidieron, y ellos bajaron a Antioquía, donde reunieron a la comunidad y entregaron la carta. ³¹Al leerla, se alegraron mucho por aquellas palabras alentadoras. ³²Judas y Silas, que eran también profetas, hablaron largamente, exhortando y confirmando a los hermanos. ³³Por su parte, Pablo y Bernabé permanecieron en Antioquía, enseñando y anunciando, junto con otros muchos, la Buena Nueva, la palabra del Señor (Hch 15,1-21).

11.2 *La lectio divina del pasaje*

San Lucas nos presenta en este capítulo un momento verdaderamente crucial en la historia del cristianismo naciente y, por tanto, en la historia de la Iglesia. No disimula sobre la gravedad de la cuestión que desata un “altercado” y una violenta “discusión”. Para entender bien lo que sucede es preciso recordar lo que ya hemos leído y meditado en capítulos anteriores, particularmente desde el capítulo 10, donde se nos narra cómo Pedro es enviado por el Señor mismo a anunciar el evangelio a Cornelio, el centurión romano, y el sucesivo descenso del Espíritu Santo sobre éste y todos los de su casa. En el c. 11 se

nos informa del origen de la Iglesia en Antioquía, donde se convierte un gran número de paganos. Antioquía se mostró pronto como una comunidad bien consolidada, e influyente en las comunidades del entorno debido también, probablemente, a la misma influencia que la importante ciudad tenía en la región. En los capítulos 13 y 14 se nos ha informado también de la importante misión de Pablo y Bernabé que tiene origen en la misma ciudad.

El dato es claro: a los paganos que reciben la noticia del Evangelio y se convierten no se les ha exigido, para hacerse cristianos, otra cosa que el Bautismo. La predicación de Pablo es clara al respecto: sólo Jesucristo es el Salvador y la salvación consiste en adherirse totalmente a él por la fe y en la vida nueva recibida en el sacramento.

La paz y el éxito de la misión se ven de pronto amenazados por la presencia de unos que bajaron desde Jerusalén y que enseñaban la necesidad de la circuncisión para poder recibir la salvación. El altercado se produce, pues, entre los cristianos de tendencia judaizante y los que han llegado a la fe en Jesucristo procedentes del paganismo. Y el conflicto no es marginal en absoluto, toca el corazón mismo del Evangelio, la verdadera naturaleza de la salvación vinculada a la fe en Jesucristo y, por tanto, la relación de la Iglesia naciente con el pueblo de Israel y la ley de Moisés. ¿Deben los cristianos seguir siendo judíos, es decir, recibir el signo de pertenencia a la antigua Alianza, la circuncisión y someterse a todos los preceptos de la Ley? Para los cristianos de procedencia judía era natural permanecer apegados a la tradición de Moisés y, sin renunciar a ello, abrazar a Jesucristo como el Mesías Hijo de Dios enviado para cumplir definitivamente las promesas hechas al pueblo de la Alianza. Resulta comprensible que así fuese. El problema se plantea en relación con los paganos: ¿es preciso exigirles que, para ser cristianos, se hagan también judíos? Lo que está en juego es la universalidad del cristianismo. Pero esta depende de la universalidad del mismo Cristo: ¿Es el único salvador de todos los hombres, también de los paganos? ¿Su muerte y resurrección carecen de eficacia si no es previamente sellada con el sello de la circuncisión? Las obras de la Ley ¿son necesarias para la salvación? Y si es así, ¿entonces en qué consiste la novedad de la salvación que nos ha traído el Señor? En definitiva, ¿cuál es la relación entre la gracia y la vida traídas por Jesucristo y la Ley mosaica?

No era una preocupación meramente teórica. Lo que venían a afirmar los que habían bajado desde Judea era que los recién convertidos en Antioquía y en las nuevas comunidades fundadas por Pablo y Bernabé, que se habían incorporado a la Iglesia, que habían profesado ya la fe en Jesucristo y que se habían bautizado no recibirían la salvación, a no ser que se circuncidasen, es decir, que aceptasen la Ley de Moisés. Venían

a decir, pues, que la fe en Cristo y el bautismo –es decir, Cristo mismo- no tienen eficacia salvífica por sí mismos. La controversia se extendía también a la propia comunidad de Antioquía ¿era, en verdad, Iglesia de Jesucristo?

Es clara, entonces, la seriedad de la cuestión. Ello explica la turbulencia y la violenta tensión desatada. Entraban en conflicto, por un lado, la apasionada defensa de la tradición recibida de los patriarcas, de los profetas, desde Moisés en adelante, cuya enseñanza se ha escuchado siempre en las sinagogas (cf. Hch 15, 21) y, por otro, la novedad del Evangelio anunciado a los paganos, como fuerza de salvación que llega exclusivamente por la fe en Jesucristo. El peligro era la ruptura de la unidad de la Iglesia naciente que se veía a sí misma ante una doble fidelidad: la tradición recibida y la novedad que parecía imponerse. No es este el único momento en que la Iglesia se ha enfrentado a esta cuestión. Es, más bien, un desafío permanente, pues toda generación tiene, de un modo u otro, el mismo problema: ¿cómo permanecer fiel a la Tradición y también al mundo concreto –cambiante por definición- que hay que evangelizar? ¿Tradición o progreso? ¿Sujeción a normas y costumbres recibidas del pasado o apertura a las novedades que parecen venir exigidas? ¿Es ese el dilema?

Veamos entonces cómo lo resolvió la Iglesia en ese momento. Según Hch 15, 2 fue la misma iglesia de Antioquía la que decidió enviar a Pablo y Bernabé a Jerusalén para plantear allí la cuestión, consultando a los “apóstoles y presbíteros”. San Pablo se refiere también a este viaje a Jerusalén en Galatas 2, 1-10 y, salvo algunos detalles, el testimonio es coincidente con el relato de Lucas en Hechos.

En Jerusalén, el primero en hablar es Pedro y se refiere –como único modo de afrontar justamente la controversia- a lo que el Señor mismo ha ido haciendo. No hay, en realidad, otro criterio sino el que nace de la búsqueda sincera de la voluntad de Dios tal como él actúa. Sin mencionar explícitamente a Cornelio (Hch 10) subraya cómo él mismo fue enviado a los paganos y cómo estos recibieron el Espíritu Santo igual que los demás. No hay ningún proyecto propio ni criterio humano que buscar: Dios ha hablado y ha actuado y si Dios ha purificado sus corazones por la fe, ¿a qué viene exigir cargas insostenibles? Aquí parece ser Pablo quien habla: “nosotros nos salvamos por la gracia del Señor Jesús”.

Después son de nuevo escuchados Pablo y Bernabé. Inmediatamente habla Santiago, que parece hacerlo con autoridad (“Escuchadme... no hay que molestar”): se refiere, en primer lugar, a lo que Dios hizo a través de Pedro (llamado aquí por su nombre hebreo, Simón) para subrayar que el Señor mismo ha querido llamar a los gentiles a la fe dando cumplimiento a las promesas, citando Am 9, 11s. El oráculo se refiere a la futura

restauración de Israel que ha venido a ser como una choza. Vemos así cómo la Iglesia naciente se sentía particularmente señalada en ese oráculo como la nueva Jerusalén en la que buscarán al Señor “los demás hombres”, el resto de la humanidad y todos los gentiles. La solución que aporta Santiago no es la de un consenso fácil, destinado a resolver fricciones... Se trata de buscar de nuevo la voluntad de Dios, del hablar y actuar de Dios. Santiago ratifica la libertad de la Iglesia y, por tanto, de los paganos recién convertidos-respecto de la Ley mosaica: salva Jesucristo por gracia y por la fe. A los gentiles se les pide un mínimo (abstenerse de la contaminación de los ídolos –comer carne que haya sido ofrecida a los ídolos paganos- las uniones ilegítimas y de comer animales estrangulados). En Ga 2, 1-10 San Pablo afirma que no se puso a los gentiles ninguna condición. Posiblemente esto que dice Santiago y que se contiene en la carta enviada a Antioquía, Siria y Cilicia sea fruto de una segunda reunión que pretende minimizar el escándalo para los judeocristianos en aquellas comunidades en las que tengan una presencia importante.

Se sella así la libertad de la Iglesia respecto a la Ley de Moisés. Se confirma que la salvación es por gracia y no por las obras de la Ley. Jesucristo queda afirmado como el único Salvador y la Iglesia abre definitivamente la puerta a los gentiles, ratificando la misión de Pablo y Bernabé. Iglesias culturalmente muy distintas (Jerusalén – Antioquía) se reconocen como hermanas unidas por el vínculo de la fe. Se logra la paz y la concordia a través de un camino concreto: la búsqueda de la voluntad de Dios tal como muestra su actuar en la historia, en la medida en que es *leída* eclesialmente, es decir, en la comunión de las Iglesias que se refieren a la Iglesia madre a los apóstoles y a Pedro. Se logra la paz porque se busca la verdad en la caridad. La paz es fruto de la verdad, proveniente de Dios y acogida en la fe común y, por eso, expresa la comunión. Es así como se hace posible la fidelidad a la Tradición sin quedar anquilosados en actitudes tradicionalistas, cerradas a toda novedad.

11.3 *Así lo leyeron*

Cristo es el fin de la ley: él nos hace pasar de la esclavitud de esta ley a la libertad del espíritu. La ley tendía hacia él como a su complemento; y él, como supremo legislador, da cumplimiento a su misión, transformando en espíritu la letra de la ley. De este modo, hacía que todas las cosas lo tuviesen a él por cabeza. La gracia es la que da vida a la ley y, por esto, es superior a la misma, y de la unión de ambas resulta un conjunto armonioso, conjunto que no hemos de considerar como una mezcla, en la cual alguno de los dos elementos citados pierda sus características propias, sino como una transmutación divina,

según la cual todo lo que había de esclavitud en la ley se cambia en suavidad y libertad, de modo que, como dice el Apóstol, no vivamos ya *esclavizados por lo elemental del mundo*, ni sujetos al yugo y a la esclavitud de la ley (SAN ANDRÉS DE CRETA, *Sermón I*).

De modo semejante, [los apóstoles] continuaron fundando Iglesias en cada población, de manera que las demás Iglesias fundadas posteriormente, para ser verdaderas Iglesias, tomaron y siguen tomando de aquellas primeras Iglesias el retoño de su fe y la semilla de su doctrina. Por esto también aquellas Iglesias son consideradas apostólicas, en cuanto que son descendientes de las Iglesias apostólicas. Es norma general que toda cosa debe ser referida a su origen. Y por esto, toda la multitud de Iglesias son una con aquella primera Iglesia fundada por los apóstoles, de la que proceden todas las otras. En este sentido, son todas primeras y todas apostólicas, en cuanto que todas juntas forman una sola. De esta unidad son prueba la comunión y la paz que reinan entre ellas, así como su mutua fraternidad y hospitalidad. Todo lo cual no tiene otra razón de ser que su unidad en una misma tradición apostólica. El único medio seguro de saber qué es lo que predicaron los apóstoles, es decir, qué es lo que Cristo les reveló, es el recurso a las Iglesias fundadas por los mismos apóstoles, las que ellos adoctrinaron de viva voz y, más tarde, por carta. (TERTULIANO, *Tratado sobre la prescripción de los herejes*, 21, 3-22).

Pero en el verdadero hombre de Iglesia la intransigencia de la fe y el apego a la tradición no se convierten en rudeza, en desprecio o en aridez de corazón. No le impiden el ser acogedor y no lo encierran en una ciudadela de actitudes negativas. Tiene buen cuidado de no echar en olvido que, tanto en sus miembros, como en su Jefe, la iglesia por su parte debe decir *sí*, y que toda negativa no es sino el reverso o el segundo tiempo de una adhesión positiva. Sin ceder más que ella al espíritu de transacción, él desearía siempre, lo mismo que ella, “dejar abiertas todas las puertas por donde espíritus diversos entre sí puedan llegar a la misma verdad”... Comprende que el espíritu católico, que es a un tiempo riguroso y comprensivo, es un espíritu “más caritativo que querrelloso”, opuesto a todo “espíritu de facción” o simplemente de capilla, lo mismo si se trata de eludir la autoridad de la Iglesia como si, por el contrario, se pretende acapararla. Toda iniciativa laudable, toda fundación que cuenta con la debida aprobación, todo nuevo hogar de vida espiritual es para él una ocasión para mostrar su agradecimiento. Como es enemigo “del celo desabrido y de disputas de palabras” y sabe que al amparo de las discusiones ideológicas el espíritu maligno que es maestro en el arte de sembrar el desorden, se da maña para desazonar el cuerpo de la Iglesia, y como teme también al falso rigor que llega a ocultar la unidad profunda allí donde todavía se conserva, no se muestra hostil por

principio a las diferencias legítimas. “Con tal que se salve la unidad de la caridad en la fe católica”, cree por el contrario que estas diferencias son necesarias, porque no se puede suprimir “la diversa manera con que los hombres sienten una misma cosa”, y aun las tiene por beneficiosas, para que resplandezca por medio de la Iglesia la multiforme sabiduría de Dios... Y aun cuando suceda que estas posturas diferentes se convierten en divergencias, tampoco se inquieta de buenas a primeras desde el momento en que la Iglesia las tolera. Le basta un momento de reflexión para convencerse de que “siempre las ha habido en la Iglesia y siempre las habrá, y que si terminaran para siempre, sería porque habría cesado toda vida espiritual e intelectual”. En lugar de perder la paciencia, trata de mantener la concordia y se esfuerza, cosa harto difícil, por conservar un espíritu más amplio que sus propias ideas. Él se afana en usar de “esta especie de libertad por la que superamos lo que a cada uno de nosotros nos compromete más inflexiblemente”, que es “una manera misteriosa, irónica y alada de superar nuestras diferencias”. Si no se debe desesperar aun cuando se trata de espíritus profundamente divididos, ¿cómo no va a esperar poder llegar a un acuerdo cuando se trata de hermanos en la misma fe? Por lo mismo, se encuentra protegido contra la malhadada suficiencia que le llevaría a ver en su misma persona la norma encarnada de toda la ortodoxia. Él pone, por encima de todo, “el lazo indisoluble de la paz católica”, y se echaría en cara el haber rasgado la Túnica inconsútil si diera lugar al menor “cisma de caridad”. (HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, 198-201).

11.4 Preguntas para el diálogo en grupo

¿Cómo entiendes la expresión: *Jesucristo nos ha salvado por la fe, por pura gracia*?

El conflicto que da lugar a este texto puede parecer ya antiguo. ¿Qué síntomas percibes en ti, en los demás cristianos, tal vez en tu grupo, que te hagan pensar que no es tan antiguo, sino que es un problema que, de algún modo, sigue dándose entre nosotros?

Dado que el Bautismo es el sacramento de la fe que nos salva, ¿cómo refrescar la conciencia de que somos los bautizados? ¿Cómo profundizar en la gracia bautismal?

¿Piensas la vida cristiana como un conjunto de normas y obligaciones que hay que cumplir o la piensas como relación personal -de amistad, de fe, de amor, de sumisión- con Dios Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo?

Cuándo hay conflictos entre nosotros, bien individualmente o entre grupos de la parroquia, movimientos... ¿Buscamos resolverlos o ya ni siquiera lo intentamos? ¿Qué criterios utilizamos para resolverlos?

¿Cómo podemos crecer en la conciencia y en la vida de la Iglesia como *comunidad de los santos*?

¿Hasta qué punto valoras la unidad, sello de la caridad, en la relación con los demás cristianos y con las distintas espiritualidades o los diferentes carismas?

12. Pablo en el Areópago: la misión a los que rechazan el Evangelio

12.1 *El pasaje de la Escritura*

²²Pablo, de pie en medio del Areópago, dijo: “Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. ²³Porque, paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: ‘Al Dios desconocido’. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo. ²⁴El Dios que hizo el mundo y todo lo que contiene, siendo como es Señor de cielo y tierra, no habita en templos contruidos por manos humanas, ²⁵ni lo sirven manos humanas, como si necesitara de alguien, él que a todos da la vida y el aliento, y todo. ²⁶De uno solo creó el género humano para que habitara la tierra entera, determinando fijamente los tiempos y las fronteras de los lugares que habían de habitar, ²⁷con el fin de que lo buscasen a él, a ver si, al menos a tientas, lo encontraban; aunque no está lejos de ninguno de nosotros, ²⁸pues en él vivimos, nos movemos y existimos; así lo han dicho incluso algunos de vuestros poetas: ‘Somos estirpe suya’. ²⁹Por tanto, si somos estirpe de Dios no debemos pensar que la divinidad se parezca a imágenes de oro o de plata o de piedra, esculpidas por la destreza y la fantasía de un hombre. ³⁰Así pues, pasando por alto aquellos tiempos de ignorancia, Dios anuncia ahora en todas partes a todos los humanos que se conviertan. ³¹Porque tiene señalado un día en que juzgará el universo con justicia, por medio del hombre a quien él ha designado; y ha dado a todos la garantía de esto, resucitándolo de entre los muertos” (Hch 17,22-31).

12.2 *La lectio divina del pasaje*

San Pablo llegó a Atenas después de su estancia en Berea. En esta ciudad, San Pablo y Silas habían anunciado el Evangelio a la comunidad judía, que los acogió con interés. Como resultado de su actividad en la sinagoga, muchos judíos se convirtieron al cristianismo, junto a bastantes mujeres distinguidas y griegos. No

obstante, los adversarios judíos de Tesalónica, al tener conocimiento de lo sucedido, fueron a dicha ciudad y lograron alborotar a sus habitantes. San Pablo se vio obligado a abandonar la ciudad; acompañado de algunos cristianos de Berea, se encaminó a Atenas (Hch 17,10-15).

Lucas señala que Atenas estaba llena de estatuas y objetos religiosos. Algunas referencias de autores antiguos describen esta ciudad como la más religiosa de los griegos; por ejemplo, Sófocles y Flavio Josefo la consideraban “la más devota” de las ciudades griegas. San Pablo debía estar habituado a ver en las ciudades de la diáspora representaciones de dioses y exvotos variados. En Atenas, sin embargo, caminando por las calles y plazas, contemplando la abundancia de representaciones de los dioses paganos, se sintió provocado de un modo especial. Su fe monoteísta le llevaba a considerar todas estas representaciones como idolátricas y abominables. No obstante, consciente de la ignorancia de aquellos hombres, como dirá después en su discurso en el Areópago, experimentó una gran urgencia de anunciar a todos el Evangelio. El relato lucano nos dice que todos los días hablaba con la gente que encontraba: con los judíos en las sinagogas, con los paganos en la plaza pública (v.17). Era consciente de llevar la buena noticia que todo corazón humano anhela y espera; por ello, no perdía ocasión de hablar a todos sobre Jesús y su resurrección (v.18).

En su discurso en el Areópago, para hacerse entender mejor de sus oyentes, subraya un dato de la realidad, de la disposición de los atenienses que ha reconocido recorriendo las calles de la ciudad: su gran religiosidad. Es decir, sabe valorar el aspecto positivo que se escondía en los altares y exvotos que veía; en concreto la existencia de altares dedicados a divinidades desconocidas. Así, al comienzo de su discurso se dirige a los allí presentes con estas palabras: “Atenienses, veo que sois en todo extremadamente religiosos. Porque, paseando y contemplando vuestros monumentos sagrados, encontré incluso un altar con esta inscripción: ‘Al Dios desconocido’. Pues eso que veneráis sin conocerlo os lo anuncio yo” (v.22-23). La preocupación e interés de San Pablo no es condenar el error en el que viven los atenienses, sino el deseo de comunicar a todos lo que él ha encontrado y ha experimentado como la salvación.

En su exhortación *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco también nos invita a vivir la misión poniendo nuestra atención en lo esencial del acontecimiento cristiano y en los hombres que lo esperan: “La evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado. Muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana. Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino ‘por atracción’... Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario” (EG 14 y 35).

Esta tensión misionera, ¿de dónde nace? En los evangelios se dice varias veces que Jesús, viendo al gentío como ovejas sin pastor, conmovido, se ponía a enseñarles (Mc 6,34; Mt 14,14). Ante el sufrimiento de los que encontramos, ante sus intentos por caminar en la oscuridad, esta compasión nace cuando somos conscientes de la gracia que se nos ha concedido de conocer a Aquel que es luz y vida de los hombres. En su exhortación *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco aludía a esta conmoción que todo cristiano tendría que tener ante los hombres que todavía no experimentan la luz y la alegría del Evangelio: “Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EG 49).

El discurso pronunciado en el Areópago está dirigido a paganos. Por eso, fundamentalmente tiene una dimensión teológica, pues parte del punto común que les une a ellos: la dimensión religiosa. En él destaca los rasgos que más le ayudan a proponer la fe en Cristo Jesús. Por eso, habla del Dios creador del cielo y de la tierra (v.24-25), de su providencia y cercanía (v.26-27), del parentesco que ha establecido con los hombres (v.28), de la inadecuación de representar con imágenes a la

divinidad. Son rasgos característicos de la fe monoteísta judía, como es fácil constatar en tantos textos del AT. No obstante, también hay expresiones que resultarían familiares a sus oyentes; incluso utiliza en su discurso una cita de Arato, un poeta griego, donde evoca la dimensión religiosa como dependencia-relación. Esta conciencia religiosa es muy escasa en nuestra época, ya que la cultura actual favorece sobre todo la autosuficiencia del hombre. Sin duda, el rechazo o la reducción de la dimensión religiosa del hombre es un verdadero obstáculo al anuncio evangélico.

En nuestra sociedad española, desde hace décadas, se ha favorecido una mentalidad laicista. En el mejor de los casos, se ha marginado a Dios al círculo privado e individual de la persona. Al mismo tiempo se teoriza públicamente que la religiosidad o fe de las personas no tienen derecho de ciudadanía en la sociedad. En no pocas ocasiones se ha censurado la dimensión religiosa del hombre al considerarla como algo inútil o innecesario para la realización de la persona y la construcción social. El hombre es autosuficiente, se basta a sí mismo. La concepción humana verdadera sería la del hombre no religioso, reducido a sus intereses materiales y a la búsqueda de su satisfacción inmediata. La pregunta por el significado de la vida, las grandes cuestiones de la existencia, las exigencias radicales del corazón humano son consideradas como no interesantes, como ideas artificiales o pensamientos complicados. Lo importante es tener salud, dinero y amor, como dice la canción popular.

En la primera mitad del siglo pasado el poeta inglés Th.S. Eliot describía esta situación del modo siguiente: "Pero parece que ha pasado algo que no había pasado nunca: aunque no sabemos bien cuándo, ni por qué, ni cómo, ni dónde. Los hombres han dejado a Dios no por otros dioses, dicen, sino por ningún dios, y eso no había ocurrido nunca, que los hombres a la vez negasen a los dioses y adorasen a dioses profesando primero la Razón, y luego el Dinero, y el Poder, y lo que llaman Vida, o Raza, o Dialéctica... Estéril y vacío. Estéril y vacío. Y tiniebla sobre la faz de lo profundo. ¿Ha fallado la Iglesia a la humanidad, o la humanidad ha fallado a la Iglesia? Cuando a la Iglesia ni se la considera ya, ni se oponen siquiera a ella, y los hombres han olvidado a todos los dioses excepto la Usura, la Lujuria y el Poder". También el Papa Francisco, al comienzo de la *Evangelii Gaudium*, indica con estas

palabras la dificultad que presenta la sociedad arreligiosa y materialista en la que la Iglesia sigue anunciando el Evangelio: “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada” (EG 2).

Esta cultura, esta mentalidad favorecida en nuestra sociedad, es lo más contrario al anuncio cristiano. El gran enemigo del cristianismo no es el pecado, sino la irreligiosidad. Pues las personas irreligiosas son aquellas que han censurado sus preguntas radicales, han negado su apertura al Infinito, y se conforman con los cuatro bienes que resuelvan sus necesidades inmediatas y les concedan una satisfacción pasajera. Habiendo decidido que no tienen necesidad de salvación, que ellos pueden resolver las dificultades que la vida plantea, que se conforman con las pequeñas satisfacciones que pueden conseguir día a día, son personas que no tienen el oído abierto ni el corazón atento al mensaje que anuncia la salvación, el cumplimiento verdadero de la vida. “No hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se ha planteado”. Por ello, es fundamental volver a despertar la inquietud religiosa en todas las personas, para que se abran al mensaje de salvación que el cristianismo no deja de proclamar al mundo entero. Y esto no puede suceder por repetir un discurso correcto o fustigar a la gente que está adormecida o cerrada; es necesario que el mensajero testimonie una humanidad despierta, una humanidad que se deja herir por la belleza de la realidad, por la existencia de las cosas, pues el asombro no sólo es la posición más natural de la persona humana, sino también el camino más inmediato para tomar conciencia de la presencia del Misterio, del Creador.

Por lo demás, proponer el anuncio evangélico a todos los hombres, sea cual sea su creencia religiosa o situación personal, es reconocer que todos ellos, por su estado creatural, esperan en lo profundo de su ser esta Buena Noticia. De hecho, al oírla, independientemente de que luego su libertad se abra y acoja, experimentan una correspondencia. Aspecto fundamental de la misión que fue destacado por J. Ratzinger en una conferencia pronunciada en Dallas en 1991 con estas palabras: “La misión se justifica si los destinatarios, en el encuentro con la palabra del Evangelio, reconocen: ‘Esto justamente es lo que esperaba’... Israel pudo hacer experiencia en

el mundo pagano de lo que los anunciadores de Jesucristo vieron luego nuevamente confirmado: su predicación respondía a una espera. Salía al encuentro de un conocimiento fundamental antecedente acerca de los elementos esenciales constantes de la voluntad de Dios, que quedó consignada por escrito en los mandamientos, pero que es posible encontrar en todas las culturas y que se desarrolla con tanta mayor claridad cuanto menos interviene un poder arbitrario para desvirtuar este conocimiento primordial. Cuanto más vive el hombre en el ‘temor de Dios’, tanto más concreta y claramente es eficaz esta anámnesis”.

12.3 *Así lo leyeron*

San Pablo encontró un altar en el cual estaba grabado: “Al dios desconocido”. ¿Quién era aquel dios desconocido, sino Cristo? ¿No ves con qué sabiduría emplea aquel nombre (un dios “desconocido”)..., no para reprochar a los que lo grabaron, sino para salvarlos y para su provecho? ¿Qué se puede decir? ¿Acaso, dices, los atenienses grabaron aquel nombre por Cristo? En efecto, si los atenienses escribieron aquel nombre por Cristo, no era admirable la perspicacia de San Pablo. Pero , lo admirable es que ellos quisieron escribir otra cosa, y, sin embargo, el Apóstol supo cambiar el sentido. Era necesario, en primer lugar, explicar por qué los atenienses habían grabado “al dios desconocido”. ¿A quién ser referían? Ellos tenían muchos dioses, más aún, tenían muchos “demonios”. En efecto, todos los dioses de los gentiles son demonios. Y algunos de ellos venían de los países vecinos, otros del extranjero, como sucede entre los hombres. ¡Mirad qué cosa más ridícula! Si hubiera sido de verdad Dios, no podía ser extraño. En efecto, Dios es el Señor de todo el universo. Los gentiles, en cambio, habían recibido aquellos dioses, unos de sus padres, otros de los pueblos de alrededor, como, por ejemplo, de los escitas, de los tracios, de los egipcios. Y, si fuerais expertos en estas doctrinas extrañas, conoceríais bien todas estas historias. Porque no se os enseñaron todas juntas desde el principio, sino que las recibisteis poco a poco: una cosa de vuestros padres, otra de los abuelos, otra de vuestro coetáneos. Os habéis reunido, dijo San Pablo, porque así como conocemos todos los demás dioses, ahora mostramos el último de ellos y os lo damos a conocer. Así que se une a los anteriores uno distinto, que es el verdadero Dios y es desconocido. Es desconocido por vosotros, y por esto se oculta y no cuidáis de Él, ni recibe culto. ¿Qué hacer entonces? Para solucionar el asunto pusieron un altar y grabaron las palabras: “al dios desconocido”. Con esta inscripción querían

decir que si hay otro dios, que nunca conocimos, queremos de todos modos venerarle. Mira ¡qué gran superstición! Por esto los atenienses habían grabado: “al dios desconocido”. Pero San Pablo interpreta el epígrafe de otro modo: aquellos se referían a “otros dioses” en general; San Pablo, en cambio, lo aplica a Cristo, empleando el sentido a favor suyo. Y, reafirmando su doctrina, añadió: “Al que vosotros veneráis sin conocerle, a ese yo le anuncio ante vosotros”; efecto, el dios “desconocido” no es sino Cristo (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Cadena sobre los Hechos de los Apóstoles*, 17,23).

Si aquí hablara del cuerpo, se podría también entender de este mundo visible, pues en Él, según el cuerpo, vivimos, nos movemos y somos. Pero es del alma, creada a su imagen, de la que conviene entender estas palabras de un modo más sublime, no visible, sino espiritual. ¿Qué no hay en El, de quien divinamente está escrito: “Porque de Él, por Él y en él son todas las cosas”? Luego si en Él está todo, ¿en quién puede vivir lo que vive y moverse lo que tiene movimiento, sino en quien son? Sin embargo, no todos están con Él en el sentido del salmo: “Yo siempre estaré contigo”. Ni Dios está con todos al modo que decimos: “El Señor esté con vosotros”. ¡Gran miseria la del hombre no estar con aquel sin el cual no puede existir! Y si está en Él, ciertamente no está sin Él. Si no lo recuerda, ni lo conoce, ni lo ama, no está con Él (SAN AGUSTÍN, *Sobre la Santísima Trinidad*, 14,12).

San Pablo y Bernabé se sienten empujados por el Espíritu hacia los paganos (cf. Hch 13 46-48), lo cual no sucede sin tensiones y problemas. ¿Cómo deben vivir su fe en Jesús los gentiles convertidos? ¿Están ellos vinculados a las tradiciones judías y a la ley de la circuncisión? En el primer Concilio, que reúne en Jerusalén a miembros de diversas Iglesias alrededor de los Apóstoles, se toma una decisión reconocida como proveniente del Espíritu: para hacerse cristiano no es necesario que un gentil se someta a la ley judía (cf. Hch 15, 5-11.28). Desde aquel momento la Iglesia abre sus puertas y se convierte en la casa donde todos pueden entrar y sentirse a gusto, conservando la propia cultura y las propias tradiciones, siempre que no estén en contraste con el Evangelio.

Los misioneros han procedido según esta línea, teniendo muy presentes las expectativas y esperanzas) las angustias y sufrimientos la cultura de la gente para anunciar la salvación en Cristo. Los discursos de Listra y Atenas (cf. Hch 14, 11-17; 17, 22-31) son considerados como modelos para la evangelización de los paganos. En ellos San Pablo « entra en diálogo » con los valores culturales y religiosos de los diversos pueblos. A los habitantes de Licaonia, que practicaban una religión de tipo cósmico, les recuerda experiencias religiosas que se refieren al cosmos; con los griegos discute sobre filosofía y cita a sus poetas (cf. Hch 17, 18.26-28). El Dios al que quiere revelar está ya presente en su vida; es él, en efecto, quien los ha creado y el que dirige misteriosamente los pueblos y la historia. Sin embargo, para reconocer al Dios verdadero, es necesario que abandonen los falsos dioses que ellos mismos han fabricado y abrirse a aquel a quien Dios ha enviado para colmar su ignorancia y satisfacer la espera de sus corazones (cf. Hch 17, 27-30). Son discursos que ofrecen un ejemplo de inculturación del Evangelio.

Bajo la acción del Espíritu, la fe cristiana se abre decisivamente a las a gentes » y el testimonio de Cristo se extiende a los centros más importantes del Mediterráneo oriental para llegar posteriormente a Roma y al extremo occidente. Es el Espíritu quien impulsa a ir cada vez mas lejos, no sólo en sentido geográfico, sino también más allá de las barreras étnicas y religiosas, para una misión verdaderamente universal (JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, 24-25).

El respeto de la dignidad personal, que comporta la defensa y promoción de los derechos humanos, exige el reconocimiento de la dimensión religiosa del hombre. No es ésta una exigencia simplemente «confesional», sino más bien una exigencia que encuentra su raíz inextirpable en la realidad misma del hombre. En efecto, la relación con Dios es elemento constitutivo del mismo «ser» y «existir» del hombre: es en Dios donde nosotros «vivimos, nos movemos y existimos» (Hch 17, 28). Si no todos creen en esa verdad, los que están convencidos de ella tienen el derecho a ser respetados en la fe y en la elección de vida, individual o comunitaria, que de ella derivan. Esto es el *derecho a la libertad de conciencia y a la libertad religiosa*, cuyo reconocimiento efectivo está entre los bienes más altos y los deberes más graves de todo pueblo que verdaderamente quiera asegurar el bien de la persona y de la sociedad. «La libertad religiosa, exigencia insuprimible de la dignidad de todo

hombre, es piedra angular del edificio de los derechos humanos y, por tanto, es un factor insustituible del bien de la persona y de toda la sociedad, así como de la propia realización de cada uno. De ello resulta que la libertad, de los individuos y de las comunidades, de profesar y practicar la propia religión es un elemento esencial de la pacífica convivencia de los hombres (...). El derecho civil y social a la libertad religiosa, en cuanto alcanza la esfera más íntima del espíritu, se revela punto de referencia y, en cierto modo, se convierte en medida de los otros derechos fundamentales» (JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 39).

Remarquemos que la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado. Muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana. Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”. Juan San Pablo II nos invitó a reconocer que “es necesario mantener viva la solicitud por el anuncio” a los que están alejados de Cristo, “porque ésta es la tarea primordial de la Iglesia”. La actividad misionera “representa aún hoy día el mayor desafío para la Iglesia” y “la causa misionera debe ser la primera”. ¿Qué sucedería si nos tomáramos realmente en serio esas palabras? Simplemente reconoceríamos que la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia (PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 14-15).

12.4 Preguntas para el diálogo en grupo (laicos)

¿Vivo una humanidad que se deja provocar por la realidad, que es consciente de las preguntas radicales que llevamos en el corazón y las expreso con libertad delante de todos? O sea, ¿vivo la dimensión religiosa de mi ser en cualquier circunstancia o lugar de mi vida?

A semejanza de San Pablo, ¿sabemos identificar el punto positivo de la situación que puede facilitar la acogida del anuncio cristiano?

¿Pedimos a Cristo tener un corazón como el suyo, sensible a las necesidades de los hombres?

Nuestros diálogos con las personas que encontramos en el trabajo o en la calle, ¿se centran en las cuestiones morales o en el acontecimiento único del Dios hecho hombre para salvarnos a todos?

12.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

No pocas veces, la lejanía o extrañeza que percibimos en nuestra relación con Cristo viene de nuestra humanidad adormecida, distraída. Dado que Cristo es respuesta a lo que yo soy, a mi humanidad, es necesario que viva consciente de mis propias necesidades y deseos profundos del corazón. Si no, corremos el peligro de reducir a Cristo a un mero nombre, a un recuerdo del pasado. ¿Soy consciente de mi necesidad radical, de mi deseo de infinito, de la nostalgia de Su Presencia o intento satisfacerlo con las migajas que el mundo me ofrece?

En la misión, no basta la repetición ortodoxa del mensaje cristiano ni la utilización inteligente de técnicas de comunicación. El anuncio coincide con el testigo. ¿Vivo en primera persona la dependencia religiosa y la alegría del encuentro con Jesús?

Nuestros diálogos con las personas que encontramos en el trabajo o en la calle, ¿se centran en las cuestiones morales o en el acontecimiento único del Dios hecho hombre para salvarnos a todos?

13. Pablo y los dirigentes de la comunidad

13.1 *El pasaje de la Escritura*

¹⁷Desde Mileto, envió recado a Éfeso para que vinieran los presbíteros de la Iglesia. ¹⁸Cuando se presentaron, les dijo: «Vosotros habéis comprobado cómo he procedido con vosotros todo el tiempo que he estado aquí, desde el primer día que

puse el pie en Asia, ¹⁹sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y en medio de las pruebas que me sobrevinieron por las maquinaciones de los judíos; ²⁰cómo no he omitido por miedo nada de cuanto os pudiera aprovechar, predicando y enseñando en público y en privado, ²¹dando solemne testimonio tanto a judíos como a griegos, para que se convirtieran a Dios y creyeran en nuestro Señor Jesús. ²²Y ahora, mirad, me dirijo a Jerusalén, encadenado por el Espíritu. No sé lo que me pasará allí, ²³salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones. ²⁴Pero a mi no me importa la vida, sino completar mi carrera y consumir el misterio que recibí del Señor Jesús: ser testigo del Evangelio de la gracia de Dios. ²⁵Y ahora, mirad: sé que ninguno de vosotros, entre quienes he pasado predicando el reino, volverá a ver mi rostro. ²⁶Por eso testifico en el día de hoy que estoy limpio de la sangre de todos: ²⁷pues no tuve miedo de anunciaros enteramente el plan de Dios. ²⁸Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo. ²⁹Yo sé que cuando os deje, se meterán entre vosotros lobos feroces, que no tendrán piedad del rebaño. ³⁰Incluso de entre vosotros mismos surgirán algunos que hablarán cosas perversas para arrastrar a los discípulos en pos de sí. ³¹Por eso, estad alerta: acordaos que durante tres años, de día y de noche, no he cesado de aconsejar con lágrimas en los ojos a cada uno en particular. ³²Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, que tiene poder para construeros y haceros partícipes de la herencia con todos los santificados. ³³De ninguno he codiciado dinero, oro ni ropa. ³⁴Bien sabéis que estas manos han bastado para cubrir mis necesidades y las de los que están conmigo. ³⁵Siempre os he enseñado que es trabajando como se debe socorrer a los necesitados, recordando las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Hay más dicha en dar que en recibir”». ³⁶Cuando terminó de hablar, se puso de rodillas y oró con todos ellos. ³⁷Entonces todos comenzaron a llorar y, echándose al cuello de Pablo, lo besaban; ³⁸lo que más pena les daba de lo que había dicho era que no volverían a ver su rostro. Y lo acompañaron hasta la nave (Hechos 20, 17-38).

13.2 *La lectio divina del pasaje*

El encuentro con los responsables de la Iglesia de Éfeso da pie a Lucas para poner en boca de Pablo un tercer discurso. Después de la alocución a los judíos (Hech 13) y la dirigida a los paganos (Hech 17) el Apóstol habla a los pastores de la comunidad

eclesial en la forma de una solemne despedida. Podríamos denominar este capítulo (Hech 20) como «el testamento espiritual paulino». De ahí, su importancia y la conveniencia de conocer sus «líneas fuerza» para profundizar en la concepción que Pablo tiene sobre el ministerio/servicio y las consecuencias de esta tarea misionera.

Las grandes claves responderían al *cómo*, al *donde*, al *para qué* y *para quienes*. La respuesta al modo de cómo desempeñar el servicio misionero sería triple: con una humildad sazónada de valor en medio de las pruebas (v. 19), con una integridad sin omisiones (v. 20) y con desinterés por lo material (v. 34). El único objetivo del enviado, del apóstol, es predicar la voluntad de Dios (v. 27). Y, ello, en medio de tribulaciones para el misionero (v. 23) y «lobos feroces» o malos predicadores para el rebaño (v. 29s). Con una doble finalidad: para el apóstol, dar testimonio del Evangelio (v. 24), anunciando el Reino de Dios y su designio (vv. 25. 27) llevando la carrera a buen término desempeñando el ministerio recibido de Jesús (v. 24); para los demás, el crecimiento en la fe y la participación en la herencia (v. 32). Con una certeza: el destino está en manos del Espíritu (v. 22), que con su fuerza sostiene la misión (v. 23) y suscita pastores para el cuidado de la Iglesia de Dios (v. 28). Por último, para vivir de la Palabra de gracia (v. 32), Pablo ofrece dos consejos «apostólicos»: la vigilancia y el recuerdo de la manera como la misión se ha desarrollado (v. 31).

Los temas más importantes de este tercer discurso, donde se nos presenta la grandeza del corazón de Pablo (el Señor Jesús, la Iglesia y sus pastores) se insertan en este esquema: evocación de su trienio de apostolado en Éfeso (vv. 18-21); anuncio de su separación (vv. 22-27); y, exhortación a la vigilancia misionera (vv. 28-35).

En todo el cuerpo de este tercer discurso aparece cuatro veces la confesión del señorío de Jesús: a quien se sirve es al Señor (v. 18); lo que se insta, tanto a judíos como a griegos, es a creer en «nuestro Señor» (v. 21); todo por el encargo dado por el Señor Jesús (v. 24); y, lo que retenemos en nuestra memoria son las palabras del Señor Jesús (v. 35). Todo esto se resumirá en la naciente Iglesia con la profesión de fe: Jesús es el Señor.

Los pastores convocados a Éfeso son denominados primero como «presbíteros» (v. 17) y luego como «obispos» (v. 28). Estos ministros de la comunidad lo son por el Espíritu para el servicio de la comunidad (v. 28). Un ministerio que consiste en «apacentar» y cuya referencia, en su ser y actuar, es el mismo Cristo como Pastor.

Este servicio aparece en boca de Cristo referido, de manera especial, a Pedro (cf. Jn 21, 16).

La Iglesia a la que se dedica este ministerio de cuidado pastoral es propiedad del Señor Jesús, adquirida por el derramamiento de su propia sangre (cf. 1 Cor 1, 2; 10, 32; 11, 16.222; 15, 9; 2 Cor 1,1; Gal 1, 13; 1 Tes 2, 14. También: Mt 26, 28; Ef 1, 7; 1 Pe 1, 19; 1 Tim 2, 13s). La Iglesia es algo tan precioso que ha costado sangre divina (v. 28). En la mente de Pablo es algo tan central que no puede dejar de mencionarlo en estas palabras de despedida con sus colaboradores. Consecuentemente, esto exige una gran responsabilidad en los que han de ser puestos al frente (presidir): obispos o presbíteros. Al pastor se le exige –tanto para él mismo como para el resto del rebaño- vigilancia (*noche y día*) y pasión (*con lágrimas*). Ahora bien, el cuidado por el propio ministerio (v. 28) es básico para asentar la pastoral de los hermanos. Ésta supone primero un crecimiento en la fe (v. 32) que sin la constante relación con Dios sería imposible. Dentro del trato con Dios está la sumisión a la Palabra de gracia: el mismo Señor se nos comunica por su Palabra, custodiada y celebrada en la Iglesia con sus sacramentos. Pablo no confía esta Palabra a los ministros de la Iglesia sino al contrario: confía a los pastores a la Palabra para que caminen bajo su escucha y magisterio. Es la compañera de camino para su ministerio.

En esta comunidad no faltarán dificultades de todo tipo. Con la expresión «lobos feroces» (v. 29) y «hombres perversos» (v. 30) podría aludirse a las corrientes judaizantes o gnósticas de la primera hora. Para superar las dificultades es preciso una entrega desinteresada. La referencia a la «herencia reservada a los consagrados» da pie a Pablo para exponer su doctrina sobre la remuneración: les pide que del interés por la misión y la heredad eterna pasen al desinterés, en su ministerio, por las herencias económicas. El apóstol se pone, una vez más, como marco de referencia: *a nadie he pedido plata, oro o vestidos... he ganado lo necesario con el trabajo de mis manos... os he dado ejemplo* (vv. 33ss). Un ejemplo que pasa por ganarse la manutención personal y la de sus colaboradores en la misión aun a sabiendas del derecho que tiene el trabajador por el Evangelio (cf. Hech 18, 5; 1 Cor 9, 3-15; Flp 4, 10-20). Este desprendimiento es motivo de alegría (v. 35). Un antiguo proverbio, originario de Persia y repetido por los griegos, resume la enseñanza de Jesús sobre la entrega del dinero (cf. Lc 6, 38; 10, 30-37).

El pasaje concluye con un gesto litúrgico: la oración de rodillas (v. 36; cf. Ef 3, 14; Dn 6, 11). La Iglesia, consciente de la alteza de su misión y debilidad, no deja de orar cada día. En esa oración, universal e intercesora, abraza a toda la humanidad que ha sido creada para que encuentre en su seno la unidad y, también, la comunión con Dios. De hecho, Pablo pone como ejemplo su propia misión dando testimonio lo mismo a griegos que a judíos (v. 21; cf. Rom 1, 16; 10, 12; 1 Cor 1, 24; 10, 32; Gal 3, 28). Y, para todos el mismo «Evangelio», la Buena Noticia (v. 24; Rom 1, 1; 15, 16; 2 Cor 11, 7) que es la gracia de Dios (v. 24; cf. Rom 5, 2.15; 1 Cor 1, 4; 3, 10). Esta Iglesia ve en Pablo al pastor y misionero ideal cuyos surcos han de seguir los futuros ministros de la comunidad predicando la voluntad de Dios (v. 27), sin miedo a enfrentarse ni al futuro ni a las persecuciones que aguardan (cf. Hech 21, 4. 11).

13.3 *Así lo leyeron*

«Cuidad de vosotros y de toda la grey, en la que el Espíritu Santo os puso como obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que Él adquirió con su sangre». ¿Te das cuenta? Ordena dos cosas. Al corregir a otros no obtiene una ventaja para él solo – pues dice: «Temo que, después de haber predicado a otros, quede yo descalificado» –, y no se cuida únicamente de él solo. En verdad, quien se ama sólo a sí mismo y busca únicamente sus propias cosas es semejante al [siervo] que escondió el talento. Y [Pablo] dice estas cosas no porque le parezca más digna nuestra salvación que la del rebaño, sino porque, cuando nos cuidamos de nosotros mismos, también la grey saca provecho (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 44,2).

Así, pues, nosotros, por ejemplo, no debemos evangelizar para comer, sino comer para evangelizar; porque si evangelizamos para comer, manifestamos menor aprecio del Evangelio que del alimento, y de esta manera será nuestro bien el comer, y nuestra necesidad el Evangelio. Lo cual también reprueba el Apóstol cuando dice que él tenía positivamente derecho a usar del permiso concedido por el Señor a aquellos que anuncian el Evangelio para vivir del Evangelio; es decir, a proporcionarse del Evangelio las cosas que se necesitan para la vida: pero que él, sin embargo, no hacía uso de esa potestad (SAN AGUSTÍN, *Comentario al Sermón de la Montaña*, 2, 16, 54).

Ciertamente, había dicho que los presbíteros de Éfeso habían sido llamados a Mileto y a quienes él llama ahora obispos, es decir, inspectores. Una misma ciudad no podía tener varios obispos, sino que bajo el nombre de obispos se refiere a los mismos presbíteros, como verdaderos sacerdotes, pues el grado [ministerial] estuvo unido y para muchos era casi idéntico (SAN BEDA, *Comentario a los Hechos de los Apóstoles*, 20, 28).

¿Queremos jóvenes coherentes? ¡Seamos nosotros coherentes! De lo contrario, el Señor nos dirá lo que decía de los fariseos al pueblo de Dios: «Haced lo que digan,

pero no lo que hacen». Coherencia y autenticidad. Pero también vosotros, por vuestra parte, tratad de seguir este camino. Digo siempre lo que afirmaba san Francisco de Asís: Cristo nos ha enviado a anunciar el Evangelio también con la palabra. La frase es así: «Anunciad el Evangelio siempre. Y, si fuera necesario, con las palabras». ¿Qué quiere decir esto? Anunciar el Evangelio con la autenticidad de vida, con la coherencia de vida. Pero en este mundo en el que las riquezas hacen tanto mal, es necesario que nosotros, sacerdotes, religiosas, todos nosotros, seamos coherentes con nuestra pobreza. Pero cuando te das cuenta de que el interés prioritario de una institución educativa o parroquial, o cualquier otra, es el dinero, esto no hace bien. ¡Esto no hace bien! Es una incoherencia. Debemos ser coherentes, auténticos. Por este camino hacemos lo que dice san Francisco: predicamos el Evangelio con el ejemplo, después con las palabras. Pero, antes que nada, es en nuestra vida donde los otros deben leer el Evangelio. También aquí sin temor, con nuestros defectos que tratamos de corregir, con nuestros límites que el Señor conoce, pero también con nuestra generosidad al dejar que él actúe en nosotros. Los defectos, los límites y —añado algo más— los pecados... (PAPA FRANCISCO, *Encuentro de jóvenes con vocación*, 6-VII-2013).

13.4 Preguntas para el diálogo en grupo (laicos)

Lo importante –enseña el Apóstol- es «llevar a buen término la carrera» porque la evangelización es urgente e importante. ¿Es importante también para nosotros?

Humildad, valor y desinterés son los conceptos que emergen de la manera de ejercer el ministerio en Pablo. ¿Estas tres virtudes caracterizan nuestra acción evangelizadora?

Rezamos al Padre cada día: *Hágase tu voluntad*. ¿Buscamos en todo conocer la voluntad de Dios y llevarla a cabo?

13.5 Preguntas para el diálogo en grupo (sacerdotes)

El Espíritu nos ha constituido pastores para apacentar la Iglesia de Dios (cf. Hech 20, 28). En nuestras comunidades ¿los cristianos nos ven así? ¿qué visión ofrecemos ante el mundo?

Vemos a Pablo predicando la voluntad de Dios (cf. Hech 20, 27). En temas espinosos, concretos, actuales ¿se anuncian conceptos vagos o la voluntad de Dios? ¿De qué tipo es nuestra predicación?

Pablo presenta a los ministros como pastores de la «Iglesia de Dios» sin limitar su servicio a la comunidad local. ¿Tenemos conciencia de disponibilidad para la misión tanto diocesana como universal? ¿Estamos dispuestos a destinos cualesquiera o hay aún «carrerismo» entre nosotros?

En nuestro ministerio, ¿estamos convencidos de que nuestro futuro está en manos del Espíritu o lo labramos nosotros mismos? (cf. Hech 20, 22).

14. El naufragio de Pablo: todo es ocasión para la misión

14.1 El pasaje de la Escritura

¹Cuando se decidió que emprendiésemos la navegación rumbo a Italia, Pablo y algunos otros presos fueron confiados a un centurión de la cohorte Augusta, que se llamaba Julio (...) ⁹Transcurrido bastante tiempo, como la navegación se hacía peligrosa, pues había pasado ya el Ayuno, Pablo les advirtió: ¹⁰-Veo, amigos, que la navegación va a traer peligros y serios daños no sólo para la carga y la nave, sino también para nuestras vidas. ¹¹Pero el centurión hizo más caso al piloto y al patrón que a las palabras de Pablo. (...) ¹⁴No mucho tiempo después se desató un viento huracanado llamado Euroaquilón. ¹⁵Arrastrada la nave e incapaz de resistir el viento, quedó al capricho de las olas, y comenzamos a ir a la deriva. ¹⁶Navegamos a sotavento de una pequeña isla que se llamaba Cauda y a duras penas conseguimos hacernos con el esquife. ¹⁷Después de izarlo, usaron los cables de refuerzo para ceñir el casco de la nave por debajo. Y por miedo a chocar contra la Sirte plegaron las velas y se dejaron ir a la deriva. ¹⁸Como el temporal nos sacudía violentamente, al día siguiente aligeraron la nave, ¹⁹y al tercer día, con sus propias manos, arrojaron los aparejos al mar. ²⁰Durante varios días no aparecieron el sol ni las estrellas, y dado que nos venía encima una tempestad no pequeña, habíamos perdido ya toda esperanza de salvarnos.

²¹Llevábamos largo tiempo sin comer, y entonces Pablo se alzó en medio de ellos y dijo: — Mejor hubiera sido, amigos, escucharme y no habernos hecho a la mar desde Creta, porque habríamos evitado estos peligros y estos daños. ²²Pero ahora os invito a tener buen ánimo, porque ninguno de vosotros morirá; sólo se perderá la nave. ²³Esta noche se me ha aparecido un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo, ²⁴y me ha dicho: «No temas, Pablo; tienes que comparecer ante el César, y Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo». ²⁵Por lo tanto, amigos, tened ánimo. Confío en Dios que ocurrirá tal como se me ha dicho. ²⁶Vamos a dar con alguna isla. (...) ³³Mientras amanecía, Pablo invitó a todos a tomar alimento: — Lleváis hoy catorce días llenos de tensión y en ayunas sin haber comido nada; ³⁴por eso, os animo a que toméis alimento, pues es necesario para que os salvéis; porque ninguno de vosotros perderá ni un solo cabello de la cabeza. ³⁵Dicho esto, tomó pan, dio gracias a Dios delante de todos, lo partió y empezó a comer. ³⁶Todos los demás se animaron y tomaron también alimento. ³⁷Estábamos en la nave un total de doscientas setenta y seis personas. ³⁸Después de haber comido hasta quedar satisfechos, aligeraron la nave arrojando el trigo al mar. ³⁹Cuando se hizo de día (...) divisaron una ensenada con su playa (Hch 27,1.9-11.14-26.33-39).

14.2 *La lectio divina del pasaje*

Estamos delante de uno de esos pasajes de la Escritura que bien podrían llevar, a más de uno, a preguntarse, ¿qué hace un texto como éste en un libro religioso como la Biblia? Y es que en este larguísimo capítulo tenemos la descripción de las peripecias de un viaje en barco desde las costas de Asia Menor hasta Italia. Si se lee el pasaje entero (que aquí hemos ofrecido abreviado) vemos cómo, con todo género de detalles, se nos describen los preparativos, las diferentes escalas, el tipo de navegación, las conversaciones con el capitán, los fenómenos atmosféricos, los aparejos de marinería, un motín a bordo y un naufragio. Hasta nos obliga a acudir a un diccionario para verificar el significado de términos que sólo los introducidos en el arte de la navegación conocen (“Navegamos a *sotavento* de una pequeña isla ... y a duras penas conseguimos hacernos con el *esquife*. Después de izarlo, usaron los cables de refuerzo para ceñir el casco de la nave por debajo”). En resumen, se nos cuentan cosas que uno no esperaría encontrar en un libro “religioso”.

Es precisamente ese término, “religioso”, el que ha sufrido un cambio radical con la entrada en el mundo de Jesucristo, el Hijo de Dios. Con Jesús se ha producido un

“cambio de método religioso”. Mientras el rostro de Dios permanecía oculto, la búsqueda religiosa se concentraba en el esfuerzo de imaginación, de reflexión, de comunicación a través de sacrificios, de oración en ciertos lugares. Lo religioso estaba ligado a lo sagrado (ciertos momentos, ciertos lugares, ciertas personas, ciertos objetos) y separado de lo profano. Como decía Filón, un escritor del primer siglo d.C., “no es lícito que comparta un mismo habitáculo lo mortal con lo inmortal”.

Pero detengámonos un instante a pensar, ¿cómo encontraron a Dios los discípulos? ¿Cómo entraron en contacto con lo divino o lo inmortal Zaqueo el publicano o la Samaritana? Se encontraron a un hombre por la calle. En las circunstancias más banales: trabajando en la orilla del mar, recogiendo impuestos, en una manifestación callejera o yendo a sacar agua a un pozo. Desde que Dios mostró su rostro en Jesucristo, el método religioso cambió: ahora se trataba de seguir a aquel hombre, de estar con él, de convertirse a él. En esta nueva modalidad ya no se privilegia a los que son capaces de un esfuerzo imaginativo o de devoción, o a los que tienen tiempo para cumplir unos ritos. Son privilegiados los sencillos, los que estando necesitados se pegaron a aquel hombre que les miraba (no había otra condición): pastores, pescadores, publicanos, prostitutas.

Lo que acabamos de describir es la dinámica de la Encarnación. Se trata de una dinámica que continúa en el tiempo, gracias a la presencia del Espíritu de Cristo resucitado en medio de nosotros. ¡Sería terrible pensar que durante un pequeño periodo de tiempo, mientras que Jesús estuvo en la tierra, la relación con Dios pasaba por la relación con un hombre pero ahora volvemos al viejo método religioso: esfuerzo de imaginación, de reflexión, y de comunicación a través de ritos y de oración en ciertos lugares! El pasaje que nos ocupa, situado ya en el tiempo de la Iglesia, es decir, en el nuestro, muestra que la dinámica de la Encarnación continúa en el tiempo.

Si primero fueron los discípulos los que se encontraron con Jesús junto a la orilla de un lago, y más tarde Pablo camino de Damasco, ahora es la tripulación de un barco, en un viaje de rutina, la que intercepta en el tiempo al misterio de Dios. En la vida cotidiana. Un centurión que debe acompañar a un preso (Pablo) en el viaje de Asia Menor a Roma, un capitán de navío en lo que debía ser una travesía más, los marineros desempeñando su trabajo habitual, los otros presos sumidos en su desgracia: todos ellos se “toparon” con el nuevo rostro de Dios en sus circunstancias cotidianas.

Todos ellos tuvieron que afrontar una circunstancia común: una tempestad que fue creciendo y que parecía abocarles al naufragio. En una situación como ésta salen a la luz los límites de cada uno, lo que “da de sí” la vida y la corta esperanza de los hombres. Cunde el pánico. Se produce una especie de motín a bordo porque la marinería quería abandonar la nave. Los soldados, en medio de la confusión, quieren acabar con los presos para evitar que escapen a nado. No hay espacio para la confianza, para el afecto y la ayuda mutua. De hecho no se puede improvisar lo que no se tiene. Sálvese quien pueda.

En medio de esta circunstancia sucede algo extraordinario: Pablo se levanta y con una tranquilidad pasmosa llama a la confianza. Pone delante de todos el gran factor de la historia: el Dios que se ha revelado en Cristo, dominador de la tempestad y del destino de los hombres. Pablo es un instrumento elegido y Dios lo quiere preservar para dar testimonio ante el Emperador, por eso todos se salvarán. La tranquilidad de Pablo no es fingida, ni es producto de una “técnica para la misión”: en medio de una tempestad se manifiesta dónde está la consistencia de cada uno. Y el apóstol de los gentiles dice “pertenecer” a Dios, que es el origen de su paz, de su confianza. Signo de ello es que parte el pan en medio de ellos (el gran gesto cristiano de comunión) y les ofrece sentarse a comer con él. Les transmite la gran novedad que el Hijo de Dios ha traído a la historia: “ninguno de vosotros perderá ni un solo cabello de la cabeza”, que es como si dijera, “vuestra vida es amada, tiene un valor infinito, nada se perderá; por vosotros ha dado la vida Cristo”.

Si ya es asombroso encontrar un hombre así en medio de una circunstancia que hacía enloquecer a todos, la prueba definitiva de que han topado con lo divino es la del cumplimiento en la realidad de lo que anunciaba el apóstol: en efecto, al día siguiente divisan tierra y tras algunas peripecias se salvan. Este es el gran criterio que toda la tradición de los profetas de Israel ha transmitido para distinguir un profeta verdadero de uno falso: que lo que anuncie se cumpla (cf. Dt 18,21-22).

¡Con cuánta frecuencia nosotros desechamos de antemano las circunstancias de nuestra vida en las que pensamos que el Señor no puede entrar! En algunos casos porque son circunstancias demasiado banales; en otros casos porque nos parece imposible un cambio. Pensemos en aquellas situaciones que parecen “de paso”, como un viaje, una enfermedad en casa o en el hospital, una hora de clase o de espera en la cola de una oficina, una reunión de vecinos... De entrada pensamos que son situaciones de “transito”, de “relleno”, a la espera de aquellos momentos en los que

puedo relacionarme con Dios: en la oración, en la parroquia, con ciertos amigos, en mi grupo... Afortunadamente Cristo es Señor también del tiempo y puede entrar en la historia en cualquier momento y aprovechando cualquier circunstancias, en la cotidianidad de la existencia. De nuestra parte no se necesita más que la disponibilidad para acoger su Presencia, como hizo Pablo, atento a lo que el Señor podía hacer incluso en un momento de aparente “transición” como el viaje que le trasladaba de Asia a Roma para ser juzgado.

Pero nuestro escepticismo se pone de manifiesto especialmente en aquellas circunstancias demasiado “duras” en las que pensamos que es imposible que el Señor pueda actuar. En realidad no podemos ni imaginar que la situación que nos pesa pueda cambiar, pueda nacer algo “útil” de ella. No nos diferenciamos mucho del apóstol Tomás que consideraba imposible ver a un muerto resucitado, o de los marineros que acompañaban a Pablo en su viaje, que había perdido toda esperanza de salvarse de la tempestad. Pero a nuestras espaldas tenemos el gran acontecimiento que ha cambiado la historia: la piedra del sepulcro ha sido levantada. Lo que era imposible ha sucedido. Lo mismo puede suceder con ese problema afectivo que me paraliza, con esa situación familiar complicada, con esa enfermedad que me “come” la moral, con esos defectos que me humillan... Es precisamente en esos “imposibles” donde el Señor muestra su poder, donde puede crecer nuestra certeza de que Él está presente.

El apóstol Pablo no tenía un carácter o una energía “especial” que lo hacía diferente a nosotros. Simplemente partía de la certeza, aquilatada en el tiempo, de que el Señor estaba presente y actuaba en la historia. Y es esa certeza la que transmite al centurión, al capitán de la nave y a los marineros. El resto lo hace el Señor, con la energía que posee para sometérselo todo, incluidos los fenómenos atmosféricos. Esa es la certeza de Pablo: que el Señor actúa. ¿En qué otro lugar podemos poner nosotros nuestra confianza? ¿En nuestras fuerzas? ¡Sería ridículo!

Llama la atención ese gesto tan común entre los primeros cristianos, que aparece en otras ocasiones en el libro de Hechos e incluso en los evangelios (cf. Lc 24 y Jn 21): el partir el pan. Se trata de una acción que parece normal en un gesto común de compartir la comida con los amigos. Esconde, sin embargo, toda una significación eucarística. Es Cristo el que se ha “partido” por nosotros, dándonos a comer su cuerpo. Durante el viaje, Pablo realiza este gesto de “memoria”: invita a todos a comer dando gracias a Dios y “partiendo el pan”. La salvación en la que él creía, y

cuya certeza comunicaba a todos con aquel gesto de compartir la comida, venía de Cristo, el que había dado la vida por todos. Así también para nosotros la Eucaristía es el lugar donde Cristo nos fortalece con su cuerpo y con su sangre para que lleguemos a ser una sola cosa con él y entre nosotros. De modo que podamos decir, en cada uno de nuestros gestos del día: “con nuestras manos pero con su fuerza”.

14.3 *Así lo leyeron*

«Dios te ha concedido la vida de todos». Luego es falso lo que dice Homero: «Del hado, ningún hombre ha escapado, ni malo ni bueno, aunque haya sido noble». Esto quiere decir lo siguiente. Es imposible escapar a la fatalidad de la muerte, ya que en el mismo nacimiento se determina la muerte del hombre, Ved, en efecto que, si no es por Pablo, todos los que estaban en la nave hubieran perecido, sólo que Dios les hizo ese regalo, porque apreciaba a Pablo. Además, si lo determinado era que perecieran todos, también Pablo hubiera indudablemente muerto en el mar, pues permaneció en el barco sin comer catorce días y después naufragó. Dice, en efecto, el engañoso verso: «Ni malo ni bueno» porque, realmente, al precipitarse en un mismo accidente que conllevaba una muerte segura, habían de morir todos, los buenos y los malos. La Escritura, sin embargo, dijo lo contrario: que el justo se salvaría de un evidente peligro mortal, aunque en el mismo perecieran todos. Y es que el designio de Dios era éste: que Pablo muriera en Roma. Ciertamente Dios podía arrebatarlo de Jerusalén mediante un ángel y plantarlo en Roma, igual que arrebató a Habacuc de Judea y lo depositó junto al foso de Daniel, en Babilonia. Pero no lo hizo, y así demostró que también era una acción milagrosa el salvar de un peligro inesperado a Pablo y a los que estaban con él. Y le hizo don de estas vidas a Pablo, por su tierna bondad y su amor a los hermanos (AMMONIO, *Cadena sobre los Hechos de los Apóstoles*).

Date cuenta cómo el comportamiento de Pablo les enseña de igual manera que si estuvieran en una Iglesia, y también los preserva de en medio de los peligros. La Providencia permite que en un primer momento no se dé crédito a las palabras de Pablo, para que la experiencia de aquellos sucesos devuelva la confianza en sus palabras; como realmente sucedió (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 53, 2).

Si gracias a Pablo fueron salvados unos prisioneros, después que la nave fue sacudida y naufragó, piensa tú qué es tener a una persona santa en la propia casa; porque son también muchas las tempestades que se nos presentan, incluso mucho peores que aquellas, pero nosotros podemos estar a gusto con sólo obedecer a los santos como aquellos y si cumplimos lo que nos mandan. En efecto, no son únicamente salvados, sino que también ellos introducirán la fe. Aunque el santo esté prisionero, realizará obras mayores que los que estén en libertad. Fíjate también en lo que sucedió aquí. El que estaba en libertad, el centurión, tuvo necesidad del prisionero; el experto timonel necesitó del que no lo era, sobre todo del que era piloto en realidad. Ciertamente Pablo no gobernaba aquel casco de nave, sino toda la Iglesia, aprendiendo del que es Señor del mar, no con una ciencia humana, sino con una sabiduría espiritual. En esta nave de la Iglesia hay muchos naufragios, muchas olas, espíritus malignos, «por fuera, luchas; por dentro temores». Así pues, Pablo era realmente piloto (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías a los Hechos de los Apóstoles*, 53, 4).

14.4 Preguntas para el diálogo en grupo

Todo es ocasión para la misión. ¿Soy consciente de que el Señor puede elegir cualquier circunstancia de la vida cotidiana para manifestarse a mí y a través de mí? ¿Qué momentos aparentemente “banales” se han convertido en decisivos en tu vida por la intervención del Señor?

El viaje de Pablo fue ocasión de reconocer de nuevo la potencia de Cristo resucitado. ¿En qué circunstancias pienso que es imposible que el Señor pueda entrar? Al contrario, ¿podrías contar de algún momento de tu vida en el que el Señor te ha sorprendido entrando en una situación que tú pensabas irresoluble?

Pablo tomó pan, dio gracias a Dios, lo partió y empezó a comer, ofreciendo a todos. ¿Soy consciente de que la energía para moverme en la vida y para hacer crecer mi certeza me viene a través de la gracia sacramental? ¿Podrías describir cuál es el papel de los sacramentos en tu vida?

15. Pablo en Roma: la misión universal, a cristianos, judíos y paganos

15.1 *El pasaje de la Escritura*

¹¹Al cabo de tres meses, zarpamos en un barco que había invernado en la isla de Malta. Era de Alejandría y llevaba por mascarón los Dióscuros. ¹²Arribamos a Siracusa y nos detuvimos tres días; ¹³desde allí, costeando, llegamos a Regio. Al día siguiente, se levantó viento sur, y llegamos a Puteoli en dos días. ¹⁴Allí encontramos a algunos hermanos, los cuales nos rogaron que pasásemos siete días con ellos.

Y así llegamos a Roma. ¹⁵Los hermanos de Roma, que habían oído hablar de nuestras peripecias, salieron a recibirnos al Foro Apio y Tres Tabernas. Al verlos, Pablo dio gracias a Dios y se sintió animado. ¹⁶Una vez en Roma, le permitieron a Pablo vivir por su cuenta en una casa, con el soldado que lo vigilaba. ¹⁷Tres días después, convocó a los judíos principales y, cuando se reunieron, les dijo: “Yo, hermanos, sin haber hecho nada contra el pueblo ni contra las tradiciones de nuestros padres, fui entregado en Jerusalén como prisionero en manos de los romanos.

¹⁸Me interrogaron y querían ponerme en libertad, porque no encontraban nada que mereciera la muerte; ¹⁹pero, como los judíos se oponían, me vi obligado a apelar al César; aunque no es que tenga intención de acusar a mi pueblo. ²⁰Por este motivo, pues, os he llamado para veros y hablar con vosotros; pues por causa de la esperanza de Israel llevo encima estas cadenas”. ²¹Ellos le respondieron: “Nosotros no hemos recibido de Judea carta sobre ti ni ninguno de los hermanos que ha venido de allí nos ha denunciado o hablado nada negativo sobre ti, ²²pero deseamos oír de tus propios labios lo que piensas, porque sabemos que a esta secta se la contradice en todas partes”. ²³Después de acordar con él un día, vinieron a verlo a su alojamiento en mayor número. A todos ellos les exponía el reino de Dios desde la mañana hasta la tarde, dando testimonio e intentando persuadirlos de lo relativo a Jesús apoyándose en la ley de Moisés y los profetas. ²⁴Unos aceptaban con fe lo que decía, pero otros permanecían incrédulos. ²⁵Se estaban marchando en total desacuerdo, cuando Pablo les dirigió esta sola palabra: “Con razón habló el Espíritu Santo a vuestros padres, por medio del profeta Isaías, diciendo: ²⁶Ve a este pueblo y dile: oiréis con el oído pero no entenderéis, miraréis con los ojos pero no veréis. ²⁷Porque se embotó el corazón de este pueblo, oyeron con oídos sordos y han cerrado sus ojos para no ver con los ojos ni oír con los oídos ni entender con el corazón y convertirse y que yo los

cure'. ²⁸Por ello, sabed todos vosotros que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles. Ellos sí la oirán”.

³⁰Permaneció allí un bienio completo en una casa alquilada, recibiendo a todos los que acudían a verlo, ³¹predicándoles el reino de Dios y enseñando lo que se refiere al Señor Jesucristo con toda libertad, sin estorbos (Hch 28,11-31).

15.2 *La lectio divina del pasaje*

El libro de los Hechos de los Apóstoles termina narrando la llegada de San Pablo a Roma y su arresto domiciliario durante dos años. Nada se nos dice del resultado del juicio ante el emperador. Después de esos años de prisión, según la tradición, el Apóstol habría recuperado su libertad y continuado su misión evangélica hasta el momento de su muerte, ocurrida pocos años después en Roma.

En su viaje desde Malta a Roma, tras los meses invernales, el autor de Hechos, que está acompañando a San Pablo en este viaje, destaca la acogida y ayuda que obtienen de los cristianos que habitan las diferentes ciudades romanas por las que pasan (Hch 28,11-15). A su llegada a Roma, sorprendentemente no vuelve a aludir a los cristianos. Toda la atención y preocupación de San Pablo está dirigida exclusivamente a la comunidad judía. A los pocos días de su llegada a la capital del imperio, el Apóstol convoca a los principales de la comunidad judía para explicarles el motivo de su prisión y asegurarles que no va a acusar al pueblo judío ante el tribunal del César (28,17-22). Este primer encuentro motiva otro más numeroso en el que San Pablo les da a conocer con mayor profundidad todo lo relacionado con el cristianismo (v.23-28). Resulta verdaderamente inconcebible que San Lucas no se detenga a describir el encuentro con la comunidad cristiana, sobre todo cuando sabemos por la carta paulina dirigida a los Romanos del gran interés del Apóstol de encontrarse con ella. Es tan llamativo este proceder del Apóstol que ha suscitado perplejidad en los estudiosos, como manifiestan estas palabras del exegeta católico J.A. Fitzmyer: “Sorprende grandemente que en la escena final de los Hechos San Pablo no tenga ningún contacto con los cristianos de Roma y que no cuente nada de su comparecencia ante el César, punto culminante hacia el cual se ha ido construyendo en un estudiado crescendo la historia lucana. Este capítulo final sólo trata de su testimonio a los judíos de Roma”.

El cristianismo había enraizado en Roma bastante antes de la llegada de San Pablo; incluso había crecido con fuerza, como testimonia en dicha carta a los Romanos. Alude en ella a su intención de visitarles con estas palabras: “Me he visto impedido muchas veces de ir hasta vosotros. Mas ahora, no teniendo ya campo de acción en estas regiones y teniendo desde hace muchos años grandes deseos de ir adonde vosotros...” (15,22s). O sea, el Apóstol presupone que la comunidad cristiana existía bastante antes de que él escribiera su carta. Es más, reconoce que se dirige a una comunidad conocida en todo el mundo (1,8; 16,19). Con otras palabras, la comunidad de Roma se trata de una comunidad sólidamente enraizada. Ahora bien, justamente por el hecho de haberles enviado la misiva y por su vivo deseo de visitarles desde hacía tiempo, uno esperaría alguna noticia más extensa y no una alusión de pasada en los versículos que describen su aproximación a Roma. Sin embargo, San Lucas no ofrece ninguna información al respecto; ni tan siquiera alude a ello. ¿Por qué esta ignorancia total de los cristianos? ¿Cuál es el origen de esta atención exclusiva a los judíos al final de Hechos?

Es muy probable que San Lucas haya querido subrayar la fidelidad de San Pablo al judaísmo, dado que en varias ocasiones ha sido acusado de ir contra la Ley de Moisés y el Templo (Hch 18,13; 21,21.28; 25,8.19). Utilizando otras palabras, vuelve a afirmar la fidelidad y pertenencia del Apóstol a su pueblo, al igual que hiciera ante Felix, a los pocos días su encarcelamiento en Jerusalén. Allí, en un discurso pronunciado por San Pablo, leemos: “Te confieso que según el Camino, que ellos llaman secta, de esta manera rindo culto al Dios de nuestros padres, creyendo todo cuanto es conforme a la ley y cuanto está escrito en los profetas; teniendo en Dios la esperanza, que también ellos mismos guardan, de que ha de haber resurrección tanto de justos como de injustos” (Hch 24,14-15). Al final de su escrito, una vez más, San Lucas afirma que San Pablo no pretende destruir o cambiar las tradiciones de los mayores, sino que, por el contrario, pertenece y ama a su pueblo. No obstante, aun siendo bien consciente de que la salvación viene de los judíos (cf. Jn 4,22), al reconocer que el cristianismo es el cumplimiento de las promesas antiguas (Rm 9,4-5; 15,8; 2Cor 1,20; Gál 3,16), el Apóstol propone con decisión la fe cristiana a sus hermanos de raza que habitan en Roma. Para el Apóstol no hay dos caminos diferentes: toda la historia de la salvación desarrollada a lo largo de los siglos en Israel culmina, se cumple en Cristo Jesús. En este sentido, es decisivo que en

nuestras comunidades eclesiales se transmita una concepción unitaria de la historia salvífica y se propicie la lectura del Antiguo Testamento, testimonio explícito del inicio y desarrollo histórico de la iniciativa de Dios en favor de la humanidad.

El relato de Hechos, concluye con unas palabras que dejan un sabor amargo en el lector. Después de haber intentado convencer a los judíos reunidos, utilizando los textos sagrados de la ley de Moisés y los profetas, de que Jesús era el enviado de Dios que cumplía las promesas antiguas, San Pablo cita la profecía de Is 6,9-10 dirigida contra aquellos que permanecían incrédulos; palabras que parecen expresar un rechazo o condena de esos increyentes. Es más, el Apóstol parece concluir que los judíos han perdido su oportunidad: “Sabed todos vosotros que esta salvación de Dios ha sido enviada a los gentiles. Ellos sí la oirán” (Hch 28,28). ¿Es correcta esta interpretación? ¿Los judíos han sido excluidos de la salvación alcanzada por Jesucristo? ¿Por qué cita San Pablo estas palabras de Isaías?

En realidad, durante todos los años de su actividad misionera el Apóstol ha manifestado un gran amor por su pueblo, al que siempre ha intentado comunicar el don precioso que él había recibido gratuitamente de camino a Damasco. Toda su vida la ha gastado y desgastado por hacer llegar tanto a judíos como a gentiles la insoldable riqueza que es Cristo. Por tanto, la cita de Isaías no puede expresar algo contrario a este gran deseo suyo. Esta cita profética aparece también en otros libros del NT (Mc 4,12; 8,17-18; Mt 13,14-15; Lc 8,10; Jn 12,39-40; Rm 11,8). Los autores sagrados se sirven de ella para explicar cómo es posible que aquellos a quienes ha sido enviado a Jesús lo rechacen. Pero al mismo tiempo esta profecía es un aldabonazo a sus conciencias, una llamada a su conversión, un intento de que acojan finalmente al Enviado. Por lo demás, no todos los judíos de Roma rechazan el anuncio de San Pablo (v.24). La cita de Isaías no puede tener la función de afirmar la exclusión del pueblo de Israel de la salvación de Cristo, sino una provocación a aquellos que rechazan o se oponen al mensaje evangélico. Como recuerda el documento titulado *El pueblo judío^[SEP] y sus Escrituras Sagradas^[SEP] en la Biblia cristiana*, hay que interpretar estas expresiones dentro de su contexto histórico. Afirma dicho documento: “En el Nuevo Testamento, los reproches dirigidos a los judíos no son más frecuentes ni más virulentos que las acusaciones expresadas contra ellos en la Ley y los Profetas. No deben pues servir más de base al

antijudaísmo. Utilizarlos con este fin va contra la orientación de conjunto del Nuevo Testamento. Un antijudaísmo verdadero, es decir una actitud de desprecio, de hostilidad y de persecución contra los judíos en tanto que judíos, no existe en ningún texto del Nuevo Testamento y es incompatible con la enseñanza del Nuevo Testamento. Lo que hay son reproches dirigidos a ciertas categorías de judíos por motivos religiosos y, por otro lado, textos polémicos en defensa del apostolado cristiano contra los judíos que se le oponían”. Como ha repetido en varias ocasiones el Papa Francisco, “un cristiano no puede ser antisemita”. Por tanto, cualquier sentimiento antijudío que exista en nuestras comunidades cristianas no nace de la fe; es más, es claramente contrario a ella.

Por otra parte, la elección divina del pueblo de Israel no fue jamás un fin en sí mismo. En la elección de Abrahán, el padre del pueblo judío, son benditas todas las naciones (Gn 12,3). O sea, su llamada era el modo de difundir el abrazo de Dios a todos los hombres. Esta vocación universal de Israel fue reiterada por los profetas (véase, por ejemplo, Is 11,10; 42,1.6; 49,1-3.6; Am 9,11-12). Sin embargo, la concepción del judaísmo de la época de San Pablo estaba muy lejos de vivir conscientemente esta misión. El juicio y la actitud que manifestaba respecto a los paganos eran muy severos, y llevaban a un rechazo de cualquier contacto con el mundo pagano. Seguramente este rechazo fue favorecido por el odio y la violencia que el pueblo judío tuvo que sufrir de parte de las otras naciones. En cualquier caso, en el judaísmo de aquella época se consideraba a los paganos como pecadores y rechazados de Dios. Ante esta opinión, es fácil comprender la oposición que la misión cristiana encontró entre las autoridades judías y los miembros más radicales del pueblo elegido; de modo particular la actividad apostólica de San Pablo entre los gentiles. Por ello, el Apóstol justifica repetidas veces su proceder apelando a la voluntad divina. Leyendo sus cartas encontramos expresada con claridad la concepción de que su misión entre los paganos se debe a un mandato de Dios, es un designio divino, que se cumple a través de la muerte y resurrección de Jesucristo (Rm 3,29-31; 9,24-25; 11,25; 16,26; Ef 3,5-9; Col 1,25-27; 1Tm 3,16). El mismo San Lucas expresa esta idea de modo explícito al atribuir la misión paulina entre los gentiles a la llamada de Dios (cf. Hch 22,17-21; 26,17-18). Todos los gentiles, pues, están llamados también a formar parte del pueblo elegido, también ellos están llamados a participar de la elección de Dios. Esta verdad la encontramos, como

hemos dicho, en los textos proféticos. Pero es verdad que en ellos se deja claro también que los gentiles participarán de la amistad de Dios gracias a la fidelidad de Israel a la alianza establecida. San Pablo, por el contrario, indica en sus palabras finales que semejante acontecimiento tendrá lugar de un modo imprevisto: los gentiles participarán de la salvación no a través de la fidelidad del pueblo judío, sino gracias a la obcecación de parte de ellos (Hch 28,25-28).

Si tenemos en cuenta lo sucedido históricamente, en realidad la misión entre los gentiles nace de la pasión por hacer llegar a todos la experiencia de bien recibida. Es decir, la difusión del cristianismo en todas las naciones se debe a la adhesión a Cristo de un número reducido de judíos y a la realización del mandato que les dio Jesús después de su resurrección de ir a proclamar el Evangelio en todo el mundo (Mt 28,18-20; Mc 16,15-16; Lc 24,47). Por tanto, la participación gentil en las promesas salvíficas judías coincide con el acontecimiento de la misión cristiana que, según San Lucas, comenzó desde los primeros años de la existencia de la Iglesia (cf. Hch 11,19-21). La evangelización a la que insistentemente nos invita el Papa Francisco nace de esta pasión y agradecimiento por el don recibido, de la alegría que se experimenta en el encuentro con Cristo. Y consiste fundamentalmente en ofrecer dicha alegría a todos: “Remarquemos que la evangelización está esencialmente conectada con la proclamación del Evangelio a quienes no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado. Muchos de ellos buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro, aun en países de antigua tradición cristiana. Todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable. La Iglesia no crece por proselitismo sino ‘por atracción’” (EG 14).

15.3 *Así lo leyeron*

Como afirma la Sagrada Escritura, Jerusalén no conoció el tiempo de su visita, gran parte de los Judíos no aceptaron el Evangelio e incluso no pocos se opusieron a su difusión. No obstante, según el Apóstol, los Judíos son todavía muy amados de Dios a causa de sus padres, porque Dios no se arrepiente de sus dones y de su vocación. La Iglesia, juntamente con los Profetas y el mismo Apóstol espera el día,

que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invocarán al Señor con una sola voz y "le servirán como un solo hombre" (*Soph 3,9*).

Como es, por consiguiente, tan grande el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos, este Sagrado Concilio quiere fomentar y recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue sobre todo por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno.

Aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo, sin embargo, lo que en su Pasión se hizo, no puede ser imputado ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. Y, si bien la Iglesia es el nuevo Pueblo de Dios, no se ha de señalar a los judíos como reprobados de Dios ni malditos, como si esto se dedujera de las Sagradas Escrituras. Por consiguiente, procuren todos no enseñar nada que no esté conforme con la verdad evangélica y con el espíritu de Cristo, ni en la catequesis ni en la predicación de la Palabra de Dios.

Además, la Iglesia, que reprueba cualquier persecución contra los hombres, consciente del patrimonio común con los judíos, e impulsada no por razones políticas, sino por la religiosa caridad evangélica, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos (CONCILIO VATICANO II, *Nostra Aetate*, 4).

Somos todos conscientes de que entre las muchas riquezas de este número 4 de "Nostra Aetate", tres puntos son especialmente relevantes. Quisiera subrayarlos aquí, ante vosotros, en esta circunstancia verdaderamente única.

[1] El primero es que la Iglesia de Cristo descubre su "relación" con el Judaísmo "escrutando su propio misterio" (cf. *Nostra Aetate*, ib). La religión judía no nos es "extrínseca", sino que en cierto modo, es "intrínseca" a nuestra religión. Por tanto tenemos con ella relaciones que no tenemos con ninguna otra religión. Sois nuestros hermanos predilectos y en cierto modo se podría decir nuestros hermanos mayores. El segundo punto que pone de relieve el Concilio es que a los judíos como pueblo, no se les puede imputar culpa alguna atávica o colectiva, por lo que "se hizo en la pasión de Jesús" (cf. *Nostra Aetate*, ib). Ni indistintamente a los judíos de aquel tiempo, ni a los que han venido después, ni a los de ahora. Por tanto, resulta inconsistente toda pretendida justificación teológica de medidas discriminatorias o, peor todavía, persecutorias. El Señor juzgará a cada uno "según las propias obras", a los judíos y a

los cristianos (cf. Rom 2,6).

El tercer punto de la Declaración conciliar que quisiera subrayar es la consecuencia del segundo; no es lícito decir, no obstante la conciencia que la Iglesia tiene de la propia identidad, que los judíos son "réprobos o malditos", como si ello fuera enseñado o pudiera deducirse de las Sagradas Escrituras (cf. *Nostra Aetate*, ib) del Antiguo Testamento o del Nuevo Testamento. Más aún, había dicho antes el Concilio, en este mismo texto de "*Nostra Aetate*", pero también en la Constitución dogmática "*Lumen gentium*" (n. 6) citando la Carta de San San Pablo a los Romanos (11, 28 s.), que los judíos "permanecen muy queridos por Dios", que los ha llamado con una "vocación irrevocable" (JUAN PABLO II, *Incontro con la Comunità ebraica nella Sinagoga di Roma* 17/4/1986).

Sobre todo por su origen histórico, la comunidad de los cristianos está vinculada al pueblo judío. En efecto, aquél en quien ella ha cifrado su fe, Jesús de Nazaret, es hijo de ese pueblo. Lo son igualmente los Doce que él escogió "para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar" (Mc 3,14). Al principio, la predicación apostólica no se dirigía más que a los judíos y a los prosélitos, paganos asociados a la comunidad judía (cf. Hch 2,11). El cristianismo ha nacido, por tanto, en el seno del judaísmo del siglo I. Se ha ido separando progresivamente de él, pero la Iglesia nunca ha podido olvidar sus raíces judías, claramente atestiguadas en el Nuevo Testamento; reconoce incluso a los judíos una prioridad, pues el evangelio es "fuerza divina para la salvación de todo aquel que cree, *del judío primeramente* y también del griego" (Rom 1,16).

Una manifestación siempre actual de aquel vínculo originario consiste en la aceptación por parte de los cristianos de las Sagradas Escrituras del pueblo judío como Palabra de Dios dirigida también a ellos. La Iglesia, en efecto, ha acogido como inspirados por Dios todos los escritos contenidos tanto en la Biblia hebrea como en la Biblia griega. (...) Las Sagradas Escrituras del pueblo judío constituyen una parte esencial de la Biblia cristiana y están presentes de múltiples maneras en la otra parte. Sin el Antiguo Testamento, el Nuevo sería un libro indescifrable, una planta privada de sus raíces y destinada a secarse (PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío^[L] y sus Escrituras Sagradas^[SEP] en la Biblia cristiana*, 2,84).

Se debe observar que los textos polémicos del Nuevo Testamento, aun los que se expresan en términos generales, siguen estando ligados a un contexto histórico concreto y no quieren nunca implicar a los judíos de todos los tiempos y lugares por el mero hecho de ser judíos. La tendencia a hablar en términos generales, a acentuar los lados negativos de los adversarios, a silenciar sus lados positivos y no tomar en consideración sus motivaciones y su eventual buena fe, es una característica del lenguaje polémico en toda la antigüedad, observable igualmente en el interior del judaísmo y del cristianismo primitivo frente a toda clase de disidentes.

El Nuevo Testamento es esencialmente una proclamación del cumplimiento del designio de Dios en Jesucristo y por eso mismo se encuentra en grave desacuerdo con la gran mayoría del pueblo judío, que no cree en este cumplimiento. El Nuevo Testamento expresa pues a la vez su fidelidad a la revelación del Antiguo Testamento y su desacuerdo con la Sinagoga. Ese desacuerdo no puede ser calificado de "antijudaísmo", pues se trata de un desacuerdo a nivel de creencia, fuente de controversias religiosas entre dos grupos humanos que comparten la misma fe de base en el Antiguo Testamento, pero se dividen luego sobre el modo de concebir el desarrollo ulterior de dicha fe. Por profunda que sea, tal divergencia no implica en modo alguno hostilidad recíproca. El ejemplo de San Pablo en Rom 9-11 demuestra al contrario, que una actitud de respeto, de estima y de amor hacia el pueblo judío es la sola actitud verdaderamente cristiana en esta situación que forma misteriosamente parte del designio totalmente positivo de Dios. El diálogo sigue siendo posible, puesto que judíos y cristianos poseen un rico patrimonio común que los une, y es vivamente deseable para eliminar progresivamente prejuicios e incomprensiones de un lado y de otro, para favorecer un mejor conocimiento del patrimonio común y para reforzar los vínculos mutuos (PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío^[SEP] y sus Escrituras Sagradas^[SEP] en la Biblia cristiana*, 87).

15.4 Preguntas para el diálogo en grupo

¿Existe en nuestra comunidad una verdadera alegría evangélica que nos impulsa a compartirla con todos los hombres que encontramos?

Como dijo Pablo VI, "el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan

testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio” (EN 41). ¿Cómo entendemos nosotros la misión? ¿Cómo la llevamos a cabo?

¿Cómo podemos favorecer en nuestras comunidades la lectura y comprensión adecuada de los textos del Antiguo Testamento?

¿Qué iniciativas y gestos podemos realizar para favorecer una mayor hermandad entre católicos y judíos?